

PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA MARTA DE MONT MARÇAL 2015

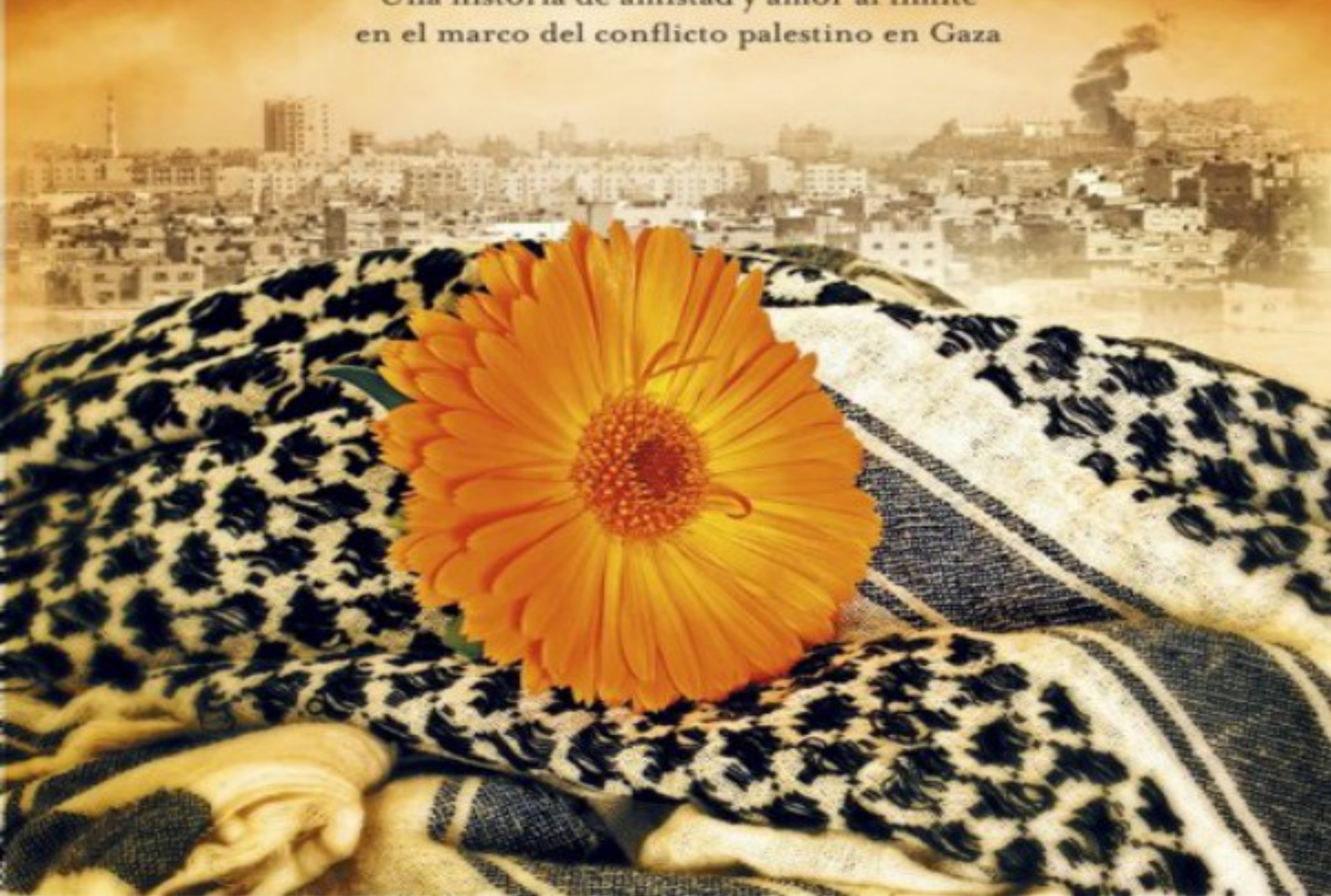
LAURA GARZÓN

PROMESAS

de

ARENA

Una historia de amistad y amor al límite
en el marco del conflicto palestino en Gaza



PROMESAS DE ARENA

Laura Garzón

Lucía acaba de terminar su carrera y viaja a Palestina como cooperante de una ONG. Está llena de ilusiones, de buenos propósitos, pero lo que encuentra en los campos de refugiados rompe todas sus ideas preconcebidas. Las carencias rozan el límite de la supervivencia y nadie espera nada de los cooperantes. En los campos de refugiados no solo hay intereses altruistas; las facciones político-religiosas mantienen una lucha de poder constante entre sí y contra su enemigo Israel y, por extensión, Occidente.

Lucía se encontrará con los dos polos humanos que imperan en los campos: quienes lo dan todo, como Fathia y Hamid, y el Halcón, un palestino de padre inglés, educado en diferentes países, con un magnetismo y atractivo que subyuga perdidamente a la joven cooperante. Descubrir quién es este hombre en realidad le va a costar muy caro a Lucía. Su pasión la llevará a la gloria y la arrastrará al abismo.

ACERCA DE LA AUTORA

Laura Garzón es licenciada en Publicidad y RR.PP. Empezó en la revista de la movida madrileña *La Luna*. Luego publicó varios cuentos infantiles. Actualmente es redactora publicitaria y creadora de *spots* para diversas multinacionales. Con *Promesas de arena* ha sido galardonada con el Premio Internacional de Narrativa Marta de Mont Marçal 2015.

ACERCA DE LA OBRA

«Destaca la espontaneidad y frescura del texto, el nervio de la historia, el dibujo de los personajes, el dominio de los diálogos y, por encima de todo, la voz interior con la que la narradora-protagonista se dirige al personaje principal. De estructura aparentemente sencilla, que provoca adicción lectora, *Promesas de arena* traza distintos niveles narrativos y describe el amor en todas sus manifestaciones».

FALLO DEL JURADO DEL PREMIO MARTA DE MONT MARÇAL

A quien me acompaña cada día.
Quien me apoya, me sostiene y anima.
Gracias por «iluminar el mundo con tu sonrisa».

«Hay cosas que ves venir, no es que te enamores porque te enamoras, te enamoras porque en ese período tenías una desesperada necesidad de enamorarte».

Umberto Eco, *El péndulo de Foucault*

1

Volver

Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte. Tú casi nos matas a mí y a tu hijo, pero eso no me hizo más fuerte, solo más insensible. Acoracé esa vida que milagrosamente había salvado para protegernos a los dos, a Ismael y a mí.

Si no hubiera vuelto a escuchar tu voz, ese timbre profundo y a la vez susurrante que removía todas las células de mi cuerpo y despertaba sensaciones sepultadas bajo miles de palabras y gestos ensayados, yo habría seguido encadenando momentos anodinos, instantes cotidianos que, en ocasiones, incluso llegaban a parecerse a la felicidad.

Creí que jamás volvería a sentir nada. Ni dolor, ni angustia ni nostalgia, y mucho menos deseos. Estaba equivocada. Hoy, seis años, ocho meses, veinticuatro días, nueve horas y veinticinco minutos desde la última vez que te vi, he vuelto a escuchar tu voz.

Todo lo que minuciosamente había ido construyendo, mi soporte vital, se ha derrumbado como los frágiles castillos de naipes que me entretenían de niña.

Ahora los fragmentos de mis rutinas están esparcidos a mi alrededor y yo soy incapaz de reunirlos o recogerlos. Tengo miedo, el corazón me late desbocado, siento la sangre de nuevo correr por mis venas y arterias. Has vuelto a mí, estás vivo. Estoy viva.

Si el teléfono no hubiera sonado hace unos instantes, si Coke, mi hijo Ismael, no lo hubiera cogido y no se hubiera puesto a charlar como un loro como suele hacer con todo el que llama... Si yo no se lo hubiera quitado alegremente, pensando que era su abuela, Jasón o uno de nuestros amigos quien mantenía esa animada conversación con él, tal vez lo habría dejado sonar y al final habrías colgado. Pero no, para qué engañarme, tú habrías insistido otro día, a otra hora, a todas las horas. Siempre alcanzas lo que

persigues.

-¡Que sí, que soy Coke! *My granny say I'm like a cookie...*

Inglés, mi hijo había pasado al inglés, ¿con quién conversaba que utilizaba una lengua que solo hablaba con su padre o su abuela?

-¿Quién es, cariño?, ¿es papi? Dame, anda. Sí, hola.

-Mi Noor. Salam, princesa, qué bonito se te oye.

Una descarga eléctrica recorrió cada fibra de mi cuerpo. Esa voz. Tu voz.

-¿Hayzam? Estás vivo, ¡Dios!, estás aquí. Desde dónde llamas. ¿Cómo has sabido...?

-Eso no es importante ahora. Quiero verte, necesito verte, saber que me recuerdas.

No era una petición, lo sabía, era una orden que no hacía falta darme. Yo también lo necesitaba; y nada iba a impedir que nos viéramos, el problema era cómo podríamos conseguirlo sin herir a quienes me querían. A quien me amaba.

-Para recordarte tendría que haberte olvidado..., maldito moro.

-Mi Noor, mi luz. Vuelve a mí.

Nada más. El tono continuo del teléfono. Había colgado. Ya me tenía de nuevo.

Ismael seguía jugando aparentemente ajeno a mi conversación, pero cuando dejó de hablar alzó sus ojos y me preguntó:

-¿Quién era, mami? Me hacía reír.

Se parecía tanto a su padre. Cuando mis recuerdos se aletargaban, me bastaba con mirarlo para sentir su calor, escuchar su voz arrullándome, su olor aturdiendo mis sentidos.

Mis manos aún aferraban el teléfono y temblaban. Tenía que hacer algo. Tenía que tranquilizarme y pensar. Jasón llegaría dentro de poco y todo debía ser normal, como siempre.

-¿Quieres mamul,¹ Ismael?

-Sííí, y bolitas de garbanzo.

-¿Falafel? ¿No será mucho? ¿Te lo comerás todo?

-¡Sí, *mommy*, porfa!

Era una buena idea, cocinar siempre me relajaba, y me mantendría ocupada.

-Vale, vente conmigo a la cocina y me ayudas.

Por alguna razón inconsciente no quería perder a Ismael ni un momento de vista, aunque fuera en la seguridad de nuestra casa, lo quería conmigo, junto a

mí. En los campamentos los niños gozan de una libertad inaudita dado el peligroso entorno en el que viven, pero siempre están vigilados, siempre hay alguien que sabe por dónde andan jugando o enredando.

Llené un cazo con agua y lo puse al fuego. En unos segundos estaría hirviendo. Qué fácil es todo en Occidente. En la Franja conseguir combustible para cocinar, agua para beber y asearse o los alimentos básicos es una verdadera proeza para casi todas las familias. Me quedé absorta mirando las burbujas del líquido que comenzaba su ebullición en un brillante cazo de diseño: la olla de aluminio donde calentaba el té cada amanecer tenía mil abolladuras y era uno de nuestros bienes más preciados.

Volví a escuchar la llamada del almuecín a la oración del alba:

«al-fayr: a°-°alâtu jayrun min an-nawm, a°-°alâtu jayrun min an-nawm».

Dios es mejor que el sueño, Dios es mejor que el sueño. Yo llevaba muchos años dormida, tú eras mi almuecín, me habías sacado del sueño. Tu regreso del más allá me había despertado y todos aquellos recuerdos que había mantenido aletargados durante tanto tiempo regresaban también a mí, como una pesadilla, para recordarme que debía volver a la vida. ¡Qué ironía! Los sólidos muros con que había blindado nuestra existencia para aislarnos, para no añorar, para no recordar, para no sentir, se habían derrumbado, como las murallas de Jericó, con el sonido de una voz árabe: «Mi Noor, mi luz».

Y todo volvía a mí: los gritos de los vendedores ambulantes, el canto del orgulloso gallo de Amina, las carreras de los niños, el llanto de un bebé, el olor a té fuerte, a cardamomo, el petardeo de un tubo de escape renqueante, el claxon del jeep que venía a recogernos cada mañana... El cosquilleo de tus últimos besos en mi piel, unos instantes antes de que el sol rompiera la penumbra. Regresé al campamento de Rafah, donde en medio de la desolación todo era radiante. Y mi vida, una página en blanco que estaba ansiosa por emborronar.

Llegamos

Agosto 2005, campamento de refugiados palestinos en Rafah, Franja de Gaza

En nuestro primer encuentro ni siquiera te vi, pero sí te sentí. Sentí frío en medio de aquel viento abrasador que casi impedía respirar. Y cuando me giré, solo vi a un beduino más, con sus holgados ropajes oscuros, subiendo a un camión destartado: como tantos que deambulaban por el campamento. Aun así la sensación de vacío me duró bastante tiempo y no lograba concentrarme en lo que contaba nuestro instructor.

Luego sabría que tú me mirabas mientras intentaba recogerme el pelo en un moño improvisado que refrescara mi nuca, y que fue ese gesto lo que te hizo fijarte en mí, recorrerme lentamente para paladear de antemano tu presa, recreándote en cómo tus manos podrían acariciar mi cabello, mi cuello, mis hombros, mis brazos «impúdica e inconscientemente al aire», la curva de mi cintura, mis caderas y mis muslos desnudos asomando por los pantalones cortos.

Apenas hacía unas horas que el convoy había llegado al campo de refugiados. Aún lo desconocíamos prácticamente todo: cómo comportarnos, qué ropas ponernos, cómo hacernos entender. Nuestros esfuerzos por expresarnos en inglés chocaban con el hermetismo risueño de esa gente que nos contemplaba con indiferencia y calculaban entre ellos cuántos días aguantaríamos en aquel infierno.

El viaje desde Madrid había sido agotador. Nuestro avión retrasó casi tres horas y media su despegue, debido a la huelga de operarios en Barajas. Pero esa espera no fue nada comparada con las colas y trámites interminables en el aeropuerto egipcio y en los numerosos *checkpoints* que tuvimos que superar, donde las siglas de la agencia de la ONU para los refugiados palestinos apenas tenían algún valor para los jóvenes soldados judíos que controlaban

los pasos. Todo y todos éramos registrados invariablemente y acribillados a preguntas con mayor o menor grado de hostilidad según las horas de guardia que llevaran encima.

Y allí estábamos. Por fin. Expectantes, nerviosos, ilusionados, y bastante amedrentados: Sofía, Nacho, Diego Jaime y yo, Lucía, los cooperantes novatos dispuestos a comerse el campo en sus seis meses de voluntariado y prácticas. Nacho y Diego eran médicos; Sofía, psicóloga; Jaime y yo, asistentes sociales.

Conocí a Jaime en el primer año de carrera, en una fiesta multitudinaria en la que ambos nos sentíamos extraños porque ninguno de los dos soportaba los «combinados explosivos» en botella de plástico. Pero había que socializar, integrarse con los compañeros para no parecer tan bisoños.

Fiesta loca, marcha, beber lo que te dieran; marcha, saltar como energúmenos al ritmo de una música infame; marcha, morrearse o lo que fuera con el primero o primera que se pusiera a tiro; marcha, unos porritos; marcha, vomitona en algún rincón; marcha... y un tremendo dolor de cabeza al día siguiente mientras aguantabas la bronca de los viejos.

A pocas semanas de los primeros exámenes, Jaime y yo decidimos colgarnos la etiqueta de frikis y pasar de la marcha. Desde entonces éramos amigos, muy buenos amigos, a veces con derecho a roce pero sin exclusividad, nunca habíamos pasado de meternos mano, y él había terminado echándose una novia que también se convirtió en una buena amiga. María era el contrapunto perfecto para Jaime: atractiva, dulce, divertida, práctica y decidida. Mientras nosotros íbamos a pasar unos meses en plan altruista en pro de nuestros elevados ideales humanitarios, ella se estaba dejando ningunear en un bufete para conseguir el objetivo que se había fijado desde que empezó la carrera: ser abogada economista en una gran empresa y ganar mucha, muchísima pasta.

Cuando saltamos del camión habríamos matado por una ducha y unas horas de sueño pero una vez más nada estaba saliendo según lo imaginarnos. Andy Wilder, nuestro jefe de operaciones en el terreno, un mexicano chiquito y dicharachero, nos levantó el ánimo al grito de: «Rápido, pendejos, soltad los bártulos y seguidme. Los tíos no, ¡huevones! A descargar ese camión, y que no se les pierda ni un bulto. El material sanitario al dispensario, los alimentos y el resto al almacén. Lindas, vosotras me vais siguiendo, que les hago el tour de bienvenida. Muchachos, cuando terminen agarren algún crío y que les lleve donde estemos, ellos siempre lo saben».

Era mediados de julio y el polvo se masticaba, no había ni una sola calle asfaltada y estábamos rodeados por tiendas y chamizos improvisados con los

materiales más dispares. Por todas partes había tremendos agujeros y socavones. Según caminábamos nos íbamos adentrando en un laberinto de callejas estrechas con casas en ruinas, sin ningún trazado urbanístico. Nos seguían cada vez más chiquillos, éramos la novedad, los recién llegados, y hacían apuestas entre ellos sobre quién aguantaría un mes siquiera. La puja más popular estaba en dieciocho días para las chicas y veintitrés para los chicos. Lo sé porque en los siguientes reemplazos yo también participaba en las apuestas, aunque no tenía la intuición o el conocimiento de la gente del terreno para detectar la capacidad de aguante de los cooperantes novatos.

Primero visitamos los almacenes, si se le podía llamar así a un recinto rodeado de alambradas en el que había varios contenedores destartalados que hacían las veces de barracón. Dentro se apilaban los suministros: sacos y cajas de la ayuda internacional que, a cuentagotas, habían pasado los incontables filtros y controles de las diversas autoridades judías y palestinas; y el resto del material que, por necesidad y a precios prohibitivos, llegaba por los túneles. Llamar a aquello almacén era todo un acto de fe.

Como fui descubriendo a los pocos días, en ese momento el centro podía considerarse abastecido. Nosotros acabábamos de llegar con uno de los cargamentos más importantes permitidos en los últimos meses, pero las existencias se agotaban rápidamente; eran muchas las necesidades y demasiados los necesitados.

Según se iban descargando, los bultos se apilaban en el interior del almacén de cualquier manera mientras un piquete ¡armado! se apostaba alrededor de la alambrada. Ya nos habíamos acostumbrado a la presencia de las armas automáticas en los *checkpoints* que nos habían dado la bienvenida en nuestra ruta, pero no dejó de sorprendernos que se exhibieran dentro del mismo campamento y para proteger alimentos y materiales que beneficiaban a todos. En nuestras ingenuas mentes occidentales bien alimentadas y cuidadas, pensábamos que el altruismo era una virtud innata, sobre todo en un entorno de necesidad. ¡Benditos ilusos!

Los protectores del almacén no eran voluntarios, como cabía esperar, sino guardas pagados por la organización para disuadir a saqueadores y desesperados. Además de su salario cobraban por su cuenta algunos extras en especie, pero era un mal menor que ya se tenía en cuenta a la hora de calcular mermas. Mejor extraviar un saco de arroz que perder media tonelada en un asalto multitudinario. Con las semanas nos acostumbraríamos a ver material y alimentos con el sello de las ONG en los mercados locales.

Nacho, Diego y Sofia fueron asignados al dispensario bajo las órdenes y el recio control de Hamid, un hombre moreno, enjuto y autoritario que no permitía ineptitudes ni flaquezas pero del que podías aprender prácticas sanitarias que ninguna universidad del mundo podría enseñarte.

Pero si Hamid era duro, Fathia, su enfermera jefe, era inflexible. A la una de la madrugada de aquel horrendo primer día en el que no habíamos descansado ni media hora tras casi cuarenta y ocho de viaje, Sofia se derrumbó en nuestro camastro con un ataque de histeria llamando «hija-deputa» a la enfermera bruja. Intenté tranquilizarla, pero también estaba más que sorprendida, casi asustada. Sofia era de las personas más equilibradas que había conocido. Menos mal que la relajación que yo no conseguí transmitirle, se la proporcionó la fatiga. A los pocos minutos, sucia, con las manos quemadas por la lejía, y con solo una botella de zumo calentorro en el cuerpo, Sofia estaba profundamente dormida.

A Jaime y a mí nos había enviado a Intendencia el encantador Andy Wilder. Cuando le indicamos que éramos asistentes sociales y nos gustaría desarrollar nuestra labor ayudando a jóvenes y niños en riesgo, soltó una de sus tremendas risotadas.

-Chicos, aquí todos estamos en riesgo. Primero me organizan la vaina de los suministros y luego ya verán, no se van a aburrir.

Organizar el cargamento nos llevó unas horas, hasta que comprendimos el caos que imperaba en el recinto cercado que llamaban almacén. Intentar poner orden y entendemos con la marabunta de gente que se agolpaba a su entrada nos llevó varios días. Exactamente los que tardaron en agotarse los suministros.

Entonces nos quedamos con muy poco que hacer y Andy tomó a Jaime a su cargo directo como asistente, en una versión cercana a la de esclavo. Lo mismo le redactaba los correos y solucionaba el papeleo como le hacía la colada. Pero también aprendió a negociar con los proveedores, las patrullas y los guardias de los *checkpoints*, entre otros muchos trapicheos y malabares con los que el increíble Andy sacaba el máximo provecho a los siempre insuficientes recursos de que disponíamos.

El Halcón

Con Jaime te conocí. Tú llevabas observándome desde el mismo día de nuestra llegada. Tal vez en algún momento de esas dos semanas transcurridas nuestras miradas se cruzaran, pero yo estaba tan absorta en mi labor que no me fijé. Solo sentía un hormigueo extraño en la piel, como cuando una brisa fresca te acaricia; es agradable, pero te pone la piel de gallina. Por eso no estaba preparada. En realidad, nada me hubiera preparado para ti.

Tu mirada, ese azul cobalto frío y sin fondo, primero frenó en seco mi carrera cuando me dirigía alegremente a saludar a Jaime, que en ese momento bajaba de un flamante camión delante del desolado almacén, y luego, como un imán, me animó a continuar.

Jaime, ajeno a nuestras miradas cruzadas, fue a mi encuentro, me saludó a la española con dos besos en las mejillas y tiró de mí hacia el camión para mostrarme entusiasmado todo un cargamento de suministros sanitarios que esperábamos desde hacía días. Y algo más. Sus ojos chispeaban tras la aventura: junto con Hayzam, y a través de los túneles, habían transportado un pequeño alijo de materiales de construcción para reparar el dispensario y levantar una nueva habitación. El cemento, la argamasa y los ladrillos eran sistemáticamente confiscados en los *checkpoints* por las patrullas israelíes.

-Pero aquí el amigo Hayzam realmente hace honor a su apodo, es todo un halcón, rápido y astuto, y se nos ha unido con los ladrillos a unos kilómetros del control -me contaba Jaime entusiasmado.

Tú no apartabas los ojos de mí. Yo sentía que el corazón iba a saltar de mi pecho de un momento a otro. Y no era por la emocionante peripecia que me contaba Jaime.

«Qué leche te pasa, estúpida, reacciona, di algo, lo que sea», pensé.

-¡Menuda aventura! La próxima vez iré yo. Aunque habéis corrido muchos riesgos. Seguro que a David no le gustaría saberlo -comenté maliciosa.

David Sutherland era el director de operaciones. El principal responsable de nuestro proyecto de cooperación. Un estadounidense cuadrulado y casi albino, muy celoso de la legalidad y de evitar problemas con cualquiera de los muchos intereses en juego en el campamento.

-Pero Andy lo sabe -balbuceó Jaime-, él me encargó que acompañara a Hayzam.

-Créeme, mi princesa, todo estaba controlado.

Por primera vez escuché ese tono de voz profundo que pones cuando quieres seducir o atraer a alguien para tu causa. Un susurro entre la caricia y la amenaza velada que siempre convence.

-Estaré más que encantado de que me acompañes la próxima vez.

-Ni lo sueñes, Halcón, ya me han contado tus correrías. Y no soy tu princesa. Gracias por el favor, aunque me imagino que se lo cobrarás de alguna forma a Andy. ¿Me equivoco?

-¡Ja, ja, ja! Jaime, me encanta tu amiga...

-Lucía, se llama Lucía -aclaró este con la sonrisa propia de un estúpido.

No hice ademán de tenderte la mano. Llevaba poco tiempo en el campo pero había observado que un musulmán jamás toca a una mujer que no sea de su familia. Y tú lo parecías. Llevabas botas militares y ropa de camuflaje, pero un pañuelo palestino de cuadros azules, como tus ojos, te cubría la cabeza.

Sin embargo, ante mi estupor, agarraste mi brazo y me plantaste dos delicados besos, uno en cada mejilla, mientras sonreías sabiendo que me habías sorprendido.

-Noor, es un placer conocerte por fin.

-Lucía, es Lucía -puntalicé incómoda.

-Noor es como se diría tu nombre en árabe: «la luz que ilumina cada día», Lucía. Y suena mucho mejor. Sí, sonaba mucho mejor. A mí me sonó tan bien que pronunciado por tu boca puso a arder todo mi cuerpo.

Piojos

¡Tres semanas! Casi habíamos superado el límite de aguante que manejaban las apuestas para los novatos y nadie había desertado, aún. Todos estábamos agotados. Algunos decepcionados, pero parecía que íbamos cogiéndole el tranquillo al día a día caótico de nuestra labor.

Yo pasaba mucho tiempo con los chiquillos y me divertía enseñándoles y aprendiendo sus juegos. Comenzaba a entender algunas palabras y ellos se partían de risa ante mis intentos de repetirlas. A cada momento me sorprendían más con su alegría, sus ganas de vivir, su capacidad de ser felices en un entorno tan hostil.

Me había acostumbrado a la escasez de agua y a masticar arena en la comida, a llevar la misma camiseta durante días y no estar obsesionada con mi olor corporal. Allí lo de los olores era algo indescriptible. Como a todo, terminas acostumbrándote, y salvo que fuera algo realmente nauseabundo ya no me afectaban. Sí, a todo te haces. La capacidad del ser humano para adaptarse nos permite sobrevivir y evolucionar. Mis compañeros y yo estábamos «evolucionando», estábamos creciendo. Y me sentía satisfecha.

Al principio me rascaba sin apenas darme cuenta. Los niños lo hacían continuamente, podía ser un reflejo de imitación. Cuando una mañana al levantarme encontré pequeñas manchas de sangre en la almohada me alarmé, y cuando observé los bichillos diminutos en mi cepillo me entró el pánico.
¡Piojos!

-¡Sofía! Mírame la cabeza. ¡Piojos, tengo piojos, qué horror!

-Lo siento, Lucía, se me acabó la loción. Hasta que alguien vaya a algún lugar civilizado no habrá más.

-¿Tú los has tenido?

-Yo me he estado echando el mejunje desde que llegamos, mona. Solo se me ocurre que te acerques por el consultorio. Lo mismo tienen allí algún

remedio... ¡Ah!, y no te olvides de hervir toda tu ropa y lo que haya tocado tu cabecita. Si consigues agua, claro.

Cuando entré en el dispensario había una actividad de locos. Me dirigí a Fathia. El doctor Hamid me infundía demasiado respeto para irle con la nadería de los piojos. Tras casi veinte minutos detrás de ella intentando contarle mi problema, me miró con cara de pocos amigos, sacó una *kufiya*² del bolsillo y me envolvió el cabello. Pasmada me quedé. Sobre todo cuando me plantó en los brazos un bebé berreante y lleno de sarpullidos.

-Has pasado la varicela y el sarampión, ¿verdad? Y supongo que estás vacunada de viruela. En Occidente todos lo estáis. Tenemos un brote de erupciones, necesitamos manos. Ayuda un poco y déjate de sandeces.

No paré hasta bien entrada la noche. Salí a la calle para tomar un poco de aire y apoyé la cabeza contra la fachada mientras me sentaba en el suelo. Estaba tan cansada, con tantas ganas de salir corriendo y refugiarme en los brazos de mi madre, que no me di ni cuenta de que lloraba hasta que Fathia me limpió las lágrimas de la cara, me cogió de la mano y me arrastró hacia su habitación.

-Siéntate, echa la cabeza hacia atrás, vamos a quitar esos bichitos -me dijo sonriendo.

Era la primera vez que la veía tener un gesto dulce con alguno de nosotros. Aunque con sus pacientes se desvivía.

La cosa no me gustó tanto cuando olí el vinagre. El pelo me iba a apestar.

Tras enjuagarlo varias veces con agua de romero, que al menos mejoraba algo el olor, Fathia me fue peinando mechón por mechón con una lendrera, y con una paciencia infinita. Mientras, charlábamos de tonterías, ¡y ella se reía! Fathia tenía una risa alegre y cantarina que la hacía parecer muy joven, tal vez incluso más que yo. Y también me oía a mí misma reír tras aquel durísimo día. Me sorprendía la fortaleza de aquella mujercita menuda y generosa, capaz de dedicar sus horas de descanso a una novata cooperante asustada por unos piojos. Así comenzó nuestra amistad.

-Nada une más que despiojarse mutuamente, es un mecanismo de cohesión entre los primates, y los humanos lo somos -le dije entre carcajadas.

-Espero no tener que repetir esto más veces, es una pesadez. Toma, échate en el pelo unas gotas de este aceite y verás como ni se te acercan. Y usa la *kufiya*, no por recato, como nosotras, sino por prevención y comodidad. Podrás lavarte menos a menudo el cabello, y cuando lo hagas usa henna.

-¿Qué es esto? ¿Un remedio mágico contra parásitos molestos?

-No me digas que no conoces la hierba piojera. Crece en el sur de tu país.

-Pues no. Estamos tan acostumbrados a los remedios químicos que somos unos auténticos analfabetos en remedios naturales. ¿Qué dices que es esto?

-Semillas molidas de estafisagria mezcladas con aceite de romero. Nombre botánico, *Delphinium staphysagria*. Hierba piojera.

-Vaya, eres toda una experta.

-Mi abuela era la sanadora de mi tribu, me enseñó muchas cosas y me encanta la medicina tradicional.

-¿No eres palestina?

-Sí, pero mi familia es de origen badawi,³ beduinos creo que nos llamáis vosotros. Esta es mi tribu. -Se señaló un pequeño y atractivo símbolo tatuado entre sus cejas. Era un dibujo bellissimo, una especie de cruz con un triángulo invertido.

-Pasé mi infancia pastoreando nuestras cabras de una zona a otra.

De Jordania a Palestina, de Palestina a Egipto y vuelta. Los nómadas no tenemos fronteras... hasta que nos las imponen y nos obligan a vivir entre alambradas. Mi abuela se dejó morir de tristeza cuando ya no pudo recorrer el desierto del Néguev. Es muy tarde. Quédate a dormir conmigo. Con la primera llamada al rezo hay que levantarse.

Me quedé tantas noches que mis compañeros terminaron por disponer de mi camastro para otros cooperantes.

Pasaba más tiempo en el consultorio que en el almacén. Aunque tampoco descuidaba mis tareas allí. Por fin había conseguido realizar un inventario de nuestros suministros y diariamente le entregaba a Andy un parte de existencias donde detallaba lo que se había repartido el día anterior, lo que escaseaba, lo que precisábamos con urgencia y las mermas detectadas.

Me gustó convertirme poco a poco en la asistente de Fathia. La seguía a todas partes, mirando, aprendiendo, ayudando en lo que me permitía: sostener una palangana, alcanzarle los vendajes, desinfectar el instrumental, consolar a un niño, animar a una familia, limpiar bebés... Incluso un día me enseñó a poner una vía. En teoría, esos eran también los cometidos de Sofía, pero ella no estaba tan dispuesta. Ni se sentía cómoda, yo se lo notaba cada día. Si terminaba su periodo de voluntariado sería por no romper su compromiso y quedar como una rajada, pero aquello no era lo suyo. Fathia también se había percatado y directamente pasaba de ella. En su lugar me acogió a mí tras comprobar que yo sí estaba volcada en la tarea.

El doctor Hamid era otro tema. Me intimidaban tremendamente sus ojazos negros y aquella mirada tan perspicaz. Pero no podía por menos que admirarlo. ¿Alguna vez dormía aquel hombrecillo? Al principio me escudriñaba con cara de pocos amigos. En palestino le indicó a Fathia que, ni por extrema necesidad, me dejara realizar ninguna práctica sanitaria, ni mucho menos tocar a un paciente. Que me diera un trapo y fregara el suelo si quería ayudar.

Pero poco a poco fue tolerando mi presencia. ¡Una mañana incluso me saludó!

-*Salam aleikum*, Lucía.

Me sobresalté y di un respingo que casi hace volar por los aires la bandeja de instrumental que le llevaba a Fathia. Ese descuido también me valió una reprimenda en árabe. Para aquel entonces yo ya entendía perfectamente cómo se decía inútil. Pero le vi sonreír y me sentí la persona más feliz del mundo: el terrible Hamid comenzaba a aceptarme en su reino.

-*Aleikum salam*, doctor Hamid -contesté sonriente.

Baraka

*E*n las primeras semanas de un voluntario hay un punto de inflexión que determina su trayectoria. Es el momento en que se produce la «impronta». Cuando por primera vez te identificas con algo o con alguien y descubres tu impotencia, descubres que ni eres un superhéroe ni eres Dios y resulta que te es imposible solucionar todo lo que pensabas o salvar a ese niño que tienes en los brazos. Los veteranos y los lugareños lo saben muy bien, de ahí su alto índice de acierto en las apuestas sobre los novatos. Solo quienes superan ese momento crítico y asumen sus limitaciones se convierten en los profesionales que precisa el terreno.

Mi impronta se llamó Amina. Debía de tener unos cinco o seis años, pero estaba tan escuálida y desnutrida que aparentaba apenas tres. Llegó en brazos de su hermano Jammal, que la cargó caminando no sabemos cuántos kilómetros. En la misma puerta del dispensario los dos cayeron desfallecidos y los trasladamos a una de las colchonetas para hidratarlos con el escaso suero que teníamos.

Toda la familia de Amina y Jammal había quedado sepultada bajo los escombros de su casa en una incursión de la aviación israelí. El hecho de que su pequeña hacienda estuviera a varios kilómetros de los asentamientos no los había salvado.

Eran unos niños fuertes, a los pocos días estaban casi recuperados, al menos físicamente. Amina había llegado con una fea fractura en la pierna que lamentablemente le dejaría una cojera permanente, pero saldría adelante.

El verdadero problema era saber si superaría el trauma con el que también cargaría toda su vida. Jammal nos contó que su hermanito pequeño, un bebé de apenas unos días, había muerto en sus brazos.

Amina no hablaba, ni siquiera emitía ningún tipo de sonido. Incluso ni gritó o lloró cuando el doctor tuvo que estirar el hueso de su pierna para

colocarlo. Pasaba los días acurrucada en la colchoneta con la mirada perdida en el suelo, ajena a todo cuanto sucedía a su alrededor. Jammal, que con sus doce años parecía haber vivido veinte más que yo, no se separaba de su lado.

El doctor Hamid nos dijo que si Amina no salía de su conmoción se iría apagando poco a poco sin remedio.

Lo intenté todo: le cantaba, le hablaba durante horas en español solo para que escuchara mi voz, le hacía garabatos en un papel, le ofrecía pequeñas golosinas, llevaba a los niños a jugar junto a su cama... Derrotada, un día me escondí en un rincón del almacén y dejé que las lágrimas corrieran por mis mejillas formando caminitos de polvo que no pude llegar a limpiarme porque alguien me reclamó con urgencia. Nadie pareció darse cuenta, o eso creí yo. Una semana más tarde, Hayzam bajó de un salto de su camión y se dirigió directamente hacia mí con una sonrisa enigmática.

-Te traigo un regalo para tu pequeña amiga.

-Te estás ablandando, Halcón. ¿Desde cuándo te interesan los huérfanos...? Hay tantos, según tú -le dije a la defensiva.

-No es por ella, es por ti, princesa, no quiero volverte a ver con las mejillas llenas de churretes. Será mejor que vayas a dárselo, creo que no viene en muy buen estado, pero es fuerte. Tanto como la niña, ya lo verás.

Y me entregó un pequeño cuenco de tejido que piaba lastimeramente. Dentro estaba el pollito más feo que yo había visto en mi vida. Tenía un color indefinido entre blancuzco y gris, le faltaba un ojo y tenía una patita doblada.

Con él entre las manos me acerqué a la siempre cabizbaja Amina. Jammal fue el único que levantó la vista para mirar el animalejo con un poco de aprensión. Le pedí que tradujera.

-Amina, un amigo me ha regalado este pollito, pero yo no puedo cuidarlo. Solo tengo tiempo para venderle la patita y me voy corriendo. Por favor, ¿puedes hacerte cargo de él mientras trabajo? Come bichitos y deberás darle también un poquito de agua. Le gustará estar a tu lado y sentir tu calor, ha hecho un viaje muy largo desde... -Miré a Hayzam instándole a que me indicara de dónde venía el horrible bicho.

-Desde Jerusalén, un camino muy largo y peligroso -dijo mirando a Jammal.

El niño abrió mucho los ojos y sonrió, ya había comprendido todo lo que podía ayudar aquel pequeño animal a su hermana. Con un movimiento rápido atrapó una mosca de las muchas que volaban a nuestro alrededor y se la ofreció al pollito. El animal dejó de piar y la engulló rápidamente. Al menos,

estaba claro que el bichejo tenía intenciones de seguir viviendo. Por primera vez en semanas Amina levantó la vista del suelo y miró el cestito con el pollo.

-Bueno, si crees que es mucha molestia para ti me lo llevaré. -E hice intención de recogerlo.

La manita de Amina me lo impidió.

¡Dios!, la mirada esperanzada de Jammal pagaba toda la fatiga y todas las broncas de aquella mañana.

-¡No, no! El pollo se queda, ¿verdad, Amina? Bastante trabajo tienes ya tú. Yo le traeré comida y Amina lo cuidará. ¿Sí, Amina? Ella sabe, ella buena con animal pequeño.

Y se puso a buscar más insectos ayudado por todos los críos del barracón, que por supuesto no se habían perdido ni un detalle de la historia.

Amina miraba fijamente al pollito. Él parecía estar hipnotizado por sus ojos y solo atendía a los otros niños cuando le acercaban un nuevo insecto. Pero Amina detuvo la siguiente mano infantil. Haciendo valer su derecho sobre su protegido, alargó los deditos exigiendo ser ella quien lo alimentara. El niño le entregó dócilmente el insecto que traía para él, amedrentado por la mirada feroz del hermano mayor.

-Puedes ponerle un nombre, si quieres, pero yo le he llamado Centellas, como un gallo que tenía mi abuela y que cantaba muy bien... Aunque lo mismo es una gallinita y cuando crezca pone muchos huevos para nosotros, así que cuídalo y no lo pierdas de vista, ¿vale?

-Se llamará Baraka -dijo Jammal muy serio-. Ha tenido mucha suerte de llegar hasta aquí con vida, como nosotros. Hayzam sonreía, sabía todos los puntos que había ganado conmigo. Cuando salimos de la tienda no me pude contener y me abracé a su cuello riendo.

-¡Gracias, gracias, gracias, le has salvado la vida a esa niña!

-Has sido tú, princesa. Tú les vas a salvar la vida a los dos, porque no estoy muy seguro de que el pollo pase de esta noche, así que ya puedes largarle una de tus medicinas milagrosas para que aguante.

Gracias a Baraka, Amina fue volviendo poco a poco al mundo que la rodeaba y pronto estuvo cojeando por el campamento con el resto de los críos. El pollo la seguía a todas partes y nadie osaba tocarlo. Creo que su hermano Jammal le habría arrancado la cabeza a quien lo hubiera intentado.

Pero, aunque rozó lo increíble, la proeza que hizo famoso a Baraka en todo el campo y fuera de él no fue esa. Sucedió casi un mes y medio más tarde.

Baraka había crecido, aunque no mucho, y todavía no había cambiado del todo las plumas. Más que un pollo tomatero, que diríamos en España, era un auténtico engendro tuerto y cojo. Jammal le había hecho una jaula para protegerlo de los gatos, pero siempre andaba fuera de ella, detrás de Amina, así que el día que se cruzó con la bota de un joven soldado israelí salió rodando varios metros en un revoltijo de plumillas sucias y píos. El soldado levantó el pie para rematar la faena y aplastar al animal, pero quien cayó redondo fue él, con los dientes de Amina clavados en su pantorrilla a través del pantalón. Aturdido, se incorporó a medias y alzó por el pelo a la fierecilla que intentaba patearle la cara. Todos los que contemplábamos la escena estábamos paralizados temiéndonos un final terrible.

Ninguno fuimos capaces de intervenir en ayuda de Amina. Ninguno salvo su amigo el pollo, que se lanzó en un pequeño vuelo triunfal sobre la cara del soldado, le clavó sus garritas en la mejilla y arremetió a picotazos con sus ojos. El israelí soltó a la niña y de un manotazo se quitó al bicho de la cara mientras se protegía el ojo magullado.

Nos acercamos rápidamente a él para auxiliarlo, preocupados sobre todo por la reacción de su compañero, pero el joven sargento que lo acompañaba no paraba de reírse ante el cariz tan cómico de la escena. Mientras, sabiamente, alguien se había encargado de hacer desaparecer niños y pollo. Nos quedamos con los soldados, distrayéndolos y haciéndoles ver el terrible ridículo que harían ante sus superiores si denunciaban el ataque de una niña de cinco años y un pollo escuálido.

Baraka se convirtió en el primer pollo palestino que había vencido a un soldado israelí. El cuento corrió de boca en boca, el gallito era todo un símbolo de coraje y valentía. Al día siguiente había una cola de niños y adultos con presentes para él y para Amina. Si antes era intocable, ahora era un héroe que tenía garantizada la alimentación y un salvoconducto de por vida para no acabar en la cazuela. Desde aquella mañana pareció saberlo y, ante la alegría y el estupor de todo el campamento, su cuerpecillo esmirriado lanzó su primer, y sorprendentemente potente, canto al despuntar el alba, rivalizando con la llamada del almuecín.

Qué habrá sido de él, de Amina, de Jammal... Tras las explosiones todo era un caos. Estaba tan aturdida que me limité a atender al pequeño ser que acunaba en mis brazos. Solo recuerdo ruinas, gritos pidiendo auxilio, llantos... y el olor. El olor de la sangre y la carne quemada.

¿Por qué yo?

*P*or qué yo? ¿Por qué te fijaste en mí?

Sí, eras muy astuto. No en vano te llamaban Halcón. Yo aún no sabía que ese era el significado de tu nombre, pero realmente parecías un halcón: hacías cualquier cosa para lograr tus fines. El detalle del pollito arrambló con todos los reparos que tenía contigo.

Eras arrogante, por no decir intimidante, soberbio, pero también atractivo, encantador y peligroso. Todas las cooperantes hablaban de ti -en cualquier idioma-. Con todas coqueteabas y, si te lo permitían, me imaginaba que mucho más. No eras mi tipo. Esa actitud de machito-perdonavidas y donjuán me repateaba. Aunque a todas nos halaga que nos ronden y tu descaro era tan flagrante que me hacía gracia en cierta forma. Tú no enmascarabas tus intenciones, ibas directo al grano.

Pero no entendía por qué me habías elegido. Cuando al final de las agotadoras jornadas me quitaba el pañuelo y me miraba al espejo, veía una chica de ojos castaños, rostro más bien alargado, ojeras eternas y demasiado delgada. Cada vez más delgada. Estaba segura que a ti te gustaban con buena delantera y generosas de curvas. A todos los tíos les va eso. Entre nosotros había chicas así. Sin ir más lejos, Sofía era bastante más guapa que yo. Y sin embargo tu asedio seguía a pesar de mi indiferencia.

Con el regalo para Amina habías abierto una pequeña grieta en mis defensas y la aprovechabas. Te pasabas varias veces por el consultorio con pequeños pretextos, o sin ninguno. Charlabas con todos, jugabas un poco con los niños y terminabas soltando alguna broma que nos hacía reír a Fathia y a mí. También hablabas con Hamid a menudo y sé que le traías medicamentos y materiales difíciles de conseguir. Pero él te miraba con desconfianza. Sobre todo cuando te veía con nosotras. Yo lo achacaba al excesivo celo protector que la cultura árabe inculca a sus hombres en relación con las mujeres de su

entorno. Por eso me molestó que me advirtiera sobre ti.

-Aléjate de él, Lucía, no es bueno para ti.

-Solo bromeamos, Hamid. Es encantador cuando quiere y aquí no vienen mal unas risas de vez en cuando.

-Antes de que el halcón clave sus garras, clava su mirada. Entonces la paloma ya está perdida.

-Estos árabes, siempre tan retóricos.

Me miró serio y dudó un momento antes de insistir.

-Márchate, Lucía, escapa de su alcance.

Me quedé estupefacta y dolida. Pensaba que había comenzado a ganarme su confianza.

-¡Me estás echando de tu consultorio!

-No es eso, Lucía. Tienes mucho que aprender, pero pones voluntad... Nos ayudas bien, y todos, personal y pacientes, te aprecian. Yo también te aprecio, por eso te lo digo. No te conviene. Cuanto más lejos estés de Hayzam, mejor.

-No me lo puedo creer. No de ti, Hamid. No me lo esperaba. Soy blanca, ¿es eso? O peor, soy cristiana y él es musulmán. Me decepcionas, doctor Hamid, pensé que después de tu trayectoria y tus estudios habías superado esos ridículos prejuicios.

-Por favor, no me malinterpretes. Lucía, Hayzam no es musulmán, ni cristiano, ni judío, ni nada. Es él mismo, el Halcón, y no respeta nada ni a nadie. Te hará daño, te harás daño, créeme.

No, no le creí. O al menos no le hice caso, aunque en mi fuero interno algo me decía que tenía razón. Pero había actuado de la forma menos indicada: intentar que no hiciera algo. Conmigo eso era conseguir exactamente lo contrario.

Siempre he reaccionado a la inversa de lo que se me quería imponer. Todavía recordaba el enfado de mi padre cuando sugerí lo del voluntariado. Las lágrimas de mi madre cuando dije que viajaba a Palestina. Su actitud me afirmó más en mi decisión y me espoleó para hacer lo imposible y conseguir uno de los escasísimos puestos que ofertaban las ONG para estos conflictivos destinos. Rellené todo el papeleo del mundo, superé todos los test y entrevistas que me exigieron. Hablaba bastante bien inglés, todos los veranos desde que tenía catorce años los había pasado en Irlanda e Inglaterra. Primero estudiando, en los últimos cinco años trabajando. Sabía lo que era estar sola y buscarme la vida en un país extraño. Nada podía ser peor que trabajar en una pizzería en pleno centro de Londres para un jodido polaco que por derechos

laborales entendía concederte un descanso de doce horas semanales y tener un botiquín de primeros auxilios en el vestuario. Nada salvo lo que me encontré en Rafah.

Desde aquella conversación, la relación con Hamid dejó de ser fluida. Él sabía que tenía que haberse callado y yo seguía ofendida. Por eso estallé aquella tarde y me porté como una cría enrabiada.

Había habido una incursión de castigo de la aviación israelí. Los muchachos de Hamás se estaban dedicando a incordiar a los judíos con misiles de fabricación casera. Aunque no eran muy eficaces, y en muchos de los casos incluso caían dentro de la Franja de Gaza, Israel había respondido bombardeando varios asentamientos. Durante todo el día nos habían estado llegando heridos. Estábamos desbordados, faltos de medicamentos, de medios, de personal sanitario y muy muy estresados. La presión militar israelí era agobiante y no se podía circular libremente a partir del anochecer. El toque de queda se acercaba, nadie podría entrar o salir del dispensario porque las patrullas estaban especialmente insidiosas esa noche. Pero yo me porté como una auténtica estúpida, como una inconsciente.

-¡Sutura! -ladró Hamid. Llevaba más de veinticuatro horas en pie.

Había practicado seis operaciones de urgencia y me había permitido asistirle en la última.

-¿Yo? Yo no sé, no soy sanitario, yo... -Me entró pánico.

Una cosa era acercar el instrumental, limpiar heridas y controlar pulsaciones y otra lo que me estaba pidiendo en ese momento. Si no hubiera estado tan obcecada, o tan cansada, tal vez me hubiera dado cuenta de lo necesitado que debía de encontrarse para permitírmelo y del gran gesto de confianza que estaba teniendo conmigo. Pero no pensé, solo me quedé paralizada con la bandeja llena de vendas ensangrentadas en la mano, incapaz de agarrar la aguja de sutura, el hilo y cerrar la pequeña herida de un brazo que Hamid acababa de curar.

-¿A qué has venido? ¿A jugar a salvarnos, a socorrer a los pobres moritos? La cristiana con conciencia social quería sentirse importante y pasa sus vacaciones en este desierto de mierda para poder contar luego sus aventuras a los amiguitos. ¡Aquí los niños juegan a morir y mueren jugando! Me has visto hacerlo, ¡coge la aguja y da tres puntos a esa herida! Aprende, todos hacemos de todo. Lo que podemos, lo que nos dejan, lo que parece imposible. ¿Vas entendiendo, españolita?

A esto le siguió una serie de improperios y murmuraciones en árabe de los

que entendí el equivalente a «cooperantes novatos de mierda», «buenos para nada» y otras lindezas similares.

-¡Largo, fuera de mi vista, ya lo hago yo! Ve a buscarme a alguien con más narices que tú. -Y de un empujón me apartó del herido.

¡No era justo! Llevaba tanto tiempo en pie como él. Todos estábamos allí, hasta Sofía. Me había quedado bloqueada, sí. No es que no me atreviera a hacerlo, hasta había ensayado en un cojín siguiendo las indicaciones de Fathia. Pero ¿y si lo hacía mal, y si hacía daño al paciente? Todas las dudas y toda la fatiga de muchas horas en tensión se me habían venido encima.

-¡Vete a la mierda, Hamid! Que te den, tirano prepotente. Sí, hazlo tú. Tú solito te vales para todo y puedes con todo.

Tiré la bandeja y escapé corriendo y enfadada del consultorio. Sin mirar la hora, sin darme cuenta de la poca luz que había ya. Sin pensar en las callejas oscuras y las patrullas que primero disparaban y luego preguntaban.

Cuando Jaime se dio cuenta de que no había regresado, de que mi camastro estaba vacío a las doce de la noche y tampoco estaba donde Fathia, salieron a buscarme. No solo me puse en peligro yo, puse en peligro a todos los que, preocupados, fueron tras de mí a las calles tomadas por el ejército israelí.

Toque de queda

*E*n cuanto Andy se enteró de mi desaparición llamó a Hayzam y organizaron la búsqueda.

-Pero ¿dónde puede haber ido esa pendeja a estas horas? Será imbécil. Deberíamos dejarla que pasara la noche allá sola. A ver qué les explica a los soldados cuando la pillen. Porque la pillarán seguro, y a mí me caerá una bronca de cojones, se supone que soy vuestro jodido ángel de la guarda. Esto me cuesta el laboro, Sutherland me cuelga.

-Cálmate, Wilder, no puede estar muy lejos. ¿Quién fue la última persona que la vio? Fathia, Sofía, estaba en el hospital con vosotras, ¿no?

-Lo siento -dijo Hamid-, creo que ha sido por mi culpa, fui muy duro con ella, le exigí demasiado y salió corriendo muy enfadada del quirófano.

A Andy Wilder se le salían los ojos de las órbitas.

-¿Que estaba en el quirófano? Pero qué mierda hacía allí ella, no es médico, ni enfermera, no está acreditada para funciones sanitarias. ¿Tú también te has vuelto majara, doctor?

-¿Y dónde está el personal médico que me prometisteis? ¿Dónde, Andy? ¡Maldita sea! Tiro de quien puedo para atender a los heridos, ¡Mira a tu alrededor, mira cómo estamos!

Hayzam y su temple habitual se hicieron cargo de la situación.

-No se adelanta nada lamentándonos y discutiendo entre nosotros. Wilder, no llames a nadie más, cuantas menos personas sepan que no está en el recinto de la ONG, mejor. Haz una visita de cortesía al puesto de mando, por si te enteras de algo. Jaime, rodea con precaución el perímetro sin alejarte mucho. Me encargaré del mercado y la zona de la mezquita, es lo más transitado por las patrullas.

En esos momentos yo andaba muerta de miedo y totalmente extraviada. Había salido corriendo como una loca y durante unas horas había deambulado

por el mercado hasta que me percaté de que apenas quedaban vendedores y el sol se había escondido. Debían ser más de las nueve de la noche. Y seguí caminando, intentaba regresar, pero nunca he sido muy hábil orientándome y mucho menos de noche y en aquel laberinto. De pronto recordé el toque de queda y me aplasté contra una pared. ¡Dios, esos soldados eran unos paranoicos! Seguro que me tomaban por una espía, una terrorista o cualquier cosa que quisieran inventarse, no llevaba ningún tipo de documentación encima. ¿Me detendrían, me interrogarían? Seguro que alguna bofetada me ganaba. Me lo tenía merecido por gilipollas. Lo mismo nos mandaban de vuelta a todos a España por mi culpa. Y Andy, Andy me iba a matar. Busqué un recoveco y me pegué a la pared. Me quedaría ahí, no me movería hasta que levantaran el toque de queda. El problema es que era probable que me congelara, la temperatura bajaba alarmantemente por la noche. De hecho ya estaba temblando, aunque probablemente fuera de miedo más que de frío.

El cansancio, las horas de tensión y la dura jornada empezaron a hacerme efecto y poco a poco dejé escurrir mi espalda por la pared hasta quedar sentada en el suelo. Comenzaba a dormirme cuando sentí algo subiendo por mi pierna. Ahogando un grito, me levanté y comencé a saltar como una loca para librarme del bicho. ¿Una cucaracha, un ciempiés, un alacrán? No veía nada ya pero por si acaso no dejaba de saltar para librarme de lo que fuera. Hasta que unas manos me taparon la boca y tiraron de mí.

-Estate quieta o dentro de un momento tendremos aquí a la mitad del destacamento judío. Su voz. Su maravillosa voz. Con un suspiro de alivio que casi era un sollozo me dejé caer sobre su pecho. ¡Qué bien olía aquel hombre!

La luna salió de entre las nubes y pude ver una cara adusta y enfadada que no auguraba nada bueno. Me miraba, me comía con los ojos.

-¡Tú boca es una tentación, pérfida infiel! –se le escapó.

-¿Pérfida?, pero ¿quién te enseñó castellano? Alguien del siglo diecinueve...

No terminé la frase. Me agarraba de los hombros y me apretaba contra él, empujándome a un recodo en penumbra. Se oían voces acercándose. La patrulla, el toque de queda... ¡Si nos encontraban podíamos tener serios problemas!

Sentí aún más su olor, tan diferente a los olores de nuestros hombres, sin perfume, sin máscaras. Su piel ardiendo, trasminando deseo a cada uno de los poros de mi piel. Pasaron, no nos vieron ni oyeron mi respiración agitada, mi corazón latiendo como loco. Se relajó y me separé unos centímetros de su cuerpo, lo suficiente para ver el brillo afiebrado de sus ojos.

-¡Y tu boca es un pecado, maldito moro...! -La frase me salió sin pensar.

Me apreté de nuevo contra él y mordí aquellos labios que deseaba como nunca había deseado nada en mi vida. Hayzam me devoraba. Sus manos se hundían en mi pelo, recorrían mis costados y acabaron agarrando con fiereza mis nalgas y levantándome en vilo. Habíamos perdido por completo la noción de quiénes éramos, de dónde estábamos. Entonces alguien habló por el transmisor. Su semblante cambió radicalmente. Recuperó la calma. El azul de sus ojos volvía a ser ese océano oscuro y frío que ya conocía. Sonreía curvando levemente los labios mientras elevaba apreciativamente una ceja y me colocaba el pelo y la ropa.

-Esto no ha acabado, princesa -me susurró un segundo antes de contestar-. ¡La encontré, vamos para allá! -Y volvió a mirarme tras cerrar el transmisor-. Siempre te encontraré...

Un escalofrío recorrió mi espalda. Tuve la certeza de que era cierto: siempre me encontrarías; y eso me aterraba y me excitaba a la vez.

8

Escondida

Me gané una merecida bronca de Andy. Al día siguiente no tuve el valor de aparecer por el consultorio y me escondí de todo y de todos en el almacén para hacer inventario de los escasos suministros que nos quedaban.

Estábamos ya a finales de noviembre y hacía un frío de mil demonios. ¿Cómo podía hacer tanto frío en Palestina? Los ancianos miraban el cielo de color panza de burra y auguraban nieve en los próximos días. Lo que en nuestras ciudades siempre es un fenómeno meteorológico hermoso allí, sin calles asfaltadas, sin combustible suficiente y sin generadores para todos, podía ser una tragedia.

Me embuté en un plumas cochambroso que tenía Andy olvidado entre palés vacíos y que prácticamente me cubría hasta las rodillas. La *kufiya* y unos guantes de trabajo completaban el desastroso atuendo. Parecía el muñeco de Michelin con *hijab*,⁴ pero ni esperaba ni quería visitas. Estaba muy a gusto regodeándome en mi propia vergüenza. Por eso cuando escuché el saludo de Hayzam pegué un bote enorme y me parapeté tras el tablero que hacía de mesa.

-¿Qué tal, princesa? Andas un poco solita por aquí, ¿necesitas compañía?

-No, gracias. Mejor así, el buey solo bien se lame. Hoy no estoy para nadie. ¿Qué quieres, Halcón? -Respiré hondo, me mordí el labio y me dispuse a soltar el discurso que llevaba dando vueltas en mi cabeza toda la noche-. Ayer me pillaste con la guardia baja. Discúlpame. No quiero que malinterpretes mi arrebató, Hayzam. Fue un impulso estúpido, estaba asustada, tenía frío y apareciste como mi salvador. Muchas gracias de nuevo, pero eso es todo, ¿ok?

-¿Un arrebató? -Me miraba fijamente, el azul de sus ojos más oscuro que nunca, más peligroso-. Sabes que fue mucho más, princesa.

Traté de alejarme, de escapar de aquella mirada que me hacía temblar, pero el tablero que nos separaba no lo desanimó. Me agarró del plumas, me

levantó en vilo y se pegó a mi boca en un gesto aparentemente brusco que la dulzura de sus labios en los míos borró de inmediato. Me sujeté a sus hombros y me dejé resbalar por su cuerpo hasta quedar sentada sobre la mesa. Me estaba derritiendo y de pronto tenía mucho calor.

-No es ningún arretrato, Noor. Yo también lo siento. Te deseo con cada poro de mi piel. A pesar de que ahora mismo, cariño, eres la mujer menos sexi que he visto en mucho tiempo.

Me había colgado de sus palabras como una boba. Me tenía a su merced. Comenzaba a desabrocharme el plumas cuando oímos a Hamid.

-¡Lucía!

De un salto bajé de la mesa y me libré de su abrazo. Mi cara se puso como un tomate. ¡Joder, Hamid no era mi padre, pero estaba abochornada!

-¿Qué haces aquí? Estamos hasta arriba de pacientes.

-Yo... no pensé que quisieras verme de nuevo por el consultorio.

-No puedes derrumbarte al primer contratiempo. Vamos, hay mucho que hacer. -Hayzam, ¿conseguiste lo que te pedí?

-Claro, doctor. Acabo de llegar de Tel Aviv; David Sutherland me dio los antivirales junto con estas invitaciones para el baile del consulado. Me indicó que les gustaría verlos a todos por allí, creo que tiene que hacer campaña de captación de fondos.

Hamid frunció el ceño, no le gustaban esos saraos, pero sabía que tendría que asistir, su hospital dependía de ellos.

-Será una fiesta a lo grande, princesa. Todo el mundo de tiros largos y con mucha gente importante, te encantará.

-Pues no creo que pueda ir, como no sea en vaqueros -dije evitando mirar a ninguno de los dos. Mis mejillas seguían rojo semáforo. Sabía que Hamid nos había visto y que Hayzam estaba tratando de relajar el ambiente.

-Ya veremos -murmuró sonriendo antes de marcharse.

Seguí a Hamid feliz porque me había readmitido y preocupada por el escarceo en el que había perdido por completo la chaveta, de nuevo. ¿Qué me estaba pasando? Yo no era así. Yo controlaba y nunca me había colado hasta ese punto por un tío... Debía pensar y analizar la situación fríamente para que Hayzam no volviera a cogerme con la guardia baja. Ese tipo no me convenía en absoluto. Sí, Hamid no era mi padre, pero conocía al Halcón mucho mejor que yo, tenía razón, me haría daño, yo misma me haría daño... Era demasiado bello y peligroso. Tentador como el diablo.

Noche de estrellas

*D*urante los días siguientes la temperatura siguió bajando y los pacientes con resfriado fueron en aumento. Combatíamos los síntomas menores con té caliente, tisanas de hierbas y, en casos de mucha fiebre, con paracetamol cuidadosamente racionado por Fathia.

Hamid nos había reunido y nos había entregado las invitaciones para la dichosa fiesta. Debíamos ir todos, nos recordó, pero entendería que alguien se escaqueara, si él pudiera lo haría con muchísimo placer.

La jornada tocaba a su fin. Fathia esterilizaba material y yo doblaba la colada mientras comentábamos con pena que no teníamos nada que lucir para ese baile y ninguna de nosotras dos podría asistir.

Entonces apareció Jammal con unas enormes bolsas y aire misterioso. Miró a todos lados comprobando que estábamos solas y nos tendió su carga sonriendo de oreja a oreja.

-Un regalo del Halcón para las damas más preciosas de Rafah.

Fathia miró en el interior curiosa y levantó la vista hacia mí entre asustada y maravillada. Luego me arrancó la bolsa de las manos y no me permitió comprobar qué nos regalaba el dichoso Halcón.

-Termina ya con eso, hoy duermes en mi casa.

En pocos minutos estábamos encerradas en su diminuta habitación, un cuartucho que compartía con una viuda y su numerosa prole en una casa medio derruida cerca del hospital y del centro de acogida. Sobre el colchón que hacía de cama había dos preciosos vestidos de fiesta de muy diferentes estilos. El suyo era una maravillosa túnica tipo caftán bordada en hilos de oro con motivos palestinos. El mío un vestido en lamé plateado, largo y sencillo, de estilo *vintage*, con un escote recatado por delante y la espalda totalmente descubierta. En la otra bolsa iban los zapatos a juego, una capa, también bordada para el vestido de Fathia, y unos guantes hasta el codo y una estola

de piel blanca para el mío.

-Hay una nota: «Sol y Luna. Quiero que luzcáis con luz propia. ¿Sabes bailar, princesa?». Este tío es increíble. ¿De dónde habrá sacado la ropa?

-Algún cambalache. Mejor no quieras saber. Disfrútala.

-Fathia, realmente tu vestido es el vestido de una reina. Vas a estar preciosa.

-No, Lucía, el tuyo es más impresionante. Él sabe elegir.

Nos quedamos mirándonos. Estábamos pensando lo mismo, aquellos trapos debían costar una indecencia, probablemente casi lo mismo que nuestro presupuesto anual.

-Un día, es un día. Nos lo merecemos, ¿no te parece?

-Hay algo más, solo para ti, lleva tu nombre: Noor.

Me puse como un tomate. Lo sabía, Fathia sabía como me llamaba Hayzam.. Pero alargué la mano y lo cogí. Era una preciosa cajita en madera de sándalo y dentro, ¡Dios mío!, dentro estaban los pendientes más espectaculares que había visto jamás, y ¡eran para mí!

De un hilo con tres diamantes engarzados en lo que supuse era platino pendía una piedra azul en forma de lágrima muy oscura, tan oscura como el azul de los ojos de Hayzam. También había una nota. En una caligrafía elegante y picuda, tres palabras: «Recógete el cabello».

De nuevo me ardían las mejillas, ¡pero esta vez de indignación, cómo se atrevía a darme órdenes. Cerré de golpe la cajita y la arrojé a la cama. Fathia la abrió y me acercó uno de los zarcillos a la oreja mientras me recogía el pelo en la nuca.

-¡Zafiros! Este sí que es el regalo de una reina. No puedes rechazarlos, se ha tomado mucho interés en ti.

-Me los pondré, pero como un préstamo. Después se lo devuelvo todo: el vestido, la estola, los guantes, los zapatos, ¿cómo habrá sabido mi número?, y por supuesto los malditos pendientes. No puedo permitirme aceptar estas cosas. Pero ¿quién es este tipo? ¿Un ladrón, un jeque del petróleo, un contrabandista, un caradura...?

-Todo lo que puedas suponer y más -rio Fathia-. Pero nos ha resuelto la fiesta. Por lo menos habrá que darle las gracias.

Eso era lo que realmente me indignaba y me asustaba: que seguramente yo le daría las gracias con creces. Aunque, como estaba harta de repetirme, fuera algo que no me convenía en absoluto.

Todos los días que quedaban hasta que salimos para Tel Aviv dormí en casa de Fathia. La tarde anterior, nos lavamos mutuamente el cabello y me ayudó a trenzar el mío para dejar la nuca al descubierto y lucir adecuadamente los preciosos pendientes. Nos prometimos que, si teníamos tiempo, en la ciudad iríamos juntas al hammam⁵ de mujeres y me dejaría depilar al estilo árabe, con azúcar al punto de caramelo, *sugaring*. Contemplé extasiada cómo se decoraba las manos con alheña y se perfilaba los ojos con kohl y permití que me lo hiciera a mí.

-Es precioso -dije mirando la palma de mis manos envueltas en un encaje de henna-. Pero con los guantes no se me verá. Bueno, siempre puedo quitármelos en plan Gilda y poner cardíacos a los chicos...

-Te encantaría ver un ritual Hafla al-henna. Alguna vez tienes que acompañarme a una boda y participar en la fiesta de la henna. Solo mujeres; danzamos, cantamos, comemos muchos dulces y contamos historias picantes para sonrojar a la novia. Es la fiesta que las mujeres árabes recordamos toda nuestra vida, nuestra despedida de soltera.

-¡Estás casada, Fathia!

Mi amiga se ruborizó.

-Algo así. Noté su incomodidad, no quería hablar del tema y yo me mordí la lengua, aunque me moría por preguntar. Ya me lo contaría cuando quisiera. Aquellos momentos son algunos de mis recuerdos más hermosos de Rafah. Fathia era mi amiga, mi hermana.

Esa noche desafiamos el frío y subimos a la azotea.

-Esto es igual que la casa de mi abuela. Mi abuela Lola es andaluza. Vive en una casa de paredes blancas, con un acogedor patio lleno de plantas alrededor de un pozo del que incluso he llegado a ver sacar agua. Tiene también una azotea abierta al cielo, como esta. Cuando era chica, jamás me dejaba subir sola por si me caía por la empinada escalera. Pero subía conmigo por las noches y me señalaba el firmamento plagado de estrellas. Me decía sus nombres. No los que les han puesto los astrónomos, sino otros mucho más hermosos que ella les daba y que ahora he olvidado. «Una es la tuya», me decía, «solo tienes que encontrarla. Aunque ella ya te eligió a ti desde tu nacimiento».

-Mi padre hacía lo mismo. A cada uno de sus hijos los llevaba una noche al desierto, lejos de las tiendas, lejos de todos los demás, y en medio de la nada, nos hablaba de las estrellas. De cómo nos vigilan, de cómo nos guían. Nos enseñaba a leerlas para que marcaran nuestra ruta en el desierto. Él

también decía que cuando nacemos nuestra vida se liga a una estrella, solo que nosotros la conocemos desde ese mismo momento y la llevamos marcada en la frente. -Y se señaló la curiosa marca que había entre sus cejas.

-¿Ese signo que llevas es tu estrella? Qué lindo, Fathia. Vuestra cultura es tan poética... ¡Está llena de cuentos y profecías maravillosas!

-Lucía, esto no es un cuento. Mi estrella me guía. Puede que yo no sepa el camino, pero ella siempre lo ilumina. Tú debes buscar la tuya.

-Y si soy incapaz de encontrarla, ¿tú me ayudarías, Fathia? Sé una buena amiga, anda, ayúdame. -Me burlaba, claro. Los europeos somos tan estúpidos, tan prepotentes que no vemos más allá de nuestra mente racional y lógica.

Fathia se quedó seria y por un momento temí haberla ofendido. Iba a disculparme y me tapó la boca con su mano. Su preciosa mano decorada con henna.

-Sí tú quieres, puedo prestarte la mía mientras encuentras la tuya. Ya eres mi hermana en mi corazón, puedes serlo también en mi tribu. Si te marcas en la frente nuestro signo, toda mi familia te aceptará como hija y te ayudará en tu búsqueda.

Me quedé de piedra. Tanta generosidad me abrumaba.

-¿Harías eso por mí, Fathia? Entiendo que es algo muy importante, no sé si lo merezco. ¿Qué diría tu gente?

-Si yo te he aceptado, te aceptarán. Será un honor para ellos que formes parte de nosotros. Claro que también aceptarían de buen grado algún presente. Nada lujoso para una blanca como tú. Vaqueros, unas camisetas de fútbol, un balón, una tele con su parabólica, cosas así. -Sonreía burlona.

-Eso está hecho, amiga. Si no lo encontramos en Tel Aviv, lo encargo a España.

Su risa era contagiosa. Terminamos dormidas y tan agotadas de felicidad que a las seis de la mañana nos despertó el claxon y la voz airada de Andy Wilder metiéndonos prisa. Llevaba un rato esperándonos y ya estaban todos en la camioneta.

10

Baile benéfico

Llegamos al hotel con el tiempo justo para una ducha rápida, retocar nuestro peinado y cambiarnos de ropa. Las dos mirábamos con una pena infinita la preciosa bañera en la que no habíamos podido darnos el baño de horas con que tanto soñábamos.

Andy había amenazado con entrar personalmente a buscarnos y sacarnos como estuviéramos, si volvíamos a retrasarnos. La cena era a las seis y de rigurosa etiqueta.

Se quedó sin habla cuando nos vio aparecer. Fathia, con sus ojos oscuros, su pelo larguísimo y suelto bajo un *mildilk* -el velo tradicional beduino- casi transparente y su túnica negra o *abey* bordada en oro, parecía sacada de *Las mil y una noches*. Yo sabía que estaba hermosa porque me había mirado en el espejo de la habitación y no me había reconocido; aunque en aquellos momentos, bajando la escalera hacia el *lobby*, mi única preocupación era no despeñarme de los altísimos zapatos plateados en los que me había encaramado. Los brazos de Jaime me aferraron y evitaron que cayera despatarrada en medio del vestíbulo.

-Pero ¿dónde están mis chicas? Estos bellezones me van a poner cardíaco toda la noche. No tengo fuerzas ni edad para estar espantando moscones a cada rato -bromeó Andy.

Ellos también estaban increíbles de esmoquin, si obviamos el brillo sospechoso de la chaqueta de Andy y el verde chillón de su pajarita.

-Por favor, Andy ¿dónde lo conseguiste, en el Bazar? Seguro que no me equivoco.

-Ya le he dicho que le falta la guitarra y lo incorporan a la orquesta -comentó con sorna Jaime.

-Yo no tengo «hados madrina» como otras, lindas, solo mi escaso sueldo. Lo fulminé con la mirada.

-Sin guasa con el tema, Andy. Es un préstamo y lo devolveremos todo en cuanto termine el baile..., como buenas cenicientas.

-Pues cuida de no perder los pedruscos, deben costar el producto interior bruto de toda Palestina. Me estaba cabreando por momentos, así que respiré hondo y cambié de tema.

-Doctor Hamid, ¿puedo decirte que estás guapísimo?

-No tanto como tú, bella Noor.

Otro que sabía cómo me llamaba Hayzam, la nochecita iba a ser fina.

Por fin se nos unieron los demás y entramos en el salón. David nos alabó como correspondía a su cuidada educación sureña, y se alejó rápidamente para atender a otros invitados. Antes de dejarnos, le recordó a Hamid que tendría que hacer su *speech* a los postres, y a nosotros la necesidad de recoger fondos para la causa.

-Vosotras lo tendréis fácil, *darlings*, en el baile os presentaré a algunos caballeros que no se os van a resistir, tan preciosas como estáis.

Miraba a todos lados, pero no lo veía. Respiré un poco más tranquila, quizá no había podido venir.

Fathia tenía dilatadas las pupilas y me agarraba nerviosa del brazo.

-¿Has visto cuánta comida? ¿Y los dulces? Hay que llevarse algo para los niños.

-Pues como no nos lo metamos en las tetas, ya me dirás. Y yo no llevo ni sostén, no creo que pueda guardar nada.

-A mí no me mires -alegó Andy-. Los bolsillos de la chaqueta son postizos.

-Relájate y disfruta de la fiesta, Fathia. Una golosina no soluciona la desnutrición crónica -la tranquilizó Hamid.

Supe que había llegado porque un cálido hormigueo me recorrió la espalda. Me volví. Me miraba fijamente, pero no movió un músculo y siguió caminando, indiferente, hasta unirse a David, que conversaba con un alto mando israelí.

Estaba tan guapo que cortaba el aliento. Esmoquin blanco, pajarita negra, pantalón negro con una caída impecable, a medida, de una sastrería inglesa, seguro. Meticulosamente afeitado para la ocasión y con el pelo perfectamente cortado y peinado. Esa noche el brillo de sus ojos parecía un poco, solo un poco, más civilizado. Todo un gentleman. ¿Quién demonios era ese tío?, me repetí una vez más. En realidad, no sabía nada de él. Solo rumores de sus amoríos, de su intrepidez, de sus tejemanejes con unos y con otros... Lo había visto de beduino, de contrabandista mugriento, divirtiendo a los niños,

bromeando con los cooperantes, escuchando atento a los ancianos con la cabeza respetuosamente inclinada; pero no sabía ni su apellido. Lo tenía que averiguar. Y ya sabía quién me podría facilitar esa información, al menos la que quisiera o pudiera darme.

Decidida, me dirigí hacia David Sutherland. Los tres hombres dejaron de conversar al ver que me acercaba. David me sonrió amablemente.

-Lucía, precisamente hablábamos de ti, qué casualidad. Te presento al coronel Ben Zacarí. A Hayzam Kenway me imagino que ya lo conoces, visita con frecuencia los campamentos.

¡Ya sabía su apellido! El nombre del coronel me sonaba como el de alguien muy importante. Tenía una mirada inteligente y dura, seguro que no le temblaba el pulso al decretar las operaciones de castigo que nos colapsaban el hospital de continuo.

Compuse mi mejor sonrisa y le tendí la mano. Me la rozó ligeramente mientras inclinaba la cabeza con gesto marcial. Si le hubiera añadido un taconazo casi sería como el saludo nazi de las películas. ¡Qué paradoja, un judío pareciéndose a un nazi! Pero un militar siempre es un militar, independientemente de la causa a la que sirva.

Hayzam se apresuró a recoger la mano que el coronel había dejado libre y la acercó a sus labios galantemente. Casi galantemente. Sentí sus dientes arañando sensualmente mis nudillos y una descarga eléctrica recorrerme el brazo. Él ni se inmutó. Seguía mirándome con una media sonrisa cínica y condescendiente que me hubiera gustado borrarle a guantazos. Sabía lo que estaba pensando: que había ganado, que llevaba el vestido y sus malditos pendientes y hasta el pelo recogido... Pero al menos ya conocía su apellido. En cuanto llegara a la habitación lo buscaría en Internet.

-Lucía, por favor, cuéntale al coronel Zacarí la aventura del famoso gallito de tu amiga. Sus proezas han llegado hasta el puesto de mando.

-¿Lo van a detener por insubordinación, coronel?

Por supuesto que no, señorita Álvarez -dijo en un casi perfecto pero arcaico castellano-. A nosotros también nos hace gracia la historia. Me encantaría oírla contar en español, mi familia es de origen sefardí y mi abuela siempre nos habla en ladino.⁶

¿Cómo sabía mi apellido? David no lo había mencionado. Empecé a arrepentirme de haberme acercado y a entender por qué Hamid odiaba estos eventos. No hacían más que sacarnos del cómodo anonimato en que trabajábamos y así ya podían ponerle cara a una ficha.

No me quedó más remedio que contar la bendita proeza de Baraka, evitando mencionar que se había convertido en todo un símbolo de la lucha palestina. Aunque me imaginaba que eso también lo sabía el coronel.

Además de militar, Ben Zacarí debía ser un experto en relaciones personales, en todo momento estuvo atento a mi relato y rio la anécdota en el momento oportuno. La conversación discurría entretenida y agradable hasta que Hayzam la interrumpió poniendo una mano abrazadora en mi espalda desnuda y empujándome ligeramente hacia la pista de baile.

-Señores, si nos disculpan, voy a sacar a bailar a la señorita.

-No sé bailar -murmuré en su oído-. Y menos con estos tacones.

-Tranquila, yo te sostengo. Y sí sé bailar. Tengo que enseñarte muchas cosas, Noor. ¿Te he dicho ya que estás deslumbrante esta noche? Realmente como una auténtica princesa. Aunque deberías dejar de toquetearte las baratijas que llevas en las orejas, no se te van a caer, el cierre es muy seguro.

-¿Baratijas? ¿No son de verdad?

-Zafiros auténticos de una aristocrática dama, mi bisabuela.

-¡Mentiroso! Auténticos o falsos, en cuanto termine la fiesta te vuelves a quedar con todo. Solo te lo he aceptado como un préstamo, ¿está claro?

-Ya veremos.

Y con un giro nos unimos a las otras parejas que bailaban.

Mi mirada se cruzó con la de Fathia y por un momento me pareció ver un ramalazo de tristeza. Ella nunca bailarían así con un hombre extraño a su familia. No bailarían así nunca y punto. A eso achacó su tristeza.

Nabokov en Tel Aviv

Hayzam sabía bailar -otra cosa que descubrí esa noche- y lo hacía muy bien. La orquesta estaba tocando temas clásicos americanos de los años cincuenta, melodías de Sinatra que mi padre solía escuchar. Me sentía segura a pesar de los altísimos zapatos y de mi torpeza. Giraba con una gracilidad que a mí misma me asombraba. Comenzaba a sentirme un poco como Ginger Rogers cuando *Hayzam* murmuró casi rozando mi oreja:

-Noor, luz de mi vida, fuego de mis entrañas...

-¡Dios mío, un árabe que lee a Nabokov!

No pude reprimirme, no sabría decir si estaba ofendida o halagada, pero sí verdaderamente sorprendida. Lo que menos podía esperar era que alguien recordara el comienzo de *Lolita* en aquel conflictivo lugar y me lo estuviera diciendo a mí, ¡para seducirme!

Hayzam soltó una sonora carcajada, no se amilanó ni pareció confuso; al contrario, con su habitual chanza, dibujó esa sonrisa burlona que me volvía loca y continuó:

-Noor, luz de mi vida, fuego de mis entrañas, estrella de mis días, ilumina mi alma oscura con tu luz...

Solo que las últimas frases sí eran suyas y me parecieron sinceras, con cierto regusto de amargura. Esas sí me conquistaron... Ilusa, niña ilusa.

-¡Cuánto me gustas, princesa! Siempre me sorprenden tus salidas de tono.

-Bueno, al menos has puesto algo de tu cosecha. ¿De verdad te funciona eso con las tías?

-Con las europeas, sí. Y a las americanas, aunque no suelen reconocerla, la frase les pone muchísimo.

-Mala elección conmigo, soy española.

-Eres la mejor princesa, todo un reto.

A pesar de sus protestas conseguí que me dejara en la puerta de la

habitación que compartía con Fathia sobre las dos de la mañana. Sacaba la tarjeta para abrir cuando me acorraló entre sus brazos contra la pared y, mientras mordisqueaba mi cuello y revolucionaba todo mi ser, ronroneaba en un tono bajo y tremendamente erótico:

-Olvida esa puerta. Déjame raptarte y cabalgar contigo hasta el desierto, a ese oasis en el que todas las occidentales soñáis con perderos. Quiero arrancarte ese vestido, quitarte despacio los guantes y amarte solamente con estos pendientes azules en el cuerpo.

Estaba empezando a marearme y no por lo que había bebido. El champán, por muy francés y caro que sea, nunca me ha gustado; prefiero nuestro cava. Mi mente gritaba sabiamente: «¡Sal corriendo, entra en la habitación y echa todos los cerrojos!»». El cuerpo me pedía otra cosa. Afortunadamente en esa ocasión tuve la suficiente voluntad para escabullirme bajo su brazo, abrir mi puerta y decirle al tiempo que la cerraba:

-Lo siento, Valentino,⁷ hoy no me rindo a tus encantos. Mañana te dejo todo eso que quieres quitarme en la recepción. Muchas gracias y buenas noches.

Creí que Fathia dormía ya en su cama y me sobresalté cuando la escuché:

-Verás el desierto, Lucía. Es mágico, te atrapará.

-¡Hayzam no me atrapará!

-Mi subconsciente me estaba jugando una mala pasada.

-El desierto también te atrapará.

Sí, ambos me habían atrapado. Aquel país, desierto de esperanzas, aquellas gentes tan llenas de vida, y él, el Halcón. Llevaba demasiado tiempo refugiándome en mi trabajo, en mí misma. Mi corazón y mi cuerpo estaban listos para enamorarse, aunque yo intentara convencerme de lo contrario.

Vacaciones navideñas

-Nena, ¡estás magnífica! No sé, distinta, radiante, sí, eso es: ¡brillas, nena, brillas! Ya me lo estás contando, ¿quién te hace brillar? Porque después de casi cinco meses en aquel agujero, nadie vuelve tan espléndida como tú.

-Bueno, estoy contenta con lo que hago, es duro pero me llena. Sobre todo me llena darme cuenta de todo lo que soy capaz de hacer, de la cantidad de cosas que aprendo de esa gente cada día. Emma, son increíbles, no tienen nada, les llueven penalidades cada día y siguen luchando con unas ganas inmensas de vivir que ya queríamos en nuestro cómodo bienestar occidental...

-Lucía, soy yo, Emma, nos conocemos desde la guardería, me imagino que todo eso es cierto y grandioso, pero hay algo más, a mí no me engañas, ni me distraes.

-Eres tremenda, quieres carnaza. Vale, hay un tipo: es atractivo, es embriagador, es audaz, es imprevisible, es hermoso, es oscuro, es el diablo... Y precisamente por eso me pone, me pone muchísimo. Pero no va a pasar nada. Ni me conviene ni le importo realmente.

-¿Oscuro?

-Sí, sus ojos azules no tienen fondo. Aparte de eso, físicamente es tan europeo como podemos serlo nosotras o quizás más, su pelo es castaño rojizo y la piel muy clara. Padre inglés, madre libanesa. Eso y poco más he podido averiguar de él.

-¿Musulmán? -preguntó Emma preocupada.

-No, no es musulmán..., pero aparenta serlo. No cree en nada salvo en sí mismo, pero como él dice: «Adonde fueres haz lo que vieres».

-¿En serio dice eso? Un lenguaje un pelín rebuscado, ¿no?

-Ya te digo. Habla perfectamente español con acento cubano de Miami, además de cuatro idiomas más. Una joyita, el chico.

-¿Y hay ternita? Cuenta, bruja.

-Poca cosa, un achuchón contra una pared que no pasó de un magreo y un beso, pero, niña, ¡qué beso! Me fundió todos los plomos. No llegamos a más, me había portado como una estúpida y había salido corriendo en pleno toque de queda, medio campamento me estaba buscando. Él fue el primero en encontrarme.

-¿Cómo en las pelis de aventuras? ¡Qué romántico! ¡Humm! , no quiero ni pensar lo que sucederá si vuelves.

-Vuelvo. Claro que vuelvo, dentro de una semana. De eso estoy segura. Esto son solo unas vacaciones para descargar estrés y decirles a mis padres que me quedo un año más al menos; me han ofrecido un contrato de coordinadora logística. Con Hayzam no pasará nada, es peligroso, él es peligroso. Y yo tengo claras mis prioridades..., creo.

Di un trago a mi delicioso gin-tonic y eludí la mirada de mi amiga. Recordar la boca de Hayzam mordiendo mis labios había prendido fuego a mis mejillas y a mis entrañas.

A mediados de diciembre nos habían dado unos días de descanso que nos permitirían pasar las Navidades con los nuestros.

-Para que recapitéis, pipiolos -nos había dicho Andy-, os largáis unos días con vuestra mamá para que os cure las heriditas. Pensároslo bien y no volváis. Era broma, pendejos, sabéis que os adoro.

Mientras volaba a Madrid ya tenía muy claro que regresaría, aunque sabía ya que algunos de mis compañeros no lo harían. Sofía se despidió definitivamente, y Nacho y Diego habían solicitado otro destino para lo que les quedaba de prácticas. No aguantaban el ritmo ni el temperamento de Hamid. A Jaime y a mí, sin embargo, David Sutherland nos había sugerido la posibilidad de contratarnos por un año. Y yo lo iba a aceptar.

Lo más duro sería contárselo a mis padres. Mi madre no lo entendería de ninguna forma. Dentro de sus cómodos conceptos burgueses estaba bien visto hacer aportaciones a organizaciones humanitarias e incluso «apadrinar a un huerfanito», pero era un acto inmaduro y descerebrado dedicarse a ello como profesión. Eso lo hacían los «perroflautas», no una niña de buena familia como su hija.

Mi padre se enfadaría primero e intentaría hacerme entrar en razón después. Eran muchos los riesgos y la situación laboral en nuestro país no estaba para perder un año y medio jugando al cooperante. Sus contactos en la Comunidad de Madrid ya me estaban buscando un puesto para que comenzara

a trabajar con los niños de una barriada bastante conflictiva. «Me encantaría», me había escrito hacía un mes, «era lo que siempre habíamos hablado».

Tras las discusiones y reconciliaciones pertinentes los dejé, prometiéndoles volver siempre que me fuera posible y chatear con ellos todas las noches, algo realmente difícil de cumplir dado que la conexión a Internet del campamento era desastrosa.

Para relajar la tensión y descansar de verdad pasé los cuatro últimos días en la casa de mi abuela Lola, en Almería. El mar, los paseos por la arena, el ruido de las olas y los deliciosos guisos andaluces de Mamalola hicieron maravillas en mi coco y en mis caderas.

La Lucía que se reunió con Jaime en la terminal 4 de Barajas tenía menos ojeras, las mejillas sonrosadas, las tetas más sugerentes y las cosas muy claras.

-¡Estás preciosa, chica! La señora Lola sigue portándose, ¿eh?

-Ni te cuento porque babeas: pestiñitos, lúas con papas, gazpacho todos los días, aceitito rico para desayunar. Una orgía de comilonas. Ya verás cómo lo voy a echar de menos. ¿Y tú qué tal? Ya veo que vienes bien acompañado... Hola, María, ¿ya te han hecho socia del bufete?

-Mejor, me mandan a NY un año.

-Y yo me quedo en Rafah ese año que nos han ofrecido. Tú también, ¿no? - me preguntaba un entusiasmado y enamorado Jaime. Su chica le dejaba el campo libre para que conquistara sus sueños. Inteligente esta muchacha.

-¿Lo dudabas? Mis padres han montado el pollo pero no les ha quedado más remedio que tragar. Es lo que hay.

-Nos están llamando para embarcar hacia el infierno. Os dejo para que os despedáis en condiciones, tortolitos. Los servicios de la izquierda están vacíos, podéis aprovechar. ¡Un besazo, María! Y cómete de un bocado la Gran Manzana.

El polvo, la fatiga, la comida escasa, el agua casi ausente, la lucha por unas pocas vendas, los bracitos de Amina en mi cuello, la risa contagiosa de Andy, la amistad fraterna de Fathia, el tesón de Hamid... y la promesa de tu boca. Todo eso me esperaba. ¿Me lo iba a perder?

13

De boda

*E*l año 2006 comenzaba mal. Los islamistas de Hamás habían ganado las elecciones por una mayoría abrumadora, al conseguir superar con holgura la mitad de los asientos de los que consta la Asamblea palestina. Este resultado permitía al movimiento radical gobernar en solitario, sin el concurso de Al Fatah, el partido que había ostentado el poder hasta entonces. La alegría y el descontento inundaban toda Palestina; y nuestro hospital, de heridos y accidentados en las escaramuzas callejeras. Los Mártires de Al Aqsa, milicianos de Al Fatah, molestos con la derrota electoral, se dedicaban a disparar sus rifles al aire en el más puro estilo beduino.

Mahmud Abbas, líder de Al Fatah, con los días contados como presidente del Gobierno palestino, intentaba tranquilizar a la opinión internacional ante la inminente subida al poder de los radicales de Hamás, asegurando que se respetaría la Hoja de Ruta⁸ acordada en las negociaciones de paz con Israel, el plan que hipotéticamente pondría fin a las hostilidades entre judíos y palestinos. Pero ni Washington ni Tel Aviv estaban dispuestos a negociar con un grupo al que consideraban terrorista y que tiene entre sus «Objetivos» la destrucción del Estado de Israel. Sí, la cosa pintaba muy negra.

Aunque sobre el papel se había completado el plan de retirada unilateral israelí de la Franja de Gaza, en los Territorios ocupados distaba bastante de hacerse realidad. La presión y los controles fronterizos se habían reforzado ante los constantes ataques terroristas contra poblaciones limítrofes israelíes desde territorio palestino con cohetes Qassam.

Se controlaba de forma estricta el movimiento entre ciudades palestinas mediante más de noventa *checkpoints* en las carreteras. Los palestinos no podían salir a trabajar fuera de la Franja y quienes residían fuera no podían entrar.

Los suministros llegaban con cuentagotas. No había suficiente combustible

para los generadores y estábamos en pleno invierno. Para nuestra organización humanitaria el frío y la desnutrición eran los principales enemigos. Unos enemigos silenciosos que mataban a niños, enfermos y ancianos pero no salían en los noticiarios internacionales.

La mayoría de las medicinas y los productos de primera necesidad llegaban por los túneles. Y también los materiales de construcción, la gasolina, cualquier tecnología, los textiles y animales, las armas, diversas drogas, el jabón, ¡y hasta el papel higiénico!

Hayzam estaba muy ocupado. Llegaba apresurado a horas intempestivas, dejaba su cargamento, negociaba con Andy o entregaba cajas de instrumental y medicamentos a Hamid y volvía a desaparecer. Sentía su mirada clavada en mí aunque solo fuera unos segundos. Alguna vez me saludó desde lejos o lo vi bromeando con los niños, pero desde que regresé no habíamos vuelto a estar a solas. Y eso me proporcionaba un agradable sosiego, a pesar del cúmulo de sensaciones y el torbellino que tenía en la cabeza por su culpa.

Cuando volvimos, encontré mi camastro ocupado por una voluntaria del nuevo reemplazo y me mudé definitivamente a una habitación en la misma casa de Fathia. Mejor. El jolgorio y la superficialidad de los novatos me cargaban bastante. Era una etapa que ya había superado y me encontraba extraña entre ellos. A finales de febrero Jaime también se mudó, pero él se fue a Tel Aviv, a las oficinas de la organización con David. Nos visitaba a menudo aunque, como bromeaba con él, se había convertido en cooperante de corbata. Yo seguía prefiriendo el terreno, por muy duro que fuera. Andy, el incondicional Andy, también. Con su hiperactividad y su buen humor nos solucionaba y alegraba el día a día.

Aquella noche llegué a casa y Fathia no estaba. Por la mañana había tenido que salir a visitar a una enferma fuera del campamento. Me preocupé, faltaba muy poco para el toque de queda y, aunque iba en un vehículo con el emblema de la organización, eso no era una garantía totalmente fiable. Estaba a punto de salir a por Andy cuando oí llegar un todoterreno y a Fathia hablando con un hombre cuya voz reconocí inmediatamente: Hayzam. Saltaron todas mis alarmas, pero intenté reprimirme y no preguntar de sopetón qué hacían solos en un vehículo a esas horas de la noche. Los celos me comían.

-¡Por fin, me tenías intranquila! ¿Con quién venías?

Fathia me miró condescendiente y con una ligera sonrisa de comprensión.

-Con Hayzam. Ha ido a buscarme para entregarme un mensaje de mi familia. Se casa uno de mis hermanos y debemos asistir. ¡Por fin vas a tener tu

Hafla al-henna! Todos estáis invitados. Tú, por supuesto, Jaime, Andy, Hamid, David, aunque ellos dos no creo que quieran venir. Hamid no abandonará el hospital por nada y para David sería algo comprometido. ¡Te va a encantar, te va a encantar la boda y la fiesta de la henna! ¡Y conocerás a los míos!

-¿Y Hayzam te ha traído la noticia? -seguí indagando.

-Él debe ir también. No puede faltar, es de la familia.

-¿Que es de tu familia? -Me quedé a cuadros.

Esta Fathia era un enigma por muy amiga mía del alma que fuera.

Ni me contestó. Me dio un rápido beso, se largó a dormir y me quedé con las ganas de saber más.

Tres semanas después estábamos dando botes en el jeep por un camino polvoriento y pedregoso. Íbamos de boda.

-¿Has estado en algún jolgorio de estos, Andy?

-No. Es la primera vez. Todo un privilegio que nos hayan invitado. Por mucho tiempo que pasemos con ellos, siempre nos consideran extraños.

-Tío, yo no llevo nada. No sabía qué regalar. -Jaime estaba muy preocupado por aquello y llevaba varios días insistiéndome para comprar un regalo.

Ni habíamos tenido tiempo, ni hubiéramos podido encontrar nada medianamente presentable en los bazares del campamento.

-Lo mejor recibido en todas las bodas, pasta. No os preocupéis, David me ha autorizado a realizar un buen regalo a los novios. Está encantado de que una familia palestina invite a sus cooperantes. Quiere fotos para la página web y enseñar cómo nos quieren por estos desiertos.

-¡Cuatro días! Aún no me termino de creer que David nos haya dado cuatro días.

-Seis. Tenemos casi dos de ida y vuelta. Están en pleno desierto del Néguev. Espero que Fathia me haya dado bien las coordenadas y no terminemos perdidos y achicharrados en medio de la nada. Ella se marchó ayer.

-Según el navegador, falta menos de una hora para llegar. Menos mal, tengo el culo plano de los saltos que da este maldito cacharro.

Yo dormitaba en el asiento de atrás del todoterreno y estaba molida. Habíamos salido casi al amanecer y desde hacía horas transitábamos por caminos de piedras y llanuras inhóspitas. El paisaje era impresionante pero ni

lo miraba ya; lo que quería era llegar de una vez adonde fuera.

Un ensordecedor griterío *zhagareet*⁹ nos indicó que no nos habíamos perdido. Los chiquillos, muchísimos, nos rodearon, y las niñas me separaron entre risas de mis compañeros.

Había esperado encontrarme en un romántico campamento de tiendas y camellos como en las típicas películas de Hollywood. Error, craso error. Hoy en día hasta los palestinos más pobres se endeudan hasta las cejas el día de su boda. Estos no parecían muy pobres.

Estábamos en un espléndido complejo de casitas de adobe encaladas de blanco y rodeadas por palmeras, plantas crasas y estanques.

En el hammam

*M*e llevaron directamente al hammam donde se encontraban todas las mujeres reunidas y, ante mi estupor, se apresuraron a desnudarme sin ningún reparo.

Y de pronto el silencio se podía cortar. La joven que había conseguido arrancarme las bragas a pesar de mi resistencia, había lanzado una exclamación de asco ante la profusión de rizos castaños que poblaban mi pubis y ahora contemplaba asombrada el aspecto de mi entrepierna junto al resto de mujeres que me rodeaban. Ante mi estupor, alargó una mano hacia la vulva e intentó separar los labios mayores.

El grito que lancé debió oírse en todo el complejo hotelero. No entendían mi inglés, pero el lenguaje gestual es universal. Mi mirada amenazante las hizo retroceder unos pasos para cuchichear entre ellas. Aunque comencé reaccionando con risas, estaba empezando a mosquearme cuando apareció Fathia con una túnica transparente, su cuerpo totalmente depilado y decorado con extraños signos.

-¡Bellísima! Se estaba tronchando ante mi confusión.

-¡Qué pasa! No te quieren matar, solo darte un baño y después unos masajes relajantes y maravillosos.

-¡Me ha intentado tocar ahí abajo! Y me miran raro.

-Les asombra la mata de vello que tienes y se preguntan si estás circuncidada. Muchas de estas mujeres lo están.

-¡Que están qué? -Las contemplé con atención.

La mayoría llevaban túnicas casi transparentes o incluso iban totalmente desnudas, era la libertad que les permitía el hammam femenino. En sus cuerpos no había ni una brizna de vello. Y ¡por Dios! Alguna no tenía ni raja. Miré horrorizada a Fathia. Ella sonreía aparentemente impasible a las mujeres que nos observaban intrigadas, pero sus ojos dejaban entrever un gran pesar.

-Ellas están más escandalizadas que tú, créeme. Te lo disculparán porque eres extranjera y blanca. A mí no me lo perdonan. A pesar de que, dada la celebración, me toleran, soy impura a sus ojos.

-¿De verdad les han cortado sus partes? No podrán sentir nada, ¿no?

Fathia se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

-Algunas dicen que sí. Tal vez lleven razón, ya sabes que el cerebro es el órgano sexual más potente que tenemos, y la costumbre está tan arraigada en su cultura que ninguna joven concibe no estar circuncidada, sería una deshonra para ella y para su familia, probablemente nunca encontraría marido.

En el hospital explicamos a las madres las nefastas consecuencias que tiene la ablación femenina para la salud de sus hijas, pero como sabemos que no nos harán caso, intentamos minimizar los daños y convencerlas para que al menos sometan a las niñas a la circuncisión menos agresiva y solo amputen el prepucio del clítoris.

Yo no podía apartar la vista de una mujer con el cuerpo prácticamente cerrado salvo por un pequeño orificio para evacuar la orina y la menstruación.

-En las zonas agrícolas del sur de Egipto -continuó Fathia, siempre en inglés para no ofender a sus familiares- aún se sigue practicando la «circuncisión faraónica» y lo cortan todo, clítoris, labios menores y parte de los mayores y luego cosen la vulva. Las consecuencias a la hora del parto son terribles, tanto para la madre como para el bebé, y las infecciones graves llegan a causar la muerte.

Se me estaba formando un nudo en el estómago que amenazaba con convertirse en náusea. -Fathia, las relaciones sexuales deben ser un horror, ¡superdolorosas!

-Sí, y desgraciadamente ellas lo tienen totalmente asumido como parte de sus deberes de esposa. Se han dictado leyes para su abolición, incluso en Egipto, pero las autoridades hacen la vista gorda y casi un 97 por ciento de las mujeres egipcias están circuncidadas; la mayoría son musulmanas, pero también se practica entre los cristianos coptos. Aunque se organizan campañas de concienciación y se informa a las familias para que comprendan la necesidad de abandonar esa práctica, lamentablemente no dan demasiado resultado.

-Tú no lo estás, ¿no? -pregunté asustada.

-En mi etnia, aunque algunas mujeres son circuncidadas, está menos arraigada la costumbre. Yo me libré. A decir verdad, alguien me salvó de esa tortura. Mi esposo exigió recibirme entera y por supuesto mi familia acató su

voluntad, aunque le pareciera algo extravagante.

Yo estaba muda por la conmoción. Esas mujeres y esas familias asumían como algo natural mutilar y arriesgar la vida de sus niñas por una costumbre aberrante.

-Vamos, reacciona, Lucía. Ni tú ni yo podemos hacer aquí nada por cambiar la situación, solo confiar que los gobiernos y los organismos internacionales con el tiempo consigan algo. Deja que te mimen y disfruta. Esto es un placer que no tendrás en mucho, muchísimo tiempo. Y no te preocupes, responderé a su curiosidad y no te tocarán para ver tu «cosita» - intentó animarme bromeando.

-¡No pienso permitir que me pelen el chichi! -le solté indignada.

Me miró burlona y pícara.

-A nuestros hombres les resulta tremendamente erótico el aspecto impúber. Les pone a mil, como dices tú.

-Porque deben ser unos perversos... ¡Humm!, me lo voy a pensar. Tras una hora a remojo en piscinas con distintas temperaturas, sauna, depilación integral, masaje con aceites aromáticos y baño de perfumes, miraba en estado de gracia, y aturdida por las percusiones de los *duff*¹⁰ y los *darbukas*¹¹, cómo una muchachita de no más de doce años me decoraba las manos y la cara con henna.

También me había dejado hacer un extraño signo en mi blanquísimo pubis libre de vello. Me cambió la cara cuando Fathia me tradujo la cháchara de la artista -un dialecto del desierto del que no entendía absolutamente nada- diciéndome que, gracias al dibujito, «Mi vientre alojaría cien hijos». Cuando por fin terminaron de acicalarme me presentaron a la novia. ¡Dios mío, no tendría más de quince años! Pero estaba radiante y feliz.

Pasados los primeros momentos de estupor, me había integrado totalmente en la fiesta. Cantaba repitiendo el estribillo de las alegres canciones beréberes, haciendo palmas y lanzando el grito *zhagereet* mientras me tapaba la boca con la mano. Había dejado de contar los deliciosos y empalagosos dulces que llevaba ingeridos y los litros de té. No llevaba ropa interior y la *abaya* azul pálido que me habían dejado era bastante amplia, ir al servicio para evacuar tanto líquido no era ningún problema.

Casi de madrugada, Fathia me ayudó a llegar a mi habitación. No había bebido alcohol, los musulmanes no lo hacen, pero en las pipas de agua habíamos fumado cáñamo y tenía un colocón mayúsculo. Recuerdo que le pregunté con lengua de trapo por qué no compartíamos habitación, pero no

llegué a escuchar la respuesta, caí como un tronco en la cama, bastante amplia y cómoda, por cierto.

Nada más abrir los ojos corrí a buscar a mis compañeros, tenía un dolor de cabeza inmenso. Necesitaba urgentemente una ración doble de analgésicos del botiquín de Andy y un gran vaso de agua. Cuando por fin los encontré, no tenían mucho mejor aspecto que yo.

-¡Joder! Y yo que pensaba que las juergas mexicanas eran memorables. No veas cómo se pasan estos tipos. ¡Y sin chavalas!

Jaime ni hablaba. Estaba pálido como un muerto. Deduje que también había probado la pipa de agua, el hachís nunca le había sentado bien.

No tuvimos mucho respiro. A mediodía la comitiva del novio recogió a la novia para celebrar la boda en presencia del imán y de los testigos. Uno de ellos era Hayzam, estaba impresionante, todo vestido de blanco y con la *kufiya* suelta ceñida tan solo por el *agal*, un brillante cordón dorado en torno a su frente. Parecía un jeque sacado de una película americana.

La fiesta continuó por separado, hasta que hombres y mujeres nos reunimos para el *dakbe*, la danza típica palestina. Sonaron las percusiones, los *mizmars* y el *miswish*¹².

Un grupo de chicos y chicas ataviados con vistosas ropas bordadas comenzaron a bailar con las manos unidas. De vez en cuando uno salía al centro del corro y exhibía sus habilidades saltando y zapateando. Poco a poco muchos de los invitados se fueron uniendo a ellos y el salón se llenó de danzantes enloquecidos. Fathia tiró de mí haciendo oídos sordos a las protestas de que no sabía los pasos.

Alguien separó nuestros dedos y se metió entre nosotras. El calor subió desde mi brazo hasta mi cara. Era él, nos miraba sonriendo mientras alzaba al aire nuestras manos unidas.

15

Habibi

Aquella noche
las caras se desvanecieron en torno nuestro
y todo desapareció
menos el brillo azul de
tus ojos y la llamada
en aquel brillante azul
donde mi corazón
navegó cual barco
guiado por las olas.

Fadwa Tuqan (1917-2003), poetisa palestina
«En las olas» [Trad.: María Luisa Prieto]

Cuando era niña toqué el cielo. Tenía cuatro años, debe ser mi recuerdo más antiguo. Pasábamos las vacaciones de verano en Almería en casa de Mamalola. En la esquina de la calle había una vieja y pertinaz morera de la que colgaba un columpio. Las vecinas solían regarla con lejía intentando que el árbol muriera y dejara de manchar la acera con sus oscuros y jugosos frutos. Estaba medio seca, pero seguía en pie y desafiando a sus asesinas con su abundante cosecha.

La morera era territorio vedado para los más pequeños. Los chicos mayores la utilizaban como cuartel general y acaparaban el columpio al que solo nos subían a los peques las niñas de la pandilla cuando entrenaban su instinto maternal. Aquella tarde yo había sido la agraciada con tal privilegio. Me estaban columpiando suavemente y ya comenzaban a aburrirse cuando uno de los chicos asustó a quien me empujaba y el columpio subió de forma brusca. Sentí un cosquilleo de angustia en el estómago, me aferré a las cuerdas y estiré

las piernas para equilibrarme. El movimiento impulsó aún más el columpio. La nena salió corriendo tras el bromista y yo quedé balanceándome sola mientras mis compañeros de juegos se perseguían unos a otros. No me importó, había descubierto el mecanismo que me permitía seguir meciéndome cada vez más fuerte, cada vez más alto.

Era maravilloso. Sentía la brisa agitar mi pelo, casi podía alcanzar las hojas con las manos. Ya no veía el suelo y las puntas de mis zapatillas de lona se recortaban sobre el azul nítido y limpio del cielo de verano. ¡Lo estaba tocando! Oí un chasquido y por unos instantes floté.

Me desperté en la cama de un hospital. Llevaba seis horas sin conocimiento, tenía la cara hinchada y una brecha considerable en la cabeza. Mi madre y mi abuela se quedaron toda la noche sentadas en unas sillas junto a mí hasta que me dieron el alta.

Cuando regresamos a casa, la morera no estaba. Mi padre había cogido el hacha de la leñera y se había cargado el pobre árbol con el beneplácito de toda la vecindad. Nunca más toqué el cielo hasta que tú me lo alcanzaste.

-¿De qué tienes miedo, princesa? ¿De vivir... o de morir? Si es lo último, no es nada grave, todo ser humano tiene miedo a morir. Pero si tienes miedo a vivir, Lucía, estás perdida, porque estarás muerta en vida. Vive, Lucía, disfruta cada instante, siente cómo exhalan tus pulmones, cómo late tu corazón, cómo calientan tu piel los rayos del sol. Saborea cada bocado, cada trago dulce o amargo que se ponga a tu alcance. Abre tus sentidos y vive. No tengas miedo, no me tengas miedo, yo solo quiero ayudarte a volar, paloma.

Me había alejado del bullicio de la fiesta. Estaba un poco mareada por los giros del *dakbe*, el ulular de las gargantas, el aroma de las *shishas*¹³ y tu mirada. Tú me seguiste, claro. Llevabas toda la noche haciéndome el amor con los ojos. No había ni un átomo de mi ser que no te deseara. Tirabas de mí hacia mi habitación y yo intentaba resistirme sin mucho empeño.

Tus palabras, tu voz grave y aterciopelada, eran como un mantra que me aislaba del mundo. Sentí tu respiración junto a mi oído, acariciando mi nuca, e inmediatamente tus manos rodearon mi cintura, dándome la vuelta. Alcé la cara y te miré, tenías los labios entreabiertos, como invitándome, y tus ojos, de un azul oscuro y profundo, brillaban con pasión. Sí, iba a vivir, o a morir, no me importaba, pero necesitaba sentirte, necesitaba tu calor, tus besos, tus caricias, tu piel contra mi piel.

Nada más cerrar la puerta de la habitación te arrodillaste ante mí y comenzaste a subirme el largo vestido lentamente por mis muslos. Tus ojos se

encontraron justo a la altura de mi pubis desnudo y decorado. Entonces lanzaste una exclamación de asombro en un idioma desconocido para mí.

-¡Joder! Princesa, esta vez sí que me has descolocado. ¡Y te estabas resistiendo! ¿Sabes lo que llevas escrito ahí? Es la contraseña al paraíso: «¡Habibi!, amado, amor mío».

-Pensé que simplemente era un signo étnico...

Tus labios, sentí tus labios y tu lengua acariciando aquella zona, ahora tan sensible, y dejé de pensar.

Vértigo y gloria, miedo y deseo... Nadie me había hecho vibrar cómo tú lo hiciste. Nuestra unión iba más allá del placer físico. No era demasiado experta en encuentros sexuales, pero había tenido algunos novios y parejas ocasionales que me habían resultado satisfactorios en mayor o menor medida. Lo que tú me hacías sentir no tenía parangón. No se trataba de la pericia de tus manos o tu boca. Ni de la fuerza o la dulzura con que te hundías en mí; era tu forma de entregarte y de hacer que me entregara a la pasión. Como si esa pasión, ese acto, fuera el principio y el fin de nuestras vidas.

El columpio me hizo perder el sentido, tu cuerpo la razón. Con ambos toqué el cielo... y caí.

Pelea de gallos

La temperatura comenzaba a ser agradable, así que Fathia y yo decidimos pasear un rato mientras charlábamos. Ella quería decirme algo, lo notaba, pero no hacía más que dar rodeos. Confiaba en que estar a solas la ayudara a lanzarse. Tras una de sus carcajadas provocada por un recuerdo, la vi más relajada y la animé.

-Vamos, suéltalo. ¿Qué es lo que no sabes cómo contarme? Porque la barriguita ya se te nota un poco, bruja.

Abrió la boca para contestar, pero las voces airadas de un grupo de jóvenes nos cortaron el paso. Eran milicianos de Hamás, integristas envalentonados por su victoria en las urnas, e iban bastante puestos de hachís. Hablaban tan deprisa y tan brusco que no entendía nada. Pero podía sentir su chulería y su desprecio. Aquella tarde no me había puesto pañuelo y mi piel y mi media melena me delataban como extranjera. Fathia sí llevaba su *hijab*, pero lo había dejado caer sobre los hombros.

Logré comprender las palabras «recato», «vergüenza», «puerca cristiana» y alguna lindeza parecida. Nos increpaban por nuestra forma de vestir, por confraternizar entre nosotras, porque íbamos sin compañía masculina, porque les daba la gana y se aburrían. Miré a nuestro alrededor, de pronto no había nadie en la calle, ni un niño, ni siquiera un perro. Nos estaban acorralando contra la pared y uno de ellos se atrevió a tocar el velo caído de Fathia.

Mi amiga sacó a esa Fathia a la que yo temía en mis primeras semanas y les habló sin alterarse: alto, duro, con frases cortantes y mirada severa. Les exigió que nos dejaran en paz, que no se metieran en problemas.

El resultado fueron un coro de risotadas y palabrotas y una manaza intentando agarrar mi pelo. El grito de «Alá Akbar» interrumpió la escena. Otro grupo de muchachos de Al Fatah acababa de aparecer por la esquina de la calle dispuestos a arrebatarse su presa a la facción contraria. La tensión entre

ambos bandos se incrementaba día a día y cualquier motivo era bueno para un altercado callejero.

Los insultos dieron paso a barras de metal, cuchillos desenvainados y alguna pistola. Cuando sonó el primer disparo se habían olvidado de nosotras y pudimos escabullirnos. Entramos corriendo y sin aliento al recinto de la organización. Los guardas cerraron inmediatamente las puertas y Andy comenzó a abroncarnos.

-¡Sois un par de locas o qué! ¡No están las cosas para andar dando paseítos por ahí solas! Si os llega a ocurrir algo, Sutherland me corta las pelotas, claro que a él se las cortan los de arriba, pero a las mías les tengo especial aprecio. ¡No quiero que esto vuelva a suceder!, ¿entendido?

Dejó de gritarnos cuando apreció la cara de susto que traíamos. Él solo había escuchado el jaleo y los disparos, no podía imaginar que nosotras habíamos sido el detonante esa vez.

-¿Qué pasó? Estáis bien, ¿no?

-Lo... lo siento, ha sido por nosotras -dije cuando pude volver a articular alguna palabra-. Los de Hamás nos estaban acosando y aparecieron los de Al Fatah y se lio. De pronto estábamos rodeadas por las dos bandas de energúmenos y empezaron a matarse unos a otros. En el jaleo aprovechamos para salir corriendo hacia aquí.

-¡A mí sí que me vais a matar a disgustos, muchachas!

Una hora más tarde la historia había corrido de boca en boca por todo el campo de refugiados. Hayzam entró como una tromba en el hospital con los ojos más oscuros que nunca y los puños apretados.

Arrancó a Fathia del lado de un paciente y la arrastró conmigo hasta un rincón del almacén. Ella parecía más asustada que cuando se enfrentó a los de Hamás.

-¿Es verdad lo que se está oyendo? ¿Os han atacado? ¿Os han hecho algo?

-¡Nooo! Los de Hamás se pusieron en plan chulo y se estaban pasando con el lenguaje, pero creo que se hubieran quedado ahí... Pero aparecieron los otros y comenzaron a discutir entre ellos. No hay que darle más importancia, ni hacer de esto un incidente diplomático.

-Las quejas diplomáticas se las dejo a vuestro amigo Sutherland. Yo soy mucho más contundente. ¿Cómo eran? ¡Describidmelos!

-¡Ni se te ocurra irle con el cuento a David! ¡Es capaz de devolverme a España!

-Pues hablad. ¿Conocías a alguno, Fathia?

Ella estaba muda y blanca como la pared. Así que me apresuré yo a contestar:

-No eran de por aquí. Eran muy jóvenes y todos tenían barba. El que me agarró del pelo era enorme y apestaba a cannabis.

-¡Que hizo qué? ¡Se atrevió a tocarte!

Fathia me arreó un codazo para que callara. Intenté rectificar sin mucho éxito.

-Bueno. Lo intentó, no llegó a hacerlo...

-Si lo hubiera hecho, dentro de unas horas estaría muerto. ¡Nadie falta al respeto a mis mujeres!

-¡¡Tus mujeres!! ¡Capullo prepotente, no somos de tu propiedad! Pero ¿de qué vais todos los tíos aquí? Ni se molestó en responderme. Miraba inquisitivamente a mi amiga.

-A uno le llamaron Salim -musitó por fin Fathia.

-Está bien, me habéis dado un susto de muerte. No quiero que volváis nunca más solas a casa. Si yo no puedo venir, me encargaré de que os acompañe alguno de los guardas. Acarició con ternura la cabeza de Fathia y ella se alejó discretamente. Yo estaba que echaba chispas. Me disponía a lanzarle un discurso sobre su actitud machista pero me cerró la boca con un beso de esos que hacen que la tierra se vuelva plana.

Cuando por fin separó sus labios de los míos y yo recuperé el aliento, me miró de una forma que me llegó al alma. Me pareció realmente preocupado más que herido en su orgullo, como había pensado.

-No puedo quedarme esta noche, pero dentro de media hora os espero en el coche para llevaros a casa.

-¡Hay cinco minutos andando! Y ya deben estar muy lejos de aquí. ¡Por favor, no me agobies!

-El riesgo es real, Noor. La situación cada vez es más complicada y la violencia descontrolada de cualquiera de las milicias es un peligro en aumento. Permíteme cuidarte... Y no seas tú la prepotente.

Desapareció sin más explicaciones durante varios días, como siempre. Cumplió su amenaza: mientras estuvo fuera no dábamos un paso sin alguien vigilándonos.

No quise indagar qué medidas tomó contra los que nos habían acosado pero a los tres días del incidente, al regresar del hospital, nos encontramos la casa llena de vecinos y una televisión de última generación en la diminuta sala común. Fathia y yo nos miramos estupefactas.

-¿De dónde ha salido este armatoste?

-Unos de Hamás lo trajeron esta mañana -contestó una chiquilla-. Y luego vinieron los de Al Fatah y ¡mira! -Me agarró de la mano e hizo que siguiera el cable de antena, que habían adornado con papelitos de colores y recorría toda la casa, hasta la azotea ocupada por una parabólica descomunal.

-¡Se coge hasta el «Barza»! Y casi se vuelven a pegar entre ellos por cuál de los dos regalos era más importante.

Habían sintonizado un canal europeo y tenían puesto un partido en diferido de la liga española. Supongo que en mi honor. Todos nos miraban expectantes esperando nuestra aprobación y que esa maravillosa ventana a todo lo que ellos no tenían se quedara.

-No podemos aceptar estas cosas -le dije a Fathia.

-Lo que no podemos es rechazarlas. Nadie quiere estar a mal con el Halcón.

-Y hacen un regalo a sus mujeres para disculparse. Tú eres de su familia, pero yo... ¿cómo saben lo nuestro? Somos bastante discretos.

-Lucía, en el campo todo se sabe aunque nadie diga nada. Los que nos molestaron eran de fuera, no nos conocían. Nadie de por aquí osaría tratarnos con desprecio por miedo al Halcón.

-¿Tanto poder tiene? Qué poco sé de este hombre.

Cuando por fin regresó, Hayzam me entregó un objeto cuidadosamente envuelto en una *kufiya* oscura. Cuando desenvolví, intrigada, el paquete, me encontré con una pistolita de color rosa.

-Llévala siempre contigo, por si acaso.

-Muy mona, pero no creo que esto engañe a nadie. ¡Es de plástico y rosa!

-Es una Glock 26. Semiautomática, fácil de manejar, muy ligera y con poquísimo retroceso. Perfecta para chicas. Fue un capricho de un capo colombiano para su novia.

-¿Es de verdad?, ¿dispara?

-Claro, para qué te la iba a dar si no.

-No la quiero. No me gustan las armas y no he cogido una en mi vida.

-Eso lo solucionamos este fin de semana en la playa. Te enseñaré a dispararla y otras muchas cosas, princesa. ¡Ni te imaginas lo que te he echado de menos! -dijo levantándose por los aires como si fuera una pluma y girando conmigo.

Y haciéndome reír a carcajadas porque estaba allí, porque había vuelto y me prometía unos días para nosotros solos. El pañuelo había resbalado de mi

cabeza y el pelo volaba conmigo, lo tenía más largo que nunca, a él le gustaba así. Adoraba levantarlo y acariciar mi nuca con sus labios. Me sentía hermosa, feliz, poderosa. Una sensación de plenitud que lo iluminaba todo, el horror que nos rodeaba, los fusiles de los soldados, el olor del miedo, el cansancio, la impotencia, el dolor ajeno.

Cuando pienso en ti, en lo mucho que te amé y lo poco que tú fuiste consciente de ello..., aún hoy, después de tanto tiempo, el dolor me ahoga, me estrangula el corazón y la garganta.

Nada tuyo me es ajeno

*M*e gustaba verte dormir, y era difícil porque apenas dormías. Solo a orillas del mar lo conseguías. Las olas y la fatiga de nuestros abrazos a veces te vencían. Cuando te observaba en silencio quería creer que aquel era el Hayzam verdadero. Estabas relajado, pero te abrazabas a ti mismo como protegiéndote del mundo, y no desafiándolo como habitualmente hacías.

Tras la pasión, tras la locura que abrasaba mi cuerpo y relajaba el tuyo, me acomodaba sobre tu hombro y tus brazos me rodeaban, pero en algún momento, cuando el sueño profundo te alcanzaba, te separabas de mí y te envolvías a ti mismo. Una mano te rodeaba el cuello y la otra agarraba tu hombro formando un escudo. Yo te observaba intentando descubrir contra qué te escudabas. A veces abrías los ojos soñoliento, me sonreías y volvías a abrazarte a mí, mientras me ordenabas que durmiera. O me besabas queriendo apagar mis pensamientos y terminábamos haciendo el amor con aquel ardor desaforado que me nublaba la razón y borraba mi mente.

Tu hijo duerme igual que tú. Me paso horas, incluso toda la noche contemplándolo. Hoy nos ha costado más de lo normal que se durmiera. No sé por qué estaba tan nervioso. Finalmente Jasón lo ha conseguido acostándose con él y contándole por enésima vez el mismo cuento. Estaba preocupada y no quería dejarlos a solas por si Ismael mencionaba a su padre la llamada telefónica. Afortunadamente el niño parece haberse olvidado de ella. Yo la tengo muy presente. Durante toda la noche he repasado una a una tus palabras. La entonación, sus posibles sentidos, el timbre de tu voz como una caricia, como una amenaza. Porque tú no me mientes. Siempre dices las cosas, solo que no lo dices todo, cuentas aquello que te interesa que escuche.

«No sé nada de ti», te dije en una ocasión, esperando que me contaras, queriendo que me desvelaras algo de tu enigmática persona.

«Sabes más de mí que muchas personas que me rodean. Todo cuanto

necesitas conocer lo tienes delante de tus ojos. En realidad, no quieres saber más, princesa, te gusto así, oscuro y peligroso. El día en que de veras lo desees ya no me lo ¡preguntarás, lo habrás descubierto todo por ti misma.»

«Es solo que a veces no sé de quién me he enamorado, ¿de Hayzam Kenway o del Halcón?»

«De quien tú quieras, Noor. Los dos te adoran.»

Sí, en realidad yo no quería escuchar la verdad, pero la dura y horrible realidad termina por asaltarte, como la última vez que te vi.

Y es que hay palabras que nunca deberían pronunciarse. Tú no debiste decirlas, y yo no debí escucharlas. Pero las escuché.

Estábamos en la casucha de la playa, el «chambao», como yo la llamaba porque me recordaba las costas de mi sur: kilómetros de arena fina, blanca, desolada... y el mar intensamente verde acariciándolas. Allí, fuera de la Franja, pero a pocos kilómetros de la frontera egipcia, todo era diferente, era nuestro refugio... O, como descubrí entonces, más ciertamente el de Hayzam, donde hacía sus «negocios».

Oí voces, dos hombres, tal vez un tercero, y a él. Volvía feliz de mi breve paseo, como siempre que estaba allí, porque lo tenía solo para mí, lejos del horror, de los bombardeos, del trajín incesante del centro de acogida, del hospital, de los almacenes, de la falta y la necesidad de todo.

Tampoco es que allí nosotros tuviéramos mucho, pero sí pequeños lujos como café, fruta y pescado fresco, agua corriente y algo que no sé cómo había conseguido: electricidad sin cortes y ¡hasta Internet!

Conversaban en árabe, no en palestino ni en ningún dialecto del desierto. El hombre que hablaba era culto, pronunciaba con el marcado tono de quien está acostumbrado a ser obedecido, los otros parecían más nerviosos, y Hayzam callaba. No quise entrar, sabía que a Hayzam no le gustaría y que yo me sentiría incómoda. Iba a volverme cuando un nombre me dejó clavada en el sitio: David Sutherland. David era mi amigo, ¿por qué lo nombraba ese tipo..., ese individuo cuya voz no me gustaba nada? Entonces escuché hablar a Hayzam en inglés, como si de pronto no quisiera que los otros dos lo entendieran. Hablaba solo para aquel hombre:

-David es importante y puedo controlarlo. El resto es prescindible..., daños colaterales, ¿no los llaman así sus socios?

-En ese centro hay muchos amigos suyos, tengo entendido. Me asegura que no tiene ningún problema.

-El hombre también hablaba en inglés. Un perfecto inglés británico, con un

leve acento que no identificaba.

Definitivamente no me gustaba, me daban mala espina él, la situación y sobre todo las palabras de Hayzam.

-Todos son prescindibles, ya se lo he dicho.

Mi instinto me dijo que era mejor interrumpir, avisar de mi presencia que de otra forma podía parecer sospechosa. Retrocedí unos pasos lo más silenciosamente posible y volví a subir los escalones del porche de forma ruidosa y casi gritando en español:

-Hayzam, he pensado que podíamos... ¡Oh, perdón!, no sabía que tenías visita.

Dos sujetos con turbante y vestimentas holgadas echaron mano al interior de sus ropajes. El otro tipo hizo un gesto tranquilizador con la mano, miró a Hayzam y se volvió hacia mí con una sonrisa en los labios. Era moreno, alto y delgado, con la nariz afilada y unos ojos negros brillantes y agudos, vestía a la europea aunque su ropa no era muy actual. Irán, Pakistán..., sus rasgos no eran de nuestra zona.

-¿Me presenta a su hermosa compañera, amigo?

-Claro, Noor, mi indiscreta mujer no sabe aún las normas básicas, ni la modestia que debe mostrar una buena esposa. Debo cuidar mejor su formación. Tráenos un poco de té, por favor. Mis huéspedes se marcharán enseguida..., y cúbrete, no quiero ofenderlos.

Estaba confusa, ardía de indignación, pero obedientemente me fui a la pequeña cocina a preparar una bandeja. Tardé unos minutos más en encontrar algún pañuelo para cubrirme el pelo. Me envolví la cabeza con la *kufiya* y regresé a la sala. Hayzam y el hombre estaban solos. Los otros dos montaban guardia junto a un lujoso todoterreno que había frente a la puerta.

Serví el té. Ninguno me miró ni me dirigió una palabra. Mejor. Volví a la cocina. Mi enfado iba creciendo como una nube de tormenta. Al rato escuché que arrancaba el vehículo y enseguida Hayzam asomó la cabeza.

-Recoge, nos marchamos.

-¿Por qué? ¿Quiénes eran esos tíos?

-Me ha surgido un tema. Te dejaré en Rafah. Lo siento.

-¡No me has contestado, Hayzam!

-No te interesa saberlo, Lucía.

-¡Claro que sí! ¡Claro que me interesa! Estamos juntos, ¿no? Entonces todo lo tuyo me interesa... y me preocupa, Hayzam. Ese tipo meda mala espina. Tiene mal farío, que diría mi abuela.

-Tiene un buen negocio para mí. Eso es todo lo que te puede interesar. No te preocupes, princesa. Recoge, salimos en diez minutos.

Me enfrenté a él y le solté de un tirón todo lo que había escuchado.

-Y bien, ¿qué me dices? ¿Qué quería ese tipo de ti y qué pintamos todos nosotros y David en lo que sea que quiere que hagas?

-No es nada, Lucía, no has escuchado nada, ¿entendido? Te he dicho que recojas, tenemos prisa, ¡obedéceme!

Había visto ya ese brillo peligroso en su mirada pero nunca dirigido a mí. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y me dejó muda. ¿Quién era ese desconocido que me estaba dando órdenes? El miedo y la angustia me apretaban la garganta empañando ridícula y peligrosamente mis ojos. Era una gilipollas, una auténtica gilipollas por haberme colgado de él, que no me consideraba su compañera. Simplemente era la extranjera con la que se divertía y a quien no había por qué dar explicaciones de nada. Me había tratado como a un ser inferior, como trataban por allí a las mujeres, y encima no merecía ninguna respuesta a mis preguntas. Era una verdadera estúpida por haberme dejado seducir así. Por estar tan perdidamente enamorada como para no darme cuenta de que toda su educación cosmopolita, su barniz occidental y civilizado era solo eso, un disfraz con el que ocultar una cultura retrógrada y misógina. ¡Un jodido moro, me había colgado de un jodido moro!

Embutí como pude mi escasa ropa en la bolsa y barrí con la mano todo lo que había en la mesa: el portátil, la libreta, el iPod, la cajita con la memoria USB de la diosa Bastet que habíamos comprado en El Cairo... Todo lo demás se quedó empantanado: el servicio de té en la mesa del comedor, la cama donde apenas unas horas antes nos habíamos amado, revuelta y aún con nuestro olor. Mi amor decepcionado y roto en un rincón.

No despegué los labios durante todo el trayecto. La furia y el desconcierto iban cediendo el espacio a una pena negra y profunda que me ahogaba el alma.

Cuando llegamos estaba anocheciendo, intenté bajarme y me agarró por la cintura acercándose a él.

-¡Me encantas cuando te enfadas, princesa!

Intentó besarme y le mordí. Al llevarse la mano a los labios pude escapar del coche. Pero me alcanzó antes de llegar a la puerta de la casa.

-¡Te estás pasando y mucho! ¡Deja de comportarte como una niña malcriada y despídete de mí en condiciones!

-¡No me toques! Si no merezco tus explicaciones, si me tratas como a una ignorante, como a una mujer musulmana, compórtate como un musulmán. ¡No

me toques en medio de la calle! ¡Ni nunca!

No había nadie fuera, pero sabía que todos los vecinos estaban pendientes de nuestra discusión. Aunque no nos entendieran, porque hablábamos en español, todas las mujeres me reprocharían mi actitud y los hombres mostrarían su desacuerdo.

Hayzam se retiró el pelo de la frente y respiró hondo.

-Vale, tenemos que hablar. Pero no ahora. Debo marcharme. Cuando estés más tranquila verás que no he tenido más remedio que hablarte así. En algo te doy la razón, el tipo es muy especial y no quería que se fijara en ti. Me voy. Piensa en mí, princesa. Yo siempre pienso en ti, a todas horas, en cualquier momento.

Me lanzó una de sus medias sonrisas burlonas. Esas que me licuaban el seso y el sexo, y un beso. Subió al coche y se perdió en el laberinto de callejas. En otra ocasión me habría preocupado el toque de queda. Esa noche por un instante deseé que no funcionara su habilidad para eludir a las patrullas y se viera en un aprieto. Inmediatamente deseché el mal pensamiento: me moriría si le pasaba algo.

18

Traición

Atravesé el comedor, donde todo el mundo aparentaba ver la desmedida televisión que habíamos conseguido, ¡cómo no!, gracias a Hayzam, musitando un rápido «Salam aleikum», y entré como una exhalación en mi habitación. Antes de cerrar la cortina ya tenía allí a Fathia.

-¡Gilipollas! ¡Soy una gilipollas! ¡Y él, un puto moro de mierda!

-¿Qué ha pasado? Ibais a estar fuera todo el fin de semana.

-Vinieron unos hombres muy extraños, con pinta de peligrosos y le entraron las prisas. Tiene algún lío gordo entre manos pero no quiere que me entere de qué es.

-Lucía, hay cosas de las que es mejor no enterarse.

-¡No sé hasta qué punto! Sé que trapichea con todo, Fathia, eso nunca lo ha ocultado aunque no lo vaya pregonando. Pero ¿qué es tan grave como para que no me lo quiera contar? Y además lo que me revienta es cómo me ha tratado delante de aquel tipo. Como si fuera una mema, o peor, una criada, su...

-¿Como si fueras una esposa musulmana?

-Sí, Fathia, y no lo soy. No soy su mujer, ni quiero serlo en esos términos. Creía que me consideraba su pareja, su igual. Que pasaba de las costumbres musulmanas. ¡Me ha hecho ponerme un velo!

Estaba indignada y desahogándome con mi amiga, pero me estaba guardando lo más importante de todo: la conversación que no debí escuchar. A mí misma me aterraba que Hayzam se hubiera referido a todos nosotros como «daños colaterales». No quería ni pensar en qué sucios asuntos andaba metido. Era como cuando de pequeña me repetía ante el pasillo oscuro que debía recorrer: «No hay nada ahí, no hay nada ahí», y así tragarme el miedo. Si no lo decía, si no se lo contaba a Fathia, era como si no lo hubiera escuchado. Hayzam volvería y me lo aclararía. Debía ser una forma de hablar para ganarse a aquellas visitas tan siniestras.

-Hayzam es Hayzam. No te enfades con él. Si se ha comportado así, tendrá sus razones. Es mejor que las mujeres no nos metamos en los negocios de los hombres...

-¡No lo disculpes! ¡Y no me seas obtusa! ¡Yo no soy tú! Mi educación no es la tuya, la vuestra. En mi cultura las mujeres no inclinamos la cabeza ante un hombre y él lo sabe.

-No lo disculpo. Simplemente trato de que comprendas también su postura. Él es muy listo, sabe cómo debe actuar en cada situación y cómo comportarse con cada persona, él...

-¡Un momento! ¿Algo se me escapa? ¡Tú! ¡Tú le quieres! ¡Dios, también has caído! ¡Maldito Halcón! Pero es tu primo o tu cuñado, nunca me has dicho que es, pero sois familia, ¿no? Fathia se ruborizó por completo, pareció dudar, pero al fin murmuró sin mirarme:

-Es... mi esposo.

-¿Qué?

Comencé a hiperventilar y a la vez a sentir que me faltaba el aire. Mi corazón latía a un ritmo caótico. Me estaba dando un ataque de ansiedad. ¡Me había liado con el marido de mi mejor amiga! La sangre me subió de golpe a la cabeza y todo comenzó a darme vueltas. Fathia hizo que me sentara en la cama.

-Por favor, por favor, cálmate. Respira despacio y escúchame. Hayzam no me ama, no me ama como a ti. No importa lo que yo quiera. Eso no va a cambiar. Déjame que te cuente.

»Yo tenía nueve años. Era una criatura flaca y enfermiza, un verdadero problema para una familia que se movía constantemente de un lugar a otro. Somos beduinos nómadas. Mi familia ahora ya apenas se desplaza, pero entonces teníamos que buscar los mejores pastos para el ganado. No podíamos pararnos, ni desviarnos hasta un hospital por una niña enferma. Hayzam me llevó con él. Para mi padre fue un acuerdo ventajoso, se libraba de una hija que solo le daba preocupaciones y creaba una alianza con un hombre poderoso.

-Pero ¡entregó como esposa a una niña de nueve años! En mi país eso es un delito, y ni creo que en el tuyo sea legal hoy en día. Es una barbaridad, Fathia.

-Es nuestra tradición. En nuestro estilo de vida no es nada anormal. Era un poco joven pero se da por supuesto que el matrimonio no se consuma hasta que la mujer se desarrolla y se alcanza la edad núbil.

»Entiéndelo, por favor. Para mí fue un regalo, Lucía. Ese giro maravilloso

que da el destino y lo vuelve todo color de rosa, como decís vosotros. Hayzam impidió que me circuncidaran, me sacó del desierto, me envió al colegio. Hasta los dieciocho años estudié en un internado para niñas y jóvenes de Damasco, en Siria. Aprendí inglés, me gradué en Enfermería. Pasé de cuidar cabras a cuidar personas. De andar durante horas para conseguir agua a ducharme cuando quería. Nadie de mi tribu ha llegado donde yo estoy ahora. No sé por qué lo hizo. Él siempre tiene sus razones. De cualquier forma, debo estarle agradecida.... Y le quiero, claro. Cómo no quererle, me cambió la vida y no me pidió nada a cambio. Soy como una hermana pequeña para él.

-¡A las hermanas pequeñas no se les hace un bombo! -musité cansada y horrorizada.

-¿Un qué?

-¡Sí se acostó contigo! ¡Te dejó preñada! ¿O acaso no es suyo el hijo que esperas?

Fathia agachó la cabeza apenada. Vi su dolor y ella sufría el mío. Me sentía traicionada, me sentía avergonzada y muy muy cansada de todo. Si hubiera tenido un aeropuerto cerca, probablemente habría hecho la maleta y habría salido corriendo a refugiarme en casa.

-Yo se lo pedí. Se lo exigí. Era su obligación. Supe que te quería en cuanto le vi mirarte. A mí jamás me había mirado así, ni a las demás.

»Al menos tendría a su hijo. Nunca me repudiaría. Lo amenacé con contárselo todo a mi padre y romper el contrato matrimonial si no se consumaba. Mi familia se hubiera ofendido muchísimo. Funcionó. Tú te habías ido a tu país y él te echaba de menos... Supongo que pensó en ti mientras me hacía el amor con tanto cuidado.

Me volví de cara a la pared. Me ahogaba. No podía mirarla.

-Déjame sola, por favor.

-¡Lo obligué! No puede ponerse en su contra a los míos. Ellos conocen rutas en el desierto que nadie más conoce y dejarían de llevar y traer sus cosas.

-Cuestión de dinero, ¿no? -murmuré con amargura.

-No solo dinero. Tiene muchos compromisos con los señores de la guerra. Sería su propia vida la que pondría en juego. Él te quiere a ti, Lucía. Yo también te quiero, hermana.

No pegué ojo en toda la noche. Antes de la llamada del almuecín me abrigué bien, envolví mi cabello en la *kufiya*, cogí la mochila con el juguete y me alejé todo lo que pude. No tenía miedo de andar sola, no me importaba

nada. En un erial desolado y solitario, como yo me sentía en esos momentos, descargué el cargador de la Glock contra un tronco seco mientras lloraba de dolor, de decepción, de furia conmigo misma.

Cómo había podido estar tan ciega. Claro que no hay más ciego que el que no quiere ver. Y yo no veía nada salvo los ojos de Hayzam, la sonrisa de Hayzam, sus caricias, el calor de su cuerpo, el sabor de su boca. Lo demás no importaba, no existía.

No noté la emoción de mi amiga cuando se refería a él. Interpreté los gestos afectuosos como cariño filial porque así quería verlos.

Tampoco escuché los comentarios de la gente, que seguro que hablaban, que cuchicheaban entre sí y callaban de repente cuando yo entraba.

No oí a mi conciencia y a mi razón, que desde el principio gritaban mi locura.

Y no hablé. Con nadie compartí mis dudas y mis temores. Porque los tenía, por supuesto. Soy una mujer inteligente, sabía cómo era Hayzam: un tipo capaz de hacer lo que fuera para conseguir sus fines. Si hubiera preguntado a alguien seguro que me lo habrían contado: me habrían dicho que era la «segunda esposa», una más de sus mujeres.

Pero estaba ciega, sorda y muda a todo salvo a aquel amor, a aquella pasión que había roto todos mis esquemas.

Héroes y villanos

A finales de abril, David Sutherland llegó con un convoy de suministros. No traía buenas noticias, podía ser el último.

Cuando saltó del camión casi no lo reconocí. Había cambiado su acostumbrado traje de tres piezas por un uniforme de campaña color caqui. Llevaba chaleco antibalas y casco. Solo cuando se lo quitó y vi su pelo casi albino perfectamente recortado supe quién era.

Como siempre, no perdió el tiempo. Nos reunió a todos en el recinto del almacén y nos puso al corriente. Venía de una reunión con las autoridades palestinas: si no garantizaban al cien por cien la seguridad de los cooperantes nos retiraríamos de los territorios. Le lancé una mirada asesina a Andy, seguro que se había ido de la lengua y le había contado nuestro encuentro con los chicos de Hamás.

David fue rotundo, no esperaba nada de su reunión. La escalada de violencia entre las dos facciones -Hamás, ahora en el poder, y Al Fatah, los que lo habían perdido-aumentaba día a día. La seguridad de los cooperantes extranjeros o el bienestar de los refugiados se la traía al paio a los jefes de las milicias, para ellos lo importante era demostrar quién mandaba en realidad en la Franja. Así que venía con órdenes de evacuar a los voluntarios y al personal contratado que quisiera abandonar el terreno. Teníamos tres días para transferir cometidos y dejarlo todo más o menos controlado.

La mayoría respiró con alivio y se dispuso a recoger sus trastos. Andy sonreía de oreja a oreja.

-No nos vendrán mal unas vacaciones en Tel Aviv, tomando el sol en la playita, ¿eh, Lucía?

La playita... Hacía mucho que no veía el mar. Desde que salimos corriendo del chambao y discutí con Hayzam. Casi dos meses sin verlo, sin saber de él.

-¿Seguirán llegando suministros, alimentos, medicinas? -Hamid, tenso

aunque tranquilo, interrogaba a David.

-Lo intentaremos, pero no puedo garantizarlo. Los controles son cada vez más estrictos. Han reforzado los *checkpoints* y los túneles no son seguros. El coste de enviar un transporte es demasiado elevado.

-¿No podemos pasar nada por los túneles? -le pregunté con la esperanza de averiguar algo sobre Hayzam. David me lanzó una de sus perspicaces miradas. Era demasiado inteligente para no darse cuenta del interés que ocultaba mi pregunta.

-No hemos podido localizar a nuestro principal colaborador en esa área. Creemos que está fuera de la zona y desconocemos si regresará. Salvo que alguno de vosotros hayáis tenido noticias de Hayzam, no disponemos de ningún enlace fiable para transportar mercancía por los túneles.

-Inténtalo, David. La situación ya es bastante precaria. Sin la ayuda internacional estamos abocados a una catástrofe -insistió Hamid. -Sabes que haré todo lo que esté en mis manos, doctor, pero las tengo muy atadas. Nos dispersamos. La reunión había acabado. Andy sonreía entusiasmado.

-¡Bueno, niños, a preparar las maletas!

Dedicamos los siguientes días a organizar el material que había llegado, atender los repartos y pasar tareas al personal autóctono. Podrían organizarse, estaban bien formados y ya tenían experiencia. Nosotros tampoco éramos tantos. Entre voluntarios y cooperantes contratados, la organización tenía desplegados en esos momentos en el terreno unos dieciocho extranjeros de diversas nacionalidades.

Volví a ver una vez más a David.

-Tienes mal aspecto, Lucía. Te vendrá bien salir de esta tensión. No tienes que regresar a España si no quieres, puedes quedarte con Jaime en Tel Aviv, está desbordado. Todos lo estamos. -Dudó un poco, pero continuó-: Creemos que está en Libia. ¿Te ha llamado?

-No sé nada de él desde hace meses. Ni quiero saberlo -mentí-. Rompimos antes de que se fuera.

-Mejor. La inteligencia israelí comienza a interesarse demasiado en él.

El último día entré en la habitación de Fathia para recuperar algunas cosas más. Desde aquella terrible noche en que me lo contó todo no habíamos vuelto a hablar salvo sobre asuntos del hospital. Ella no había recogido nada pero tenía apartadas las cosas que le había prestado o regalado para devolvérmelas.

-¿Aún estás así? Andy se pone de los nervios si le hacemos esperar.

-Yo no voy. Me quedo con Hamid. Esta es mi gente, mi lugar, soy palestina.

-Entiendo.

-Y algo me estrujó la garganta-. Quédatelo todo. Yo puedo comprar lo que necesite.

-¡Por supuesto, tú puedes conseguir todo lo que quieras! -dijo con amargura.

Me fui. Me sentía mal, muy mal. La indignación se había ido apaciguando con el paso de las semanas y a fuerza de analizar fríamente los hechos me había ido dando cuenta de que Fathia no me había traicionado.

Nadie me había estado ocultando nada, era yo quien no había querido ver: «Somos familia», me había dicho. Hayzam tampoco había negado el parentesco, simplemente no me había aclarado el grado, y yo no le pregunté.

Si alguien podía estar ofendida con razón era ella. Yo era «la otra», la amante. No podía comprender por qué seguía brindándome su cariño; por qué me había hecho su hermana sabiendo lo que había entre Hayzam y yo. Mi cultura occidental no me permitía entenderlo ni asumirlo.

Cómo podía haberme pasado a mí. ¡Pendeja, cabrona!, que diría Andy. Me había colgado de un capullo prepotente, arrogante, descarado, canalla, atractivo y que follaba como nadie (eso también tenía que reconocérselo).

Yo no era una pazguata estadounidense con una educación mojigata como a las que él solía obnubilar. Llevaba años viviendo sola, riéndome de los imbéciles como él y de las aún más imbéciles que se dejaban engatusar. Admiraba a Beauvoir, me repateaba Sartre. ¡Por favor, mi trabajo fin de carrera había versado sobre el empoderamiento femenino!

«Las mujeres inteligentes se enamoran como idiotas.» Lo había leído en un cuento de Ángeles Mastretta y yo misma lo había hecho realidad. Ya era hora de volver a ser yo misma. Se acabó mirarme el ombligo y lamirme las heridas. Nadie me había empujado a los brazos de Hayzam, no había habido filtros de amor, ni geniecillos aburridos de por medio. Yo solita le había abierto mis piernas y mi alma. Él no me había prometido nada, siempre dejó muy claro lo que quería de mí. No me había mentido porque nunca me dijo toda la verdad. Jamás enmascaró cómo era, yo lo idealicé, esperando cosas de él que jamás había prometido y no estaba dispuesto a darme.

El camión cargado de cooperantes extranjeros pasó a recogerme al alba. Toda la calle salió a despedirme. Tuvieron que arrancar a la pequeña Amina de mi cuello. Andy me hizo sitio en la cabina. Fathia nos decía adiós desde la

azotea donde habíamos charlado tantas noches.

-Salimos por fin de este agujero. Se estaba poniendo muy negro, m'ija. El amigo Halcón se mandó mudar y voló a mejor plaza para hacer *business*.

«Sí, a la vuelta hablamos», me dijo Hayzam, y no había regresado. Me había dejado a mí... y a su mujer esperando un hijo en un barco que todos abandonaban si podían.

Fathia se quedaba sola en un polvorín a punto de estallar. Aquella mujercita generosa y valiente era lo más parecido a una hermana que yo había tenido.

-¡Me quedo! Para el camión, Andy.

-¡Estás pirada! Ni lo sueñes. ¿Vas de heroína, acaso? Aquí ya no podemos hacer nada. Se pegan entre ellos, ¡no nos dejan trabajar!

-¡¡Para el jodido camión!! -grité.

-No me hagas esto, Lucía. David Sutherland me matará, me cuelga seguro.
-Pero frenó.

Salté del vehículo y regresé corriendo a nuestra casa. Fathia estaba en la puerta preguntándose qué habría olvidado para que el camión parase en seco.

-¡¡Yo no te voy a dejar!! -Y nos abrazamos muy fuerte.

Los chiquillos me traían diligentes y alborozados el equipaje que había tirado un malhumorado Andy a la polvorienta carretera. Mi suerte estaba unida ya a la de aquellas gentes. Y me sentía bien.

De nuevo el Halcón

Madrid, seis años después

Jaime Castillo me escuchaba consternado y escéptico. Le había llamado para contarle. A quién sino. Era el único que podía entender mi desasosiego, lo que significaba recordar aquellos días de pesadilla.

Ensimismado en el hielo del bourbon que le había servido, negaba incrédulo con la cabeza.

-¿Estás segura de que era él? Todo el mundo le da por muerto.

Mi amigo ya no era el muchachito soñador e ingenuo que llegó conmigo a los campos. Desde que dejó Tel Aviv, trabajaba en el consulado estadounidense en Madrid, llevando asuntos mercantiles -según nos decía-. Se había casado con María, su novia de toda la vida, y tenían una preciosa nena tres años menor que Ismael. Comenzaba a lucir entradas y barriguita incipiente. Nos veíamos con cierta frecuencia, él y Jasón solían jugar juntos al golf. Los dos habíamos evitado siempre hablar sobre los episodios dolorosos de aquella época. Pero aún seguía siendo mi mejor amigo y no había tardado ni media hora en presentarse en casa cuando le llamé diciéndole que había tenido una llamada del pasado.

-Era él. Reconocería su voz así pasaran cien años. Sonaba como solía: seguro, adulator, intimidante, exigente. Me ha pedido que nos veamos.

-No vayas, Lucía. Dimos por cerrado ese capítulo de nuestras vidas. Fue una etapa dura, especialmente para ti. Dala por concluida, solo conseguirías abrir viejas heridas.

-Ya lo conoces. Si verdaderamente tiene interés en verme, lo hará aunque yo no vaya a su encuentro. Mejor acceder y enterarme de qué anda buscando.

-¿Quieres que te acompañe?

-Gracias, pero no. Hay muchos temas pendientes entre él y yo. Sería violento para ti.

-¿Lo sabe Jasón?

-Nunca le he hablado de él. Si puedo evitarlo, no sabrá nada. Siguió negando con la cabeza, no aprobaba mi silencio.

-Jasón es un buen hombre y te ama. Deberías sincerarte con él. Se merece la verdad.

-Lo sé. Yo mejor que nadie sé cómo es Jasón. Le he confiado mi vida y la de mi hijo. No quiero hacerle daño, Jaime, no quiero.

-Si consientes en que Hayzam vuelva a tu vida, se lo harás. Debe estar preparado. Cuéntaselo, Lucía.

-No te pongas melodramático. Solo lo veré unos minutos. Ha pasado mucho tiempo. Es el pasado. -Mentía, mentía, mentía.

-Fue muy importante para ti, era evidente. Te pasabas el día levitando, y mira que era difícil en medio de aquel horror.

-Vaya, ahora va a resultar que todo el mundo estaba al tanto de lo nuestro. ¡Tú te escapaste a Tel Aviv, desconoces cómo acabó!

-Recuerda lo que decía Fathia: «En los campos todo se sabe y nada se dice».

-¡No la nombres, por favor, no digas su nombre! Duele demasiado.

-¿Ves? Es mejor no volver atrás. Duele demasiado. Cuídate del Halcón, nunca fue de fiar.

-¿Ahora me vienes con estas? ¡Jaime, a ti también te tenía encandilado! Como a todos los que lo conocían..., y a quien no conseguía ganarse, lo atemorizaba.

Mientras se despedía me abrazó y me besó en la frente.

-Ten cuidado, ¿vale? Ya sabes, si cambias de opinión y quieres que vaya contigo...

-¡Silbo! Eres un cielo, sigues siendo un cielo. Gracias por venir tan rápido, por escucharme. Te quiero.

No se quedó conforme. La siguiente persona que volvió de mi pasado fue David Sutherland. Jaime le había preguntado por e-mail si había alguna novedad sobre el Halcón. Su respuesta fue presentarse en Madrid. Siempre iba por delante de nosotros.

-Mira quién se ha invitado a cenar!

Me cambió el color de la cara. Jasón entraba con un David impecable, igual que siempre, aunque con unos kilillos de más. Me besó en las mejillas como si nos hubiéramos visto la semana pasada y tendió un primoroso paquetito a Ismael. El niño se volvió loco de alegría con la pequeña consola que contenía.

Mientras Jasón acostaba a Ismael y consentía en jugar una partida de Mario Bros con él para que se durmiera, David entró directo, en su línea.

-Se parece mucho a su padre.

Me puse en guardia.

-Jaime te lo ha contado.

-Estoy aquí por eso.

-¿Tú también me vas a decir que no lo vea?

-No. Al contrario. Tenemos que averiguar qué quiere. Por qué se arriesga a que lo encuentren después de tanto tiempo oculto.

-Se decía que estaba muerto...

-Versión oficial. Eso simuló él. Eso se decidió mantener..., mientras se le seguía buscando.

-¿Quién lo está buscando?

-Medio planeta, Lucía. Está implicado en demasiados asuntos bastante complicados. No me pidas que te detalle cuáles. Cuando se ponga en contacto de nuevo contigo, avísame, por favor.

-¿Qué quieres de él? -Me tembló la voz.

Se me notó el temor a que le hicieran daño, aunque se lo merecía. Yo bien sabía que tenía muchas culpas que purgar.

-Tranquila, nosotros solo queremos hablar con él. Que nos ayude a dejar claro que la organización no tuvo ninguna implicación en el incidente. -David también mentía, ambos lo sabíamos-. Además, Jaime tiene parte de razón. Es mejor que no vayas sola. Podemos protegerte. Discretamente, por supuesto.

-¿Quién es Hayzam Kenway, David? ¿Por qué le tenéis tanto miedo? David dudó un momento mientras calibraba qué información darme.

-No es miedo, Lucía..., digamos que es una persona con la que tienes que ser precavido. Sabemos muy poco de él. Nació en Siria, de madre palestina, en una familia cristiana acomodada que salió de Cisjordania con los primeros enfrentamientos, su padre era inglés. Tiene pasaporte británico. Su madre falleció en un incendio cuando él tenía unos cuatro o cinco años, en una revuelta los insurgentes prendieron fuego a su casa. La madre pudo poner al niño a salvo, pero ella y su hija pequeña no pudieron escapar, el crío lo presencié todo desde la calle, debió ser duro. El padre era arqueólogo, de la vieja aristocracia inglesa, viajaba constantemente, así que con nueve años envió al niño interno al Eton College.

¡Amina! Su generosidad con la niña no había sido fortuita. Hayzam tampoco pudo hacer nada por su madre y su hermanita, las vio morir, igual que

Amina a los suyos con su misma edad. Eso y el tremendo respeto, por no decir miedo, que mostraba ante el fuego -en cierta ocasión me convenció para apagar la hoguera que había hecho en la playa y que a mí me parecía tan romántica- hacía que entendiera muchas cosas. Pero un trauma infantil no le eximía de sus actos. No, eso no le justificaba.

-Luego sabemos que vivió una temporada en Florida y Nuevo México -continuó David-, y creemos que hizo algunos vuelos para los cárteles de la droga, es bastante diestro en todo lo que tenga motor. También se le ubicó una temporada en Chechenia, habla ruso con fluidez. Desaparece durante un tiempo y entra en contacto con nosotros en la Franja. Como sabes, tiene una habilidad especial para ganarse la confianza de todo el mundo, así que contábamos con él para solucionar algunos temas de aprovisionamiento. El problema es que no éramos los únicos que contratábamos sus habilidades. Traficaba con todo lo que le resultaba lucrativo: piezas de arqueología, artículos de lujo, combustible, armamento, drogas, información... No simpatiza con ninguna facción y con todas hace negocios.

-Para no saber nada de él, me has hecho una completísima biografía. Un buen elemento, vamos.

-Jamás se le ha podido probar nada, ni se ha involucrado abiertamente con ninguna causa.

-De cualquier forma, estáis sacando las cosas de quicio. Solo quiere ver de nuevo a una antigua novia.

-Estaríamos más tranquilos si me pones al corriente y acudes con protección.

-¡Dios!, ¡Jaime y tú sois los dos unos paranoicos! Déjalo ya, David. Si queréis cazar al Halcón, hacedlo solitos, no me metas a mí por medio.

He vuelto por ti

*H*emos quedado en un sitio público. Un centro comercial de lo más pijo en Serrano. Hay muchos locales, mucha gente. Es la forma de estar segura, de que no haré ninguna tontería como abrazarte, besarte hasta fundirnos o algo más incluso.

Tenemos que hablar. Tienes muchas cosas que aclarar. Tengo que saber lo que ya sé, pero de tu propia voz. Quiero mirar ese azul frío y oscuro de tus ojos y saber que me estás engañando de nuevo. Tal vez así, aunque te siga amando, pueda tomar una decisión más coherente que lo que me piden el corazón y el cuerpo.

Sabía que me estaba observando. Lo sentía en la nuca que había dejado al descubierto para él, en la sangre que corría desbocada por mis venas, en el hormigueo de mis pezones. Sorteó las mesas y se sentó a mi lado con la elegancia de un halcón del desierto. Era el de siempre, seguro en cualquier ambiente. Llevaba un chaquetón Ralph Lauren y unas botas italianas de cordones. No desentonaba en absoluto, iba perfectamente camuflado para moverse por el barrio más lujoso de Madrid. Estaba más atractivo que nunca, algunas caras femeninas se fijaron en él y les sonrió galante.

-¿Te he dicho ya que estás preciosa? -me soltó mientras hacía que me cogía la mano y me plantaba un ligero beso en los labios.

-Tú también estás estupendo, para llevar muerto seis años.

-Siempre tan mordaz, princesa. Eso es lo que me encanta de ti.

-¿Qué quieres, a qué has vuelto, por qué tu silencio, y por qué de pronto te acuerdas de mí?

-Psssch, tu cabecita pensando siempre lo peor de mi pobre persona. He vuelto por ti, Noor, a por mi mujer.

-Tu mujer murió hace seis años en Rafah, sepultada bajo un edificio que tú

hiciste volar por los aires.

-Te lo contó... Era una niña encantadora, siempre la quise como a una hermana.

-Entonces cometiste incesto. Estaba embarazada, supongo que lo sabías.

-Ella me lo pidió, me lo exigió. Una esposa árabe no es nada sin hijos. Fathia era muy respetuosa con las costumbres de su pueblo.

-Ella te amaba, Hayzam. Estaba enamorada de ti. Igual que yo. Nos abandonaste a las dos.

-La avisé..., le ordené, le pedí que saliera de allí, que dejara el hospital. Me desobedeció. Cuando quise ir a por vosotras ya era tarde, aquello era un gueto cerrado a cal y canto.

Me tapé la cara impresionada. Ella lo sabía, sabía que Hayzam ocultaba algo en nuestras instalaciones, que nos estaba utilizando de escudo humano. Conocía el peligro y no se fue, por su hijo.

-Se quedó por el bebé. Hamid temía que se complicara su parto, tenía prevista una cesárea. Lejos de un hospital, su vida y la de la criatura corrían peligro. Nosotros éramos el único centro sanitario, en muchos kilómetros, capacitado para hacer segura esa intervención. Murió por tu hijo.

-Y no puedes imaginar cuánto lo siento, cuánto me pesa. Os busqué entre las ruinas, pero el bombardeo y las explosiones me hicieron desistir. Todo estaba ardiendo. Os di por perdidas. Pero tú estás viva. ¡He vuelto por ti *habibti*¹⁴.

»Hace unos meses, en un asentamiento beduino cerca de Rahat, me crucé con un badawi lenguaraz y pendenciero. Era un sujeto oscuro y sucio pero hablaba mucho, le encantaba el whisky, aunque se las daba de musulmán piadoso. Me contó de una blanca con un símbolo de la tribu Tiaha en la frente, la tribu de Fathia, que había vivido con su familia durante casi nueve lunas. La mujer tenía un hermoso bebé con los ojos azules oscuros como el cielo del atardecer. Se largó con otro blanco porque decía que su hijo estaba enfermo. Él no lo creyó, estaba resentido porque la mujer se le había escapado, pensaba hacerla su segunda esposa. Supe inmediatamente que eras tú.

»No sé si el tipo sigue vivo, le borré sus lascivos pensamientos con una buena paliza y me lancé a buscaros. Tenía que encontrarte y lo hice. Aquí estoy por ti, mi princesa.

Su mirada, su voz, sus manos me acariciaban. Quería creerle: «Ha vuelto por ti, ha vuelto por ti», repetía cada uno de mis latidos; pero, después de todo, los años sí debían haberme vuelto un poco más sensata porque, aunque

siguiera emocionándome con sus palabras, tenía la seguridad de que mentía.

La mesa ocultaba unas caricias cada vez más audaces pero yo no podía ocultar mi azoramiento, ni el deseo que desbordaba mi escote y humedecía mis bragas.

-Te mueres por besarme, lo veo en tus ojos. Y yo me muero por saborearte. ¿Por qué hemos quedado en este lugar tan inapropiado para hacer lo que realmente necesitamos?

-Porque aunque, como dices, me muera por besarte, no voy a hacerlo. Quiero que me expliques muy claro qué pasó en Rafah y necesito la cabeza despejada y no borrosa de pasión para entenderlo bien. ¡Cómo pudiste hacer lo que hiciste si nos querías! ¡Nadie se salvó, Hayzam! Había enfermos que no podían moverse, mujeres embarazadas, la tuya entre ellas, niños, amigos, personas que se desvivían por ayudar a los demás y no participaban en esa guerra atroz, gente que te apreciaba... «Daños colaterales», nos llamaste. Aquel día en el chambao de la playa te escuché hablar con el hombre siniestro. Intenté que me contaras, que me hicieras ver que había malinterpretado la conversación, que podía seguir confiando en ti, pero no lo hiciste. ¡Huiste, nos abandonaste!

»Durante todo este tiempo no he querido recordar, no he querido juzgarte sin escucharte, sigo repitiéndome estúpidamente que puedo haberme equivocado. Que, como mi amiga decía para defenderte, «tendrás tus razones».

-Ya te lo dije, eran negocios. Sabes cómo soy, no me interesan ni unos ni otros, solo son negocios. Yo no pilotaba los aviones israelíes, ni di la orden de atacar un hospital. Pregúntale a tu amigo Sutherland, él sí te oculta más de lo que dice. Deja el pasado en paz, ya no puedes cambiarlo, ni resucitar a los muertos. Nosotros sí podemos vivir. En cuando estés lista, cruzaremos a África. He preparado una preciosa casa en la costa de Túnez para ti... y para tu hijo, si deseas llevarlo contigo. ¿Cuántos años tiene? Parece un chico muy despierto.

Saltaron todas mis alarmas, estaba indagando si podía ser suyo.

-Cuatro años -mentí-. Es una criatura encantadora.

-Cinco años y unos cuántos meses más, ¿verdad, Noor? ¿A quién se parece? Te tiembla el labio y no dejas de tocarte los pendientes, nunca has sabido engañarme, princesa. Tú también me has ocultado cosas.

Bueno, ahora lo estaba intentando. Fingía creerle para que siguiera hablando y me descubriera qué perseguía en realidad. Sentía el calor avanzar por mis mejillas y su mano bajo mi falda. Sí, también me había puesto falda

para él. Le sujeté la muñeca y lo aparté.

-Debo irme. Ismael sale del colegio. No me has aclarado nada. Vamos a dejarlo así.

Se levantó conmigo y nos dirigimos a la salida, había dejado el coche en el sótano. Me extrañaba que se mostrara tan conforme, que no intentara retenerme. Hizo algo más. Paró el ascensor entre dos pisos y me aplastó contra la pared. Sentí su boca cubriendo la mía, sus manos sacando la blusa de la falda, quemando mi piel, su rodilla abriéndome las piernas y empujando mi sexo. Y me dejé hacer, agarré su pelo, me colgué de su cuello y le rodeé las caderas con mi pierna. Quería sentirlo, necesitaba sentirlo. Que su cuerpo me convenciera de todo lo que ya no creía de él.

-¿Quién eres tú, que pones el mundo del revés cada vez que apareces en mi vida? -murmuré entre jadeos.

-Tú hombre, Noor. El hombre al que perteneces. No dudes, princesa. Eres mía. Soy tu demonio particular, ¿recuerdas? Los ángeles oscuros son mucho más interesantes que los aburridos querubines. Y también más apasionados, como puedes comprobar. ¿Acaso te folla así ese marido que te has buscado? ¿Tiene que beberse tus gritos, para que no escandalices a todo el vecindario, como hago yo?

Fue un encuentro violento, casi sucio, que en lugar de dejarme ardiendo, como solían dejarme nuestros abrazos, me dejó un regusto amargo en el estómago.

La alarma del ascensor comenzó a sonar. Me dio un último beso abrasador, me acarició la cara en un gesto tierno que me hizo temblar.

Se acercó a la nariz la braguita destrozada que aferraba en el puño y se la guardó mientras me sonreía con los labios medio curvados, consciente del efecto que me causaba eso.

-Esto no se acaba aquí, princesa. Debo marcharme unos días pero la próxima semana te veré otra vez y seguiremos hablando.

-La próxima semana estoy en Almería, Ismael tiene vacaciones en el cole y nos vamos a casa de mi abuela.

-¡Perfecto! Mucho mejor, dame tu móvil, te llamaré y nos vemos allí, lo tendré todo arreglado para marcharnos... Por cierto, podrías buscar una pequeña memoria USB que debiste guardar tú cuando recogiste la casa de la playa, tiene algunas casillas que necesito.

¡Ya estaba! Eso era lo que quería. Debía ser muy importante para descubrirse después de seis años y montarse una historia de amor añorado

para que perdiera el culo buscando la dichosa memoria. ¡Bien! Si la encontraba y se la entregaba se marcharía, seguro, como siempre hacía. Podría recuperar mi vida, no haría daño a los míos.

Me abracé a él con desesperación. ¿Qué estaba pensando? Mi vida era él, volvía a estar viva por él. Por mi mente pasaron, cual fotogramas de un antiguo celuloide, las noches acunando a Ismael, y Jasón arropándonos a los dos. Las tardes en la terraza de abajo con los amigos. De nuevo Jasón y su beso de despedida cada mañana creyéndome dormida. Mi mesa en Asuntos Sociales, repleta de dibujos de mis niños y fotos de muchachos a los que intentaba ayudar... ¿podría dejar atrás todo eso por volverme a perder en sus brazos?

Sí, claro qué podría. Aunque el coste fuera muy alto, lo haría..., si estuviera sola, si Ismael no existiera. A él no podía hacérselo.

De tal palo...

Cómo puedo seguir amándote. Cómo puedo seguir perdiendo la cordura y el sentido solo con que me hables. Después de todo lo que pasó. De lo que pasamos. Treinta minutos bajo la ducha. Llevaba todo ese tiempo dejando que el agua golpeará mi pelo y mi rostro, ahogándome casi; sin pensar en que la malgastaba, con los ojos y los puños muy apretados, como si el chorro ardiente pudiera borrar la marca impalpable pero indeleble que Hayzam había dejado de nuevo en mi cuerpo, en mi alma. Estaba asqueada de mi comportamiento. No me arrepentía de amar, el amor nunca es vergonzante; pero sí de mi debilidad, de que la pasión hubiera vencido de nuevo a la razón. Oí la llave de Jasón, la carrera emocionada de Ismael:

-*Daddy!*

A mi madre despidiéndose tras de la puerta del baño:

-Lucía, cielo, ya ha llegado Jasón. ¿Estás bien? Llevas casi una hora ahí.

-Ya salgo mamá, pero si tienes prisa márchate. Estoy bien. No me he dado cuenta del tiempo. Gracias por quedarte con el niño. En ese momento no podría sufrir las preguntas y el parloteo de mi madre.

Cuando llegué a la cocina, envuelta en mi albornoz y con el rostro arrebolado por el agua, Jasón ya estaba intentando que Ismael cenara. Lo saludé con el beso ligero de siempre. Como siempre.

-¿Qué tal el día?

-¡Uff!, densito. Estaba relajándome un poco en la ducha. Déjame a mí. Cámbiate y voy poniendo la mesa para nosotros.

-¡Quiero a papá! Me estaba contando un cuento.

-Dime cuál era y yo lo continúo. Traga el pescado, tienes ya dos bolas en la boca.

-¡¡No, mi papi!! ¡Y no me gusta el pez!

Ismael estaba un tanto irritable, parecía que de algún modo notaba mi

inseguridad. El manotazo que dio hizo que el plato volara por los aires y se rompiera contra el suelo.

-¡Eso no se hace, qué modos son estos, Ismael! -le grité.

Alzó la barbilla desafiándome. Entrecerrando los párpados hasta que sus ojos fueron una línea azul oscura y brillante. La mirada amenazante de su padre.

¿En qué se convertirá bajo su influencia? Estoy segura de que Hayzam no lo reprendería por retarme, al contrario, le haría gracia, se sentiría orgulloso de su arrojo con seis años.

¿Y yo? ¿En qué me convertiría yo? ¿En una sumisa esposa musulmana, como me había obligado a comportarme en la playa delante de aquel siniestro personaje? Siempre estaría esperando y temiendo que no regresara de alguno de sus misteriosos viajes de negocios. Unos negocios turbios, amorales, deshonestos, y por supuesto ilícitos, a los que yo ya era incapaz de cerrar los ojos.

¡Eso era! La venda había caído. Junto con aquel hospital en Rafah se derrumbaron también los muros entre los que había emparedado mi razón y mi conciencia. Hayzam ya no era mi audaz y enigmático halcón del desierto. Ahora por fin lo veía como era en realidad: egoísta, ególatra, oportunista y sin ningún escrúpulo.

Todavía lo amaba, sí. Aún gobernaba mi cuerpo y mis sentidos, pero mi ofuscación comenzaba a aclararse. De sus labios no había salido la explicación que ingenuamente había esperado escuchar en nuestro encuentro. Hayzam nunca me mintió, y nunca me dijo toda la verdad. En nuestros abrazos había pronunciado muchas palabras, algunas en idiomas que yo desconocía, con ellas avivaba nuestra pasión, enfebrecía mi mente y mi cuerpo; pero ninguna de ellas eran las palabras mágicas, las que siempre había esperado y terminé por soñar, las mismas que Jasón me repetía cada mañana al despedirse: «Te amo». Hayzam nunca cambiaría, ni por mí ni por su hijo. No podía dejarme llevar de nuevo hacia el abismo.

La vida que me estaba ofreciendo sería como una montaña rusa: ascender a la gloria entre sus brazos y descender al infierno cuando nos abandonara durante semanas o meses. Y todo ese tiempo yo sabría lo que estaba haciendo, preguntándome cuántas vidas costaría esa vez su negocio.

Aunque me rompa en mil pedazos, no voy a irme con él.

-¿Qué pasa aquí? No os puedo dejar solos, ¿eh?

Ismael aprovechó el regreso de su padre para ponerse a berrear a todo

pulmón.

-Coke, eso que has hecho no está bien. Si no tienes hambre, lo dices y punto, pero no te comportes como un bebé, ya eres un chico grande. Pide perdón a mamá y te llevo a la cama, ¡te has puesto perdido! Tendremos que cambiar ese pijama. Ahora vuelvo, tranquila, parece un poco estresado.

Cuando Jasón regresó aún no había recogido todo el estropicio. Me rodeó con sus brazos y, como solía, me refugié en el hueco de su cuello. ¡Se estaba tan bien ahí!

-Ya termino yo. Vete a la cama y descansa, no tengo demasiada hambre.

Me besó en la boca y sentí su deseo palpitando contra mi vientre pero me dejó ir sin pedir más, sin agobiarme, ofreciéndome en aquel gesto todo el amor que yo no quería aceptar. No noté su desasosiego, ni el leve temblor de angustia en sus labios al separarse de los míos. Debí sentirlo, pero estaba demasiado pendiente de mí misma.

Cuando casi nos habíamos separado tiró de nuevo de mí y murmuró a mi oído:

-Te amo, no lo olvides. Sus ojos confiados rebosaban esperanza. Algo que yo no merecía, algo que no sabría si podría darle.

«El dolor da la vida». Es la alarma que avisa a nuestro organismo de que algo va mal para que reaccione y se proteja. Entonces nuestro cuerpo, nuestra mente, responde y pone los medios para que el dolor desaparezca. Yo hice lo contrario, lo mantuve conmigo. Me refugié en mi propio dolor. Me escondí de todo y de todos en él. Me dolía tu traición, tu ausencia. Me dolía la muerte de tanta gente inocente, el que yo hubiera sobrevivido, mi culpa. Me dolía mi dolor y me regodeé en él. No veía más allá. Ni el cariño de mi familia, ni la amistad de mis amigos, ni el amor de Jasón. ¿Cómo iba a ver entonces su sufrimiento? Estaba tan aislada en mi propia desesperación que no podía ver la angustia ajena, no me importaba.

Jasón seguía mirándome cuando salí de la cocina y sonó su móvil. Si hubiera retrocedido por el pasillo para volver a abrazarme a él, para hablar por fin del pasado y del presente que me aplastaban como losas, le habría escuchado responder, quizá me hubiera preguntado con quién hablaba a esas horas en un inglés tenso y cortante.

-Sí, está nerviosa y afectada, pero no me ha comentado nada... ¡No, David, no se lo voy a preguntar! Es ella quien debe contármelo. Lo único que le he dicho es que estoy a su lado.

»¿Y qué, si lo ha visto? Vuelvo a repetirte que es libre de escoger.

Siempre he sabido que había alguien entre los dos. Alguien tan importante para ella como para no nombrarlo jamás. Tú me dijiste quién era y me contaste tu versión de la historia, aún estoy esperando que ella me cuente la suya. Esa es la que realmente me interesa.

»¡Basta, David! No voy a forzar la situación. En Jerusalén me dejé convencer, coaccionar por ti para hacer algo a sus espaldas y no lo vas a conseguir de nuevo. Te digo lo mismo que Lucía: caza tu solito al Halcón y no nos metas por medio.

»Dentro de unos días Ismael y ella se van a casa de la abuela Lola en Almería, allí estarán tranquilos... No, yo no voy.

A punto de dormirme, dejé de oír la conversación y algo que se estrellaba contra la pared. Por la mañana el teléfono de Jasón estaba destrozado en el cubo del reciclaje.

-¿Qué le pasó a tu móvil? -pregunté mientras levantábamos a Ismael.

-Se me cayó. Suerte que he podido salvar la tarjeta con los contactos. Luego conseguiré otro y te llamaré.

-Me abrazó y, en la forma de hacerlo, noté un punto de desesperación.

Por fin me soltó y besó a Ismael mientras le hacía volar por los aires entre risas para despertarlo. Era el mejor padre que podía tener mi hijo. En quien se debía mirar para hacerse un hombre.

Háblame de ti

«*H*áblame de ti.» Eso me pidió la terapeuta a la que fui durante más de un año al poco de regresar de Gaza, por consejo de Sofía y por la insistencia de mi marido. No lo hice. Nunca le hablé de mí.

¿De qué Lucía podía hablarle? De la ingenua que llegó a los campos, de la enamorada, de la decepcionada, de la rota por el dolor..., de la que quedó sepultada en las ruinas de aquel hospital o de la que se perdió y fue hallada en el desierto y no se reconocía a sí misma.

Hablamos de muchas cosas, pero no de mí. Al final dejé de ir a la consulta y Jasón se molestó.

-¡No seas pesado, Jasón, por favor! Voy a creer que todos los americanos tenéis complejo de Woody Allen, pensáis que los psicólogos son la panacea y hay que visitarlos de por vida.

-Imposible, yo soy bastante más alto, y más guapo, ¿no?

Terminamos riéndonos. Jasón es así, nunca le duran los enfados.

Comencé a visitar a Paula, mi terapeuta, porque me encontré con Sofía. Nunca nos habíamos entendido demasiado bien pero casi nos chocamos y no nos quedó más remedio que saludarnos. A pesar del tiempo que llevaba fuera del programa de voluntariado, sabía algo de lo sucedido. Por mucho cuidado que David hubiera puesto en que el tema no trascendiera, siempre alguien se va de la lengua. Y además, ella era psicóloga y muy observadora, mi aspecto no debía ser el mejor del mundo.

Nos sentamos a una mesa y charlamos un rato. Estaba espectacular. Muy elegante a pesar de llevar unos sencillos vaqueros que se pegaban a su culo y sus piernas como un guante. Los altísimos tacones sobre los que yo no hubiera dado ni un paso y la carísima chaqueta de Armani le daban un look imponente. Bella, segura y satisfecha, justo como yo no me encontraba.

Casi todo el tiempo dirigió ella la conversación. Era como si intentara

llenar los incómodos huecos en que se hacía el silencio, antes de abordar el motivo real para haberme invitado a un café.

-No lo aguantaba, Lucía, ni la miseria, ni aquel ambiente asfixiante, ni la falta de todo, ni el toque de queda. No tenía el espíritu de sacrificio y la abnegación que teníais vosotros. No era lo mío. ¡La enfermera jefe era tremenda, le faltaba la fusta! Y el médico canijo aquel se creía el amo del chiringuito, siempre dando órdenes y menospreciando a los voluntarios.

-No te molestaste en conocerlos. Eran las mejoras personas con las que yo me he cruzado en mi vida. Se quedaron allí, ¿sabes?, murieron en su hospital.

-¡Lo siento! Sí, puede que fueran unas espléndidas personas y yo una jodida egoísta. Discúlpame, no sabía eso. En fin, que no era lo mío. Aunque también hubo buenos momentos, te lo reconozco. Lo del pollo y el soldado fue tremendo. Y el tío aquel, Hayzam, estaba para comérselo. De hecho me lo comí, y follaba como un dios.

Debió notármeme mucho, porque calló y me miró entre abochornada y burlona.

-Oh, oh, creo que he vuelto a ser una bocazas, ¿no? ¡Al final te enrollaste con él! ¡Lo consiguió! Estaba totalmente obsesionado contigo, Lucía. Para el tipo eras todo un reto. Ni te habías dado cuenta de que existía y eso le ponía muchísimo. Cuando estaba conmigo siempre dejaba caer alguna preguntita sobre ti: que si tenías novio, que de dónde eras, que con quién solías andar en tus ratos libres... Hasta que un día le dije que si quería una celestina no tenía más que pagarme. Era broma, claro, y además no pensé que entendiera el significado de esa palabra: «celestina». ¡Pues resulta que el tío había leído la obra! Hasta me recitó uno de los diálogos: «Yo dexo un enfermo a la muerte, que con la sola palabra de tu noble boca salida, que le lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, según la mucha devoción tiene en tu gentileza». «Si eres capaz de hacer tan buena labor como ella, te consigo lo que me pidas», me contestó. Me dejó con la boca abierta.

-¿Y qué hiciste? -Me estaban entrando unas ganas tremendas de tirarle el café ardiendo a la cara.

-Pasar de él, por supuesto. ¿O acaso te hablé alguna vez en su favor? Si consiguió algo contigo, fue él solito. Podía tener a la que quisiera, me imagino que lo sabes, pero se había fijado en ti, mira por dónde...

Notaba cómo el rubor iba encendiendo mis mejillas.

-¡Vaya, te engancho fuerte! Lo siento, Lucía. Estabas muy blandita, tal vez sí debí hacer algo. Advertirte a ti, ponerte sobre aviso. Hayzam era un

auténtico depredador. Un canalla muy atractivo.

-¡Cállate, Sofía! ¿Qué sabes tú de lo que pasó? Te largaste en cuanto pudiste. ¿Por qué te apuntaste al programa? ¿Quedaba bien en tu currículum unos mesecitos de voluntaria? ¿Era muy cool? -Sin darme cuenta había ido alzando la voz y varias mesas estaban ya pendientes de nosotras.

Sofía adoptó el modo profesional y cogió suavemente mi mano, mientras me miraba directamente a los ojos.

-Tranquila, Lucía, respira hondo, baja el tono. Tienes razón, no sé nada, a mí no me llenaba en absoluto ese trabajo, yo no conecté, por eso me marché. No viví los momentos terribles que tú has sufrido, pero como has dicho, ya pasaron, y debes aprender a vivir con ellos. -Sacó su libreta y me apuntó en una hoja el nombre y el teléfono de Paula-. Toma, Paula Saldívar es una magnífica terapeuta, tiene mucha experiencia en estrés postraumático. Puede ayudarte, llámala.

Terminé acudiendo a Paula ante la insistencia de Jasón. Durante trece meses hablamos de muchas cosas, nunca le hablé realmente de mí. Ni yo misma sabía quién era, pero sus pastillas maravillosas consiguieron que durmiera sin despertarme a gritos y, de paso, que también descansara Jasón. Me hizo bien, como sabiamente me aconsejó Sofía. Tal vez debería volver a su consulta... Estaban regresando mis pesadillas.

Por más que lo intentaba, no recordaba qué podía haber pasado con eso que perseguía Hayzam, esa memoria que quería y seguramente lo haría desaparecer de nuevo. Un simple objeto que me permitiría recuperar mi monótona pero placentera realidad.

Solo recordaba el horror, la sangre, los gritos... y el calor de mi bebé en los brazos. Empecé a caminar con él, no llevaba nada más... Pero tal vez...

Subí corriendo al altillo. Unas semanas después de volver a Madrid, justo cuando nos estábamos instalando en la casa, llegó un paquete del consulado estadounidense en Israel con una nota manuscrita de Andy: «Ya me voy, linda. Te mando tus cosas, lo que pudimos recuperar».

No llegué a abrir la caja. La escondí en el rincón más alejado del desván, nada de lo que pudiera contener me incumbía ya.

Pero en ese momento, parte de mi vida dependía de ella. La busqué y rompí el precinto diplomático aún intacto. Había algunas ropas llenas de polvo, mi portátil, mi mochila, poco más. Abrí la cremallera de la bolsa y la vacié allí mismo, su contenido se esparció por el suelo ante la expectante mirada de Ismael, que me había seguido rápidamente cuando me vio dirigirme

a un lugar tan interesante para él.

Algunos cosméticos, una *kufiya*, mi libreta y unos juguetes con los que entretenía a los niños salieron rodando. Ismael se apresuró a investigar y rapiñar lo que más le gustó. Le quité la libreta de las manos y le dejé lo demás. En ella estaba mi vida de aquella época. No era exactamente un diario, pero casi. Contenía dibujos, notas en las que plasmaba mis impresiones, fechas y cifras que debía recordar, tareas pendientes, pensamientos optimistas, frases desesperadas..., todo lo que había sepultado durante más de seis años.

En la mochila solo quedaba ya la cajita de sándalo con los zafiros de una reina. ¡Valían una pequeña fortuna y nadie los había tocado! Lo que buscaba no estaba allí. Volví a guardarlo todo salvo la cajita y el portátil, tal vez lo que me pedía Hayzam se encontraba en el disco duro. Lo abriría, si es que aún funcionaba.

-Ismael, deja de rebuscar por ahí, te estás poniendo perdido.

Vámonos.

-Hay cosas superchulas aquí, mami. Mira esto, mola.

¡El juguete! Estaba envuelto en la *kufiya* y no la había visto. Mi hijo me apuntaba con lo que pensaba era una pistolita de juguete de color rosa. Pero no era ningún juguete. Andy debió guardar la mochila sin abrir y la valija diplomática no pasa los controles habituales. Ismael me estaba apuntando con una Glock 26 cargada. Debía quitársela sin llamar su atención, sin alarmarlo.

-¡Pues mira esto! Es tu muñeco de dormir antiguo, el que me pedias el otro día. Anda, baja a lavarlo, está un poco sucio.

Entusiasmado ante la idea de que le dejara abrir los grifos, abandonó la pistola y salió corriendo hacia el baño con el muñeco. Se me escapó un suspiro de alivio y guardé rápidamente el arma entre mis ropas. Tendría que esconderla en un lugar seguro.

Lluvias de verano

Rafah, verano 2006

A mediados de junio el ejército israelí, cansado de los hostigamientos cada vez más audaces y frecuentes de los misiles Qaasam palestinos, rompió definitivamente la tregua establecida y respondió con fuego de artillería alcanzando una concurrida playa de Gaza y matando a varios civiles.

Desde que en marzo se había constituido el Gobierno de Hamás se habían sucedido los enfrentamientos con el anterior partido en el poder, Al Fatah, que había firmado el alto el fuego con Israel durante su mandato. El lanzamiento de los misiles era más un acto de rebeldía contra las negociaciones de paz y una provocación a la facción contraria que una agresión a Israel, dado que su eficacia bélica dejaba bastante que desear.

Pero en respuesta a esta agresión desmedida de los israelíes, palestinos armados cruzaron la frontera de la Franja de Gaza hacia Israel a través de uno de los túneles clandestinos y atacaron un destacamento judío, capturando a uno de sus miembros, el cabo Gilad Shalit. Esta acción fue el detonante para que Israel iniciara la que se llamó «Operación Lluvias de Verano».

A las pocas semanas el ejército israelí comenzó una ofensiva aérea y terrestre penetrando en el norte de la Franja con el fin de frustrar las amenazas terroristas y descubrir túneles y artefactos explosivos en la zona. Al mismo tiempo, la aviación llevó a cabo ataques aéreos contra las estructuras utilizadas por Hamás para almacenar y fabricar armamento, así como contra los túneles situados en la frontera entre Israel y Egipto, cerca de Rafah, en el sur de la Franja. Justo la zona donde nos encontrábamos.

Para mejorar un poco su imagen de cara a la opinión internacional, Israel lanzó desde el aire miles de octavillas alertando a la población civil para que abandonara la zona en conflicto y así «garantizar la seguridad de los residentes ajenos a las actividades terroristas».

La realidad era que los bombardeos no distinguían objetivos, dado que la inteligencia israelí sabía que Hamás escondía armamento y cohetes en hogares e instalaciones civiles. Eso, evidentemente, no se contaba a la prensa.

Era Sabbat, el día sagrado para la religión judía, cuyos fieles tienen prohibido realizar ningún tipo de trabajo entre el anochecer del viernes y el del sábado. Las patrullas israelíes se relajaban bastante, así que nosotros estábamos un poco más desahogados, y en el hospital se notaba que había menos urgencias. La melodiosa voz de la bella Amal Murkusos cantaba el dolor de su pueblo en mi iPod. Desde mi cubículo bajo la escalera veía cómo Hamid aprovechaba esos momentos de tranquilidad y hacía que Fathia y su enorme barriga se tendieran en la camilla para una exploración. Dentro de poco traería su hijo a esta tierra dura y cálida a la vez.

Tenía los auriculares puestos y la música alta. No oí el silbido del misil, pero vi la cara alarmada de Fathia mirándome. Luego la primera explosión y el techo que se derrumbaba sobre el pasillo de camas. Cuando se posó un poco el polvo no me paré a pensar que estaba viva gracias a la viga que sustentaba la escalera, ni reparé en el hilillo de sangre que salía de mi oído derecho. Corrí entre los escombros hacia el quirófano. Hamid había protegido con su cuerpo el de Fathia, pero los dos estaban bajo una pila de cascotes enormes.

Comprobé con dolor que Hamid había muerto y empujé con esfuerzo su cuerpo para llegar hasta mi amiga. Desesperada, llamé a Fathia. Su pañuelo oscuro asomaba bajo un montón de varillas metálicas con las que habían reforzado el techo. Le busqué el pulso, estaba viva y me miraba asustada.

Escuché a alguien gritando mi nombre. Debía estar ya desvariando porque me pareció reconocer la voz de Hayzam. Entonces una segunda explosión hizo temblar el suelo y terminó de derrumbar lo que quedaba del hospital. Algo me golpeó en la cabeza y todo se oscureció. Cuando recuperé la consciencia, Fathia estaba muy pálida, muy fría. Se había ido.

Todavía aturdida, me pareció escuchar el gimoteo de un bebé. Estaba muy cerca de mí. Milagrosamente una pared que aguantaba peligrosamente un montón de restos del edificio nos había protegido.

Envolví al recién nacido en una sábana y lo até a mi cuerpo como un día, entre risas, me enseñó a hacerlo Fathia: «Tienes que aprender a portar al bebé como lo hacemos nosotras. Tú también lo cargarás. Entre las dos le haremos un niño feliz».

Veía luz, un hilo de luz entre un montón de cascotes y los hierros

inclinados de las vigas que nos habían protegido; intenté mover algo pero fue inútil: salvo destrozarme aún más las manos, no conseguí más que retirar unos trozos de ladrillo.

La construcción del consultorio, como todas las de por allí, no era muy sólida, pero yo estaba agotada y aturdida. Grité, grité hasta quedarme ronca y luego me tendí exhausta. Me di por vencida, nunca saldría de allí.

Perdí el conocimiento de nuevo y me desperté sobresaltada y dolorida. El bebé se agitó y emitió un pequeño vagido, casi como el maullido de un gatito pequeño. Lo acuné instintivamente y él restregó su boquita abierta sobre mi pecho buscando alimento mientras redoblaba su llanto. Fue toda una inyección de adrenalina. Saqué fuerzas de donde no las tenía. Ya no era mi vida, era la de ese pequeño ser que se aferraba a mí, tenía que sacarlo de aquel agujero.

Y alguien nos oyó. Mis amigos musulmanes, tan religiosos, dirían que Dios se puso de nuestra parte, que no era nuestro momento; yo estuve segura que fueron las ganas de vivir de aquel pequeñín lo que nos había salvado.

Dos hombres retiraron como pudieron los cascotes y fueron ampliando el pequeño resquicio por donde yo veía luz. Me ayudaron a salir, pero cuando comprobaron que mis heridas no revestían mayor gravedad se olvidaron de nosotros para seguir buscando supervivientes.

Tenía sed, muchísima sed, y el bebé necesitaba cuidados urgentes. No sé cuánto tiempo caminé entre ruinas, heridos y cadáveres. Me cruzaba con mujeres, ancianos y niños que, igual que yo, vagaban como sonámbulos hacia ninguna parte.

Una mujer me cogió del brazo y me llevó junto a una ambulancia de la Media Luna Roja. Un joven se dirigía a mí, me retiraba el manto de la cabeza e intentaba coger a mi bebé, yo le veía mover los labios pero no entendía nada, las explosiones me habían dejado casi sorda. Aferré con más fuerza a la criatura. No me lo quitarían, era mío, mi niño, mi vida. Una sarta de improperios e insultos en palestino salió de mi boca y el muchacho retrocedió precavido.

-Agua por favor, solo agua. El chico buscó en la ambulancia y me entregó una botella mientras seguía hablándome, pero llegaron más personas heridas y se distrajo.

Aproveché el momento y rebusqué yo misma en el cajón, cogí más agua, gasas, desinfectante, guantes y varias bolsas de solución glucosa. Me escondí en una de las pocas construcciones que apenas se mantenía en pie y lavé a mi niño, revisando y desinfectando el cordón umbilical. Como en un flash, vi la

cara desencajada de Fathia gritando: «¡Sálvalo!»; pero cerré los ojos, apreté los dientes y seguí mi tarea.

Improvisé un biberón con un guante y la botella de agua, la llené de glucosa y se la di a mi hijo, estaba al borde de la deshidratación, primero me ocuparía de él, luego intentaría curar mis múltiples rasguños. Dios mío, un edificio se había desplomado sobre mí y solo tenía magulladuras, rasguños... y sangre por todo mi cuerpo, pero la mayor parte no era mía. Cojeaba, me dolía mucho la cabeza y cada hueso, y sobre todo el alma. Tenía las manos destrozadas, pero con la suficiente fuerza para cargar a mi bebé y seguir caminando.

Llegué a un puesto de socorro en el que reinaba un caos absoluto. Hamid, mi querido y admirado doctor Hamid, hubiera organizado aquello en un momento, pero él también había quedado sepultado bajo los escombros de su pobre y precioso hospital. Me tragué la angustia que me empañaba los ojos e intenté hacerme entender por una jovencísima y asustada enfermera, indicándole por señas que no podía oírla. Asintió varias veces, comprendiendo y revisando el hilillo de sangre que se escurría de uno de mis oídos. Intentó separarme del bebé, pero me negué en rotundo, desplegué el manto y le mostré el cuerpecito libre de heridas para que lo dejara en paz. Abrió mucho los ojos cuando vio el cordón recién anudado, señal inequívoca de que había nacido hacía apenas unas horas. Entonces nos acompañó a una improvisada tienda de campaña y nos dejó sobre una colchoneta junto a otras madres con sus hijos.

A mi lado una mujer que me resultaba vagamente familiar amamantaba a un niño. Fue uno de mis últimos recuerdos de aquellas horas, el cansancio, el agotamiento y el estrés me vencieron y, nada más recostarme, me quedé profundamente dormida sin dejar de abrazar con fuerza a mi hijo.

La huida

*D*esperté sobresaltada. Alguien me estaba dando unos puntos en la brecha de la cabeza, que me dolía terriblemente. Seguía aturdida, ¡mi bebé no estaba conmigo! No sabía dónde me hallaba, pero sí que debía encontrarlo. Grité, grité en palestino:

-¡Mi niño, mi niño!, ¿dónde está mi hijo?

Una mano callosa envolvió suave pero firmemente mis mejillas y dirigió mi mirada hacia la mujer que alimentaba al pequeño en su pecho. De nuevo la generosidad de este pueblo me abrumaba.

Saciado y satisfecho, el niño volvió a mis brazos. Cuando lo apoyé sobre mi hombro soltó un sonoro eructo que arrancó alegres carcajadas a las mujeres de mí alrededor e incluso a mí me hizo sonreír. La anciana -a mí me parecía una anciana, con la piel oscura recorrida por unas profundas arrugas y unos ojos vivaces y penetrantes- seguía abrazándome por la cintura y me ayudó a amarrarlo de nuevo a mi cuerpo.

Las mujeres me hablaban todas a la vez, yo solo oía un murmullo lejano de voces palestinas y miraba confusa y agradecida a uno y otro lado. Alguien me pasó un cuenco de leche agria que no olía muy bien, pero la tomé, estaba hambrienta.

Instintivamente mi cuerpo seguía pegado al de la mujer que me ayudaba, era muy morena y baja de estatura, pero sus ojos despedían una fuerza y atracción inigualables y le conferían una autoridad nata que el resto de las mujeres de la tienda reconocían. Vestía de negro con una preciosa *abaya* bordada bajo la que asomaban unos pantalones bombachos y el característico calzado de cuero repujado de los nómadas del desierto. Llevaba el pelo descubierto y sobre sus hombros descansaba un *niqab*,¹⁶ también de color negro, que de seguro la cubriría por completo en presencia de los hombres.

Chaláa, mi protectora, no era ninguna anciana. No había cumplido los 42

años, había tenido nueve hijos y solo le vivían dos. Era fuerte y dura, una auténtica beduina. Lanzó una orden rápida y cortante, y todas las mujeres, salvo la joven que había amamantado a mi hijo, su nieta, se dispersaron. Seguía acariciándome la cara y hablándome suavemente, con un murmullo tranquilizador, como una nana que me obligó dulcemente a recostarme y dormir, dormir, dormir de nuevo.

Me despertaron el ruido y las voces. En la tienda había una gran actividad y estaba mucho más vacía de como la recordaba. Mi salvadora no se anduvo con rodeos, me tendió un poco de arroz recocido y la bolsa con los suministros básicos que se da a cada refugiado para que siga su camino.

La joven estaba alimentando de nuevo a mi hijo. Enseguida me lo tendió y me sonrió mientras recogía al suyo, un bebé de unos once meses y mirada inteligente. Las dos mujeres enrollaron cuidadosamente las colchonetas y las sábanas que nos habían cubierto y me dieron la espalda. Era el momento de decidir qué hacer. ¿Debía quedarme allí esperando que alguien viniera a buscarme? Porque me estarían buscando, ¿no? Yo era una occidental, una cooperante extranjera, el equipo de rescate habría limpiado ya todo el hospital derruido y me estarían buscando..., o eso suponía.

La ocupación israelí estaba en pleno auge. La central eléctrica de Gaza había volado por los aires. Los puentes y los *checkpoints* estaban cortados. La mayoría de los túneles habían sido inutilizados. La Franja era un gueto del que no se podía salir ni entrar. El único orden que imperaba era la violencia de las patrullas israelíes en sus continuos registros y detenciones. Apenas había presencia de organizaciones humanitarias internacionales, y las que quedaban tenían bastante restringidos sus movimientos. Eran testigos demasiado incómodos.

Que alguien me estuviera buscando en aquellos momentos era poco probable.

¿Quién era yo en realidad? ¿Qué pasaría con el bebé si me encontraban? ¡Me lo quitarían, me quitarían a mi niño, a mi hijo! Un grito de angustia y terror comenzaba a formarse en mi pecho, entonces Chaláa se volvió, acarició mi frente justo entre las cejas y luego tocó el mismo lugar en su rostro. Donde su piel se fruncía en una arruga vertical había un pequeño tatuaje, yo había visto antes ese dibujo... Sí, en la boda del desierto. Aquella mujer, o su familia, debían estar allí. Entonces recordé el que unos meses antes me había hecho Fathia a mí: «Es henna. Luego si te sientes cómoda y te decides, te lo hago de verdad. Es la marca de mi gente, el emblema de mi familia, de la tuya

ahora, hermana mía. Tu estrella, Lucia, para que siempre encuentres tu camino».

Chaláa sí me había reconocido desde el principio. Sabía que algo muy fuerte me debía unir a la tribu de Fathia para llevar su enseña de identidad en mi frente. Me agaché e hice lo mismo que ellas, recoger mis cosas y seguirlas. Adonde ellas fueran, yo iría. Ahora eran mi familia y la de mi hijo.

Caminamos hacia un puesto de control israelí y me encogí temerosa, si me reconocían, si descubrían que no era palestina, me harían muchas preguntas, no me permitirían continuar. Chaláa se volvió y cuidadosamente articuló en mi oído sano:

-Yo anciana Chaláa, y ella Jamila, tu hermana; tú...

-Yo soy Noor y mi hijo Ismail.¹⁷ Cubrió mi cabeza y mis hombros con un *niqab* oscuro y me indicó que, igual que hacía ya Jamila, agarrara su brazo. Éramos dos jóvenes ayudando a nuestra abuela a caminar y cargando nuestras pertenencias.

Bajé la vista y me oculté cuidadosamente de las miradas de los soldados que custodiaban el control. Salíamos del hospital, no podíamos llevar nada peligroso. Palparon las colchonetas enrolladas, nos dijeron que no nos las podíamos llevar pero hicieron la vista gorda cuando continuamos como si no les hubiéramos entendido y nos dejaron pasar sin fijarse demasiado.

Nuestro aspecto era lamentable: sucias, con la cara llena de moretones y magulladuras y las ropas manchadas de sangre.

En unas cuantas casas destruidas más adelante nos esperaba un grupo de hombres. El de más edad interrogó con la mirada a Chaláa sobre mi presencia. Ella se limitó a decir nuestros nombres -el mío y el de mi hijo- y siguió andando. Nadie dijo nada más, mi pequeña salvadora debía ser alguien relevante en su comunidad.

Recuerdo como en una nebulosa caminar durante horas, salir del campamento, dejar atrás las ruinas, escondernos y esquivar las patrullas de soldados, llegar a las estribaciones del desierto y subir a un camión destartado. Volví a caer en un sopor extraño, oía sonidos a mi alrededor: frases sueltas en palestino y otro dialecto que reconocí como del desierto, el llanto de algún niño, silenciado inmediatamente por su madre, balidos de animales, explosiones lejanas... y la voz suplicante de Fathia: «¡Hazlo, hazlo ya!».

Me despertó el llanto de Ismail. Estábamos solos en el camión. El resto de mi gente -sí, ya los consideraba mi gente- se afanaba en levantar unas

improvisadas tiendas. Era de noche, las estrellas y las rocas nos rodeaban. Sentí frío. Me eché el *niqab* por encima, arropé bien al bebé y me uní a su tarea.

El dueño del vellocino

Desierto del Néguev. Meses más tarde

Me había alejado unos metros de las tiendas. Ismail no dejaba de llorar y yo no quería que perturbara el descanso de los demás. Dentro de escasas horas, apenas al despuntar el alba, todo el mundo y especialmente las mujeres estarían en pie para continuar el arduo trabajo de cada día.

Habían pasado casi ocho meses desde que seguí a Chaláa y Jamila al desierto. Éramos una tribu beduina muy reducida. Apenas veinticinco o treinta personas. En su mayoría mujeres y niños de corta edad. Los hombres solían ausentarse para explorar, asegurar los recorridos y evitar cuidadosamente las patrullas. Pueden moverse por el Néguev con los ojos cerrados. Son sus tierras y llevan generaciones recorriéndolo. Aunque ya quedaban muy pocas tribus nómadas. Las hostilidades y las restricciones israelíes los estaban obligando a abandonar sus costumbres y volverse sedentarios.

La vida de mi gente, nuestro día a día, era muy duro. Las mujeres no parábamos de trabajar desde el alba. Y eso me venía bien. No me permitía pensar. No me permitía recordar y cada noche caía tan rendida que ni siquiera soñaba.

Había ido aprendiendo muchas cosas: a hacer las tortas de pan sobre una piedra calentada por el sol, a aprovechar hasta la más insignificante gota de agua, a ordeñar cabras apestosas y malhumoradas, a doblegar un dromedario testarudo, a montar y desmontar nuestras tiendas, a balbucear el dialecto del desierto, a cantar sus canciones, a ocultarme bajo un velo y descubrir mi sonrisa para los míos, a respetar a los mayores y admirar sus conocimientos ancestrales. Me había acostumbrado a prescindir de prácticamente todas las cosas que manejamos habitualmente en los hogares de Occidente y no las echaba en falta. A cambio, tenía paz.

Aunque al principio fue muy duro. Las primeras jornadas se me hacían

eternas y no todos me aceptaron tan bien como Chaláa y Jamila, aún después de estos meses alguna que otra mujer y algún hombre me miraban con recelo. Un individuo en concreto, Mohamed, no me quitaba ojo. Parecía vigilarme continuamente y estaba más pendiente de mí de lo que permite el decoro que imperaba en las relaciones entre hombres y mujeres en la tribu.

Conocía a su mujer, era más joven que yo, aunque aparentaba mucha más edad, y era de las que menos sonreían, y eso que asombrosamente allí todos se reían a la mínima. Una vez comenté mis recelos a Jamila, me respondió que Mohamed no tenía hijos con su esposa y que yo ya tenía uno..., y estaba sola. Un escalofrío me recorrió la espalda. Desde entonces, cuando Mohamed andaba por las tiendas me pegaba como una lapa a Chaláa, nunca osaría dirigirse a mí con ella delante.

Pero lo hizo.

Estaba sola a unos metros de las tiendas, limpiando los cacharros de la cena. Ante mi incredulidad, me habían descubierto que la arena limpia mejor que cualquier detergente, solo tenía que pasar luego un paño humedecido para retirar los restos de polvo y dejar las ollas brillantes. La luz iba descendiendo y los primeros puntos luminosos comenzaban a aparecer en el horizonte. Sentí una respiración ansiosa a mi espalda y me volví con recelo. Allí estaba Mohamed, con esa mirada que me helaba la sangre. Tenía ganas de gritar pero me aguanté e intenté esconderle mi miedo agachando la cabeza.

Retrocedí unos pasos, justo los mismos que él dio avanzando hacia mí, y maldije mi torpeza por no llevar el cabello y el rostro cubiertos con el *niqab*. Sus ojos me recorrían ávidos y lujuriosos, sus dedos se alzaron hacia mi pelo. La olla se me escurrió de las manos y chocó estrepitosamente con las que ya estaban en el suelo. El sonido rompió el silencio del atardecer como una señal de alarma que a él lo detuvo un instante y a mí me hizo dar un salto y salir corriendo hacia mi tienda.

Jamila me vio entrar sin los cacharros y comenzó a regañarme pensando que los había olvidado. Pero Chaláa contempló adusta mi respiración entrecortada y el miedo que ya no trataba de ocultar y salió a tiempo de cortarle el paso al hombre que me perseguía. No entendí lo que hablaron, pero cuando regresó a la tienda me arrojó malencarada el velo y me ordenó que no volviera a salir sin él. La obedecí, claro, sabía que debía guardarme de Mohamed y alejarme lo más posible de él.

La noche que me encontré con Jasón salí cubierta, pero cuando creí que estaba sola, eché la cabeza hacia atrás, el velo resbaló de mi pelo, y miré el

cielo del desierto, oscuro y brillante de estrellas; como siempre, me hipnotizaba su grandeza y me daba el sosiego que yo tanto perseguía. Acunaba a mi hijo mientras le canturreaba la nana con la que Mamalola, y su preciosa voz andaluza, me dormía a mí de niña:

-«Ea, ea, mi niño, mi niño, ea. Duérmete, cariñito, que viene el coco y se lleva a los niños que duermen poco, ea, ea, mi niño, mi niño, eaaa...».

-¿Qué hace una española en medio del desierto?

Me sobresalté. Allí, apoyado en una roca solitaria había un occidental hablándome en mi idioma con acento americano. Lo miré y no dije nada. Mi instinto me pedía a gritos salir huyendo, pero algo en su actitud me lo impedía. Sus movimientos pausados, su sonrisa tranquilizadora, el brillo amistoso de sus ojos a la luz de la luna me invitaban a confiar, me hacían sentir protegida.

-Soy Jasón Williams. -No me tendió la mano, no intentó tocarme.

Aún no sabía nada de mí y ninguna musulmana, si es que yo lo era, se dejaría rozar por un hombre extraño.

-¿Jasón? ¿Estás buscando tu vellocino¹⁸ en el desierto?

Me sentía irónica y hacía mucho que no hablaba en español, me dejé llevar, era tentador un rato de charla, y podría enterarme de algo interesante. Sonrió intrigado, pero contestó rápidamente, conocía el mito. No dejaba de mirarme y, sin embargo, sus ojos no me intimidaban.

-No precisamente, pero quizás haya encontrado un tesoro, o un misterio. ¿Quién eres tú?

-Noor -contesté bajando los ojos y subiéndome nerviosa el velo.

Tal vez había cometido una imprudencia al hablar con él.

Ismail reanudó su llanto. Respiraba mal y se ahogaba. Estaba muy caliente, pero yo no tenía nada más que hierbas para bajar su fiebre.

-¿Me permites examinarlo?, soy médico. Un médico tendría medicinas, ¡antibióticos! No podía rechazar su ayuda.

-Gracias, ha cogido un poco de frío, la temperatura baja mucho por las noches, y no puede respirar. Le ha subido la fiebre pero no tengo con qué bajarla. ¿Tienes algún antipirético? -le pregunté esperanzada.

-Acompáñame, tengo el instrumental y algún medicamento en el jeep. El jefe Fáruq nos ha permitido acampar junto a vosotros por esta noche.

Volví indecisa el rostro hacia las tiendas, a mi gente no le iba a gustar que siguiera sola a un hombre desconocido, pero todos dormían. No podía perder aquella oportunidad. Mi hijo siempre primero.

Así que lo seguí, realmente su campamento estaba a escasos metros, justo

detrás de los dos destartalados camiones que tenía mi tribu. No subí al vehículo, Jasón bajó con un estetoscopio y un maletín bastante bien equipado.

Descubrí el cuerpecito de Ismail para que lo auscultara y Jasón abrió los ojos alarmado. De pronto yo también lo vi a la luz de los potentes faros del vehículo: el bebé tenía el abdomen cubierto de manchas rosadas y las fontanelas ligeramente abultadas. Fiebre alta, manchas, llanto persistente, escalofríos... El cuadro clínico estaba claro, Jasón hizo la última comprobación: el bebé no doblaba el cuello.

-Me temo que tu hijo... necesita urgentemente un hospital. Aquí no tengo medios para determinar qué tipo de...

-Qué tipo de meningitis tiene -le dije, yo misma pronuncié lo que Jasón temía comunicarme.

-¿Tienes conocimientos sanitarios? -Me contempló extrañado pero no preguntó nada más-. Creo que sí, que podría ser meningitis. El cuadro coincide, pero no puedo decir si es vírica o bacteriana sin una punción lumbar. Además deberíamos aislarlo, hay muchos niños en las tiendas, no se deben correr riesgos.

No tardé ni treinta segundos en decidirme. Yo también sabía eso. Mi hijo necesitaba atención en el menor tiempo posible y yo no podía poner en peligro la seguridad de quienes me habían acogido exponiéndolos a un contagio.

-¡Llévanos, por favor! Quédate un momento con el niño, voy a recoger mis cosas y comunicárselo a Fáruq.

-Pero tu esposo... -objetó dudoso.

-No tengo esposo... Murió.

-Miré a Jasón con ojos suplicantes.

Ya habría tiempo de explicaciones, de inventarme algo más o menos creíble.

El regreso

*E*ntré corriendo en la tienda; Chaláa ya estaba levantada y Jamnila abrió los ojos soñolienta y alarmada.

-Ismail está muy enfermo, tengo que llevarlo al hospital más cercano, además puede ser contagioso para los otros niños. El médico blanco se ha ofrecido a llevarme en su vehículo. Debo irme, tengo que pedir permiso a Fáruq. Yo..., ¡Chaláa, qué voy a hacer!, ¿cómo voy a volver?, pero si me quedo puedo perder a mi niño también. Y puedo ponerlos en peligro a vosotros.

Me había derrumbado, todo mi cuerpo temblaba y las lágrimas eran como un torrente que entrecortaba mis palabras. Llevaba meses reprimiéndolas y ahora por fin volvían a correr por mi rostro, recordándome que tenía que dejar de huir, que tenía que regresar y enfrentarme a la realidad, por muy dolorosa que fuera, si quería salvar a mi hijo.

-Esto tenía que llegar, muchacha. Vuelve, regresa con los tuyos. Vive y dale una vida a tu hijo. Voy a por Fáruq -dijo Chaláa-. Se lo explicaré y lo entenderá.

Mientras recogía mis pocas pertenencias en una preciosa bolsa tejida por Jamila, Fáruq y varios hombres entraron en la tienda. Todos estaban de acuerdo en que debía marcharme para no contagiar con la enfermedad de Ismail a los otros niños de la tribu, pero uno de ellos, Mohamed, me miraba irritado y con desconfianza. Insistía en ser él quien nos llevara.

Me negué. No me gustaba Mohamed, no me gustaba cómo me miraba y los derechos que pretendía llegar a tener sobre mí.

Una vez más Chaláa se puso de mi parte. El coche del médico blanco aguantaría los cientos de kilómetros de desierto que nos separaban del hospital más cercano. Nos llevaría rápido y seguro y, lo más importante, la tribu no podía arriesgarse a averiar uno de sus preciados camiones en una loca

carrera para salvar al niño de una blanca. Aunque llevara meses conviviendo con ellos como una más, mi sangre no era de su tribu.

Fáruq estuvo de acuerdo, la seguridad de la tribu era la prioridad, la decisión estaba tomada. Me acompañaron hasta el jeep de Jasón. Chaláa me besó en la frente e hizo unos extraños signos sobre mi cabeza y la de Ismail.

-Para que volváis con nosotros, hija mía. No importa cuánto tiempo pase, volveréis. Jamila me abrazó desconsolada y me llamó hermana en su dialecto del desierto.

Mohamed seguía mirándome con resentimiento e intentó subir al coche con nosotros pero Jasón le aseguró a Fáruq que nos protegería «con su vida y con su honor», y que el vehículo iría más rápido con solo dos ocupantes. El jefe lo obligó a bajar del asiento donde ya se había encaramado. Mohamed era de los pocos conductores con que contaba la tribu, no podían prescindir de él por acompañar a una mujer que no era de su familia. Suspiré aliviada cuando lo vi acatar la orden a regañadientes. No me gustaba, definitivamente no me gustaba ese tío.

Por fin arrancamos. Miré a mi familia de acogida hacerse rápidamente pequeña en la distancia y ocultarse tras la nube de polvo que levantó el todoterreno. Me habían salvado la vida, me habían devuelto la cordura con su cariño y su amistad. De nuevo debía enfrentarme a la realidad que mi mente había querido negar. Pero al menos ahora, gracias a ellos, era más fuerte.

Acuné a Ismail, que se había medio dormido con el traqueteo. Seguía ardiendo y de vez en cuando se agitaba nervioso. Durante unos kilómetros ninguno hablamos. Las lágrimas resbalaban en silencio por mis mejillas. Sin aspavientos, con resignación. Estaba haciendo lo que debía, lo que tenía que hacer. Por Fathia, por Hamid, por los que habían quedado sepultados mientras yo había sobrevivido. Por todos ellos debía regresar a la vida.

Volví a tocar preocupada la frente de mi hijo y la voz sosegada de Jasón rompió el silencio.

-Le he dado un calmante suave, y un antipirético, no se despertará. Toma, envolveos en esto. -Me alargó una brillante manta antihipotermia y no pude evitar una sonrisa.

-Vaya, por fin aparece el vellocino de oro.

Él también sonrió, no objetó nada ante la tremenda pedantería que acababa de soltar, y esa sonrisa me infundió más calor que cualquier manta.

-¿Vas a decirme ahora quién eres?

-Me llamo Lucía.

-¿Lucía a secas?

-Puedes llamarme Noor, si prefieres -insistí cerrándome en banda. No iba a facilitarle más información.

-Vale, Lucía-Noor. Nos quedan dos o tres horas de camino y tengo un poco de sueño, así que como veo que no estás muy habladora, te contaré yo mi vida para no dormirme.

Y habló. Durante todo el viaje me contó quién era, qué hacía, cómo se llamaban sus padres, dónde había estudiado..., me distrajo para aliviar mi preocupación. Me hizo sentir segura, protegida, hacía mucho tiempo que no me sentía así.

Por fin llegamos a una aldea con un modesto dispensario. Tan modesto que no disponía de medios para atender debidamente a mi hijo. El hospital más cercano estaba en Hebrón, a más de cien kilómetros y sin carreteras. Mi niño estaba perdido. O no.

-Sutherland. David Sutherland, Oficinas de la ONU en Tel Aviv o el consulado estadounidense en Jerusalén. Llámale, por favor, él nos puede ayudar.

Vi la sorpresa en los ojos de Jasón pero no dijo nada, marcó el número en el móvil vía satélite que llevaba, y preguntó por David en inglés.

-¿Quién digo que le llama?

-Lucía Álvarez de Castro.

Luego me pasó el teléfono.

La voz modulada y siempre contenida de David me hizo cerrar los ojos. Ya no había vuelta atrás.

-David, ayúdame. Sácanos de aquí, por favor.

-¡Lucía! My God! Muchacha, ¿dónde te habías metido? Te dábamos por muerta.

-Ahora no, David, ahora no, luego te explico lo que quieras. Todo lo que quieras y pueda recordar, pero sácanos de aquí. Mi niño, mi hijo, está muy mal, tengo que llevarlo a un hospital urgentemente.

-¿Tu hijo? Pero qué demonios... -David Sutherland acababa de soltar una palabra fuera de tono, increíble. Pero inmediatamente su mente práctica y fría entró en funcionamiento-. ¿Dónde estás?

-No lo sé exactamente... Te paso con la persona que me ha traído.

Jasón cogió el móvil.

-Jasón Williams al aparato. Mister Sutherland, estamos en un puesto hospitalario a unos 340 kilómetros de Hebrón. Soy médico. Creo que el bebé

tiene meningitis, pero aquí no hay medios para realizar el diagnóstico correcto. Hay que trasladarlo con urgencia a un hospital equipado adecuadamente. ¿Puede ayudarnos? Tengo un jeep pero tardaríamos mucho tiempo en llegar por nuestros medios.

-Páseme las coordenadas y sitúense a la vista, les mando un helicóptero que les llevará directamente a Jerusalén. Lo tendremos todo preparado. ¿Dónde encontró a Lucía? ¿Cómo está?

-En el Néguev. Ella parece estar bien. Es una mujer muy fuerte -dijo al teléfono mientras me sonreía intentando darme ánimos. Era consciente de que mi angustia iba más allá de la enfermedad de Ismail.

-Gracias, Williams. Tardaremos lo menos posible.

Apenas cuarenta y cinco minutos más tarde llegaba un helicóptero con la bandera estadounidense y un asombrado Andy Wilder se bajaba de un salto y me daba un abrazo de oso con los ojos a punto de desbordarse.

-Lucía, pequeña, gracias a Dios que estás bien, que te devuelve a nosotros.

-Mi niño, Andy. Mi niño.

-Es lindo, Lucía, tan lindo como tú, criatura.

Llorábamos los dos. Aquello era todo un culebrón impropio del Andy que yo conocía. Se repuso rápido. Tendió su mano a Jasón y se presentó:

-Andy Wilder. Jasón Williams, ¿verdad? ¿Nos acompaña, doctor?

-No puedo, lo siento. Tengo que regresar con mi equipo.

Estrechó la mano a Andy y se dirigió a mí con un guiño amable.

-Sé que te quedas en buenas manos, Lucía. Nos veremos en cuanto me sea posible. No creas que te has librado de mí. Volverás a tener que aguantar mis peripecias familiares y mis aventuras, he descubierto a mi oyente favorita y no voy a perderla.

Me acarició la mejilla en un gesto cálido y besó a Ismail en la frente. Una oleada de cariño nos envolvió y creo que supe en aquel momento lo importante que sería para nosotros aquel hombre que nos había ayudado sin preguntar y sin pedir nada a cambio.

Los días se sucedieron en un torbellino. El ritmo lento que había acompañado mi vida durante los últimos ocho meses se había terminado. Afortunadamente la meningitis de Ismael era benigna y al cabo de unas semanas estaba prácticamente recuperado. Siempre me había demostrado sus ganas de vivir y ahora tampoco me fallaba.

Entonces ya no pude escapar de David. Sobre todo desde que me puso su

móvil en la oreja y escuché los sollozos de mi madre.

-Mamá, por favor, cálmate. Estoy bien. Estamos bien. Tengo un hijo mamá, tu nieto se llama Ismael. Es precioso, mamá. Él me ha salvado, me ha dado la vida. Lo verás pronto... espero -dije esto último mirando con ojos suplicantes el gesto serio de David.

-Estás ya en condiciones de hablar, Lucía.

-Estaba muy confusa, David. Me desperté en un hospital de campaña con Ismael. No recuerdo mucho salvo las explosiones, la sangre, los gritos y el techo que se derrumbó sobre nosotros.

-¿Eso es todo?

-Es todo lo que recuerdo. Lo que puedo y quiero recordar. Y créeme, no quiero recordar nada más. Ni tú ni nadie quiere que recuerde más. ¿Cuántos sobrevivimos, David?

David cerró los ojos y agachó la cabeza.

-Ismael y tú.

-Entiendes que no quiera ni pueda recordar. Porque si recuerdo, David, y alguien me pregunta, es posible que la prensa internacional se entere de que inexplicablemente la supertecnológica y bien equipada aviación israelí confundió un hospital de la ONU con un objetivo militar y creo que eso no lo olvidarán fácilmente.

-Os alcanzó un misil, Lucía, pero hubo muchas más explosiones.

Había todo un arsenal de armamento oculto en las instalaciones que pulverizó por completo el campamento.

-¡Qué dices! Allí solo había alimentos y medicinas. Lo poco que nos enviabais.

-Alguien que conocía el campamento escondió muy bien las armas. El misil provocó una reacción en cadena. Callamos y nos miramos desafiantes. Ninguno dijo nada pero estábamos pensando en la misma persona.

-¿Ese bebé...?

-Este bebé es Ismail, mi hijo -casi grité poniéndome tensa.

-Tiene los ojos muy azules. ¿El padre...?

-El padre no está, David. Yo soy su madre y nada ni nadie me va a separar de él, ¿lo tienes claro?

Inexplicablemente no me preguntó mucho más. Supongo que indagaría por su cuenta, tenía todos los medios a su disposición para averiguarlo.

El asunto de los papeles era más complicado. En unos días yo tenía de nuevo mi pasaporte, pero oficialmente Ismail no existía ni había ningún

registro de su nacimiento. Solo mi palabra de que yo era su madre. El papeleo y la burocracia palestina podían retrasar la documentación eternamente.

¿Sería eso lo que me decidió? Quiero creer que no, que había razones mucho más poderosas que yo no reconocía conscientemente, pero estaban ahí, para aceptar tan rápidamente la proposición de Jasón Williams.

Un papá para Ismael

*L*os intereses internacionales arrojan de continuo una lluvia de promesas sobre esta tierra tan ávida de esperanza que las absorbe por completo, y están enterradas en la arena tan profundamente que nadie las encuentra. Como un tesoro arqueológico más de los que abundan en la zona: «Negociaciones de Paz», «Hoja de Ruta», «Alto el fuego», «Apertura de pasos», «Paralización de nuevos asentamientos»... Promesas, promesas. Promesas de arena que ninguna de las partes tiene ya en cuenta aunque conozcan su existencia.

A finales de noviembre de 2006 se había firmado un nuevo alto el fuego. Estábamos en un periodo de aparente calma. Aparente porque las provocaciones de uno y otro lado continuaban y las redadas en los territorios palestinos se sucedían noche tras noche. La situación, lejos de unir a las diversas facciones palestinas contra su enemigo común, había recrudecido los desacuerdos y la lucha interna entre Hamás y Al Fatah. Ni a un solo occidental se le permitía ya la entrada en la Franja, era demasiado peligroso y las organizaciones no gubernamentales no querían ni se podían permitir arriesgar las vidas de sus cooperantes.

Jaime había regresado a España. Andy partía hacia otro destino en unas semanas. David andaba de acá para allá. Mi familia de acogida se escondía en algún punto del Néguev y yo los había dejado voluntariamente, ya no podía volver. Ismail y yo estábamos solos en Jerusalén. Añoraba a mi madre, el abrazo protector de mi padre, la casa de mi abuela...

Jasón apareció por el hospital a los pocos días de nuestro ingreso. Yo ya había cambiado mis ropajes beduinos por unos vaqueros y una camisa occidentales, pero seguía llevando la *kufiya* al cuello... y mi tatuaje de henna en la frente, aunque ya comenzaba a borrarse.

Inmediatamente se hizo cargo de la situación. Revisó todas las pruebas que le habían realizado al bebé.

Consiguió que dejaran de molestarme para que me hiciera un chequeo completo, a lo que yo me negaba insistentemente. Y me arrancaba de la cabecera de Ismael por algunas horas.

Día a día vi crecer en su mirada el cariño primero y algo más profundo después. Durante los casi dos meses que pasamos Ismail y yo en el hospital y luego en un pequeño apartamento mientras intentaba conseguir la documentación necesaria para expedirle un pasaporte, Jasón no se separó un momento de nosotros.

Paseamos cada día por Jerusalén, me habló sin cesar, bromeó, me confesó que le apasionaba España, que había vivido casi cinco años en Barcelona y por eso hablaba también el idioma ¡y chapurreaba catalán! Que le habían ofrecido un puesto en una multinacional farmacéutica en Madrid y le tentaba mucho aceptarlo. Llevaba demasiado tiempo investigando sobre el terreno y ya no tenía edad para aguantar tanto trajín.

-Casi treinta y dos, Lucía, aunque me pese creo que va siendo hora de meterme en un despacho.

-Pues para ser un viejales, te veo bastante bien.

-Yo sí que te veo bien. -Se ruborizó un poco, estos americanos siempre tan *polite*-. Bueno, quiero decir que estás más relajada, más tranquila y eso te sienta bien, ¿no?

-Gracias a ti. Te estaré eternamente agradecida por traernos a tiempo a un lugar donde podían atender a mi hijo.

-Es un niño precioso y fuerte. Los dos lo sois...

-¿Me estás tirando los tejos, Jasón Williams? -dije burlona para romper el incómodo momento.

-¿Dejaste algo o a alguien en ese desierto que te obligue a volver, Lucía? No te pongas en guardia. No quiero saber nada que tú no me quieras contar. Pero sí quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesitéis, que seguiré contigo hasta que me eches de tu lado.

¡Ese hombre era increíble! El destino me estaba ofreciendo una nueva oportunidad. No podía dejarla escapar. Lo miré: tan noble, tan franco, un hombre cabal. Era guapo, tenía los ojos dorados, el pelo muy claro y unos labios siempre sonrientes y amables. No poseía el atractivo misterioso y peligroso de Hayzam, carecía de su magnetismo, pero irradiaba confianza por los cuatro costados. Cogí su mano, grande y suave, y me dejé abrazar escondiendo la cabeza en el hueco de su cuello.

No sería el amor de mi vida, ese había quedado sepultado bajo un montón

de cascotes y de promesas rotas; pero sí el hombre con quien la compartiría.
-Sácanos de aquí. Llévanos a España.

Nos casamos en la embajada estadounidense en Jerusalén. David y Andy fueron nuestros testigos. Una vez más, David Sutherland movió sus contactos e Ismail se convirtió en Ismael Williams. Tenía sus primeros dientes, partida de nacimiento, cartilla de vacunación, pasaporte... Era ciudadano americano y nada lo retenía ya en Israel. A los pocos días lo conocían sus abuelos en el aeropuerto de Barajas.

Mi madre lloraba sin recato. Mi padre contenía las lágrimas a duras penas. Mamalola me acariciaba el pelo como cuando era niña. Estaban todos, hasta Jaime y su novia María, esperando su turno a respetuosa distancia. Y afortunadamente nadie de la prensa. David había puesto especial cuidado en que nada se filtrara. A fin de cuentas solo éramos un matrimonio estadounidense que regresaba a España a visitar a su familia después de una temporada en Palestina.

Nos abrazábamos en plena terminal como en un episodio de telenovela. La risa de Ismael y el español con acento americano de Jasón interrumpió el dramón y nos arrancó a todos una sonrisa. Mi marido se presentó él mismo y depositó a nuestro hijo en los brazos de su bisabuela mientras le daba un beso. En unos segundos se los ganó a todos. Los inundó con su cariño como había hecho con nosotros.

Una vez más volví a preguntarme: ¿por qué yo? Por qué aquel hombre íntegro había escogido a una española desconocida que encontró en el desierto para compartir su vida con ella y con su hijo. Por qué sin preguntas, sin condiciones, nos había brindado su amor y había unido su destino a una mujer que apenas conocía de unas semanas y a un niño que no llevaba su sangre. Y, por segunda vez, seguía sin tener la respuesta.

Realmente, como dijo Blaise Pascal hace más de tres siglos: «El corazón tiene razones que la razón no entiende». Eso sí podía comprenderlo porque yo aún seguía amando al hombre que casi nos mata a mi hijo y a mí. A pesar de todo, a pesar de mí misma, le seguía amando.

Recordé a Fathia cuando me aseguraba que mi estrella, fuera cual fuera, velaba por mí.

Adiós, mi amor

Almería, Isleta del Moro

*E*n verano la arena se llena de chiringuitos y toldos que alojan a bulliciosas familias completas. En el pueblo no hay ni una habitación libre y encontrar sitio en la terraza del hostel mirando al oleaje es imposible. Pero a mediados de marzo, Isleta está desierta. Los pocos habitantes que alberga trabajan en los invernaderos o duermen durante el día tras una ajetreada noche descargando las lanchas del contrabando. El trabajo no abunda en esta Andalucía profunda y cada cual sobrevive como puede, sin mirar, sin oír, sin querer conocer los asuntos del vecino. Sobre todo los que suceden en la playa de madrugada.

Un puñado de casas blancas, modestas y chatas rematadas por una azotea, como las que se pueden encontrar unas pocas millas enfrente, al otro lado del Estrecho, y un paisaje desértico que me transportaba a otros lugares desolados y sepultados en mis recuerdos; eso veían mis ojos desde la mesa frente al mar que había pedido al camarero que me sacara.

Hacía un rato que esperaba a Hayzam, supongo que el aburrido muchacho que veía un programa matinal en la televisión tras la barra se estaba preguntando qué pintaba una loca de Madrid sola por allí, con aquel levante del demonio, pero se limitó a encogerse de hombros y colocar una mesa y dos sillas mirando al azul grisáceo que golpeaba con furia de invierno la arena.

«Tal vez no venga», pensaba esperanzada. «Tarda demasiado», me decía intranquila al segundo siguiente.

Como siempre, sentí su mirada antes de escuchar su voz e inmediatamente sus labios sobre los míos en un beso ligero preñado de promesas. Unas promesas en las que yo ya no confiaba.

-¡Estás helada! Lo siento, me he retrasado. Ven, paseemos para entrar en calor. He visto un promontorio precioso detrás de la ensenada. Recuerdo que

te gustaban las puestas de sol.

Me arrebujé en sus brazos.

-Tiene gracia -le comenté-, ¿sabes cómo llaman a ese lugar? Isleta del Moro. Era refugio y descanso para los piratas berberiscos que arrasaban estas costas.

-Seguro que en otra vida amarré aquí mi goleta. Me encantará conocerlo contigo.

Caminamos en silencio hasta subir al mirador, en agosto repleto de curiosos y en ese helado atardecer, totalmente solitario. Una simple baranda de hierro disuadía de asomarse a la impresionante mole rocosa contra la que chocaba con furia el oleaje. Hayzam se sentó temerario sobre ella y me interrogó con la mirada.

-¿Lo tienes ya todo listo, princesa? ¿Le has hablado a Ismail de mí?

Sonreí con tristeza.

-No hace falta que des rodeos, Hayzam, no es a nosotros a quien quieres llevarte. Ismael y yo no te importarnos realmente, los dos lo sabemos. No vamos a irnos contigo. Vi cierto asombro en su expresión: «¿Al Halcón intentaba escapársele su presa?».

-¿Qué más quieres que te explique, Noor? No desaparecí por gusto. En cuanto me ha sido posible he regresado para buscaros.

-Halcón, ya no me engañas. O mejor, no me engaño. ¡Seis años! Es demasiado tiempo hasta para ti. ¿Cuánto tardarías de nuevo en desaparecer, en aburrirte de mí? Volver a verte, saber de ti, me ha devuelto la vida. Me ha devuelto la cordura. Eras un sueño, una maldita pesadilla que por más que intenté no podía sacar de mi alma.

»Nunca amaré como te he amado a ti, Hayzam, como te amo; pero no eres bueno para nosotros. Si estuviera sola, si no existiera Ismael, no dudaría un segundo en seguirte al infierno. A pesar del daño que causaría a quienes me lo han dado todo, a pesar de la persona que me ama mucho más de lo que tú puedas decir amarme. Pero no arrastraré en mi locura a mi hijo y jamás lo abandonaré.

»No sé qué tenía la memoria USB que me pides, ni siquiera recuerdo haber guardado algo parecido a un pendrive. Busqué en las pocas cosas que se recuperaron y no está, debió quedar sepultada también bajo todo lo que tú y tus mentiras enterrasteis. Pero encontré esto, valen una fortuna y no los quiero. Ahora sé a costa de qué pudiste conseguirlos.

Aprisionó mi mano con la cajita de los zafiros y me atrajo hacia él. Posó

sus labios en mi hombro y recorrió despacio el camino hacia mi nuca. La carne se me puso de gallina, mi traicionero cuerpo respondía de inmediato a sus caricias. Él sonreía seguro de sí mismo, de su victoria.

-¿A qué viene este discurso melodramático? Vendrás conmigo, claro que vendrás. Y de cualquier forma me llevaré a Ismail, es mi hijo. He venido a por él.

Puse toda mi fuerza de voluntad en librarme de su abrazo, pero él me sujetó más fuerte.

-Vamos a recoger al crío, un barco nos espera en el puerto de Almería para llevarnos a Túnez. Allí estaréis muy bien, seremos felices, Noor, una familia, como tú quieres.

-¡Suéltala! Jasón estaba a pocos pasos de nosotros. Firme, templado y seguro, me liberó de Hayzam y me colocó detrás de él.

-¡¡No!! No tienes ningún derecho sobre ese niño. Lo perdiste cuando lo abandonaste a él y a su madre. Por primera vez veía juntos a los dos hombres de mi vida. Jasón era más alto que Hayzam, más espigado, y a pesar de estar conteniendo su furia parecía muy sereno. Hayzam era más fuerte, más duro y peligroso, había sentido su violencia cuando me había agarrado un momento antes. Una sensación física que mi cuerpo no reconocía y estaba rechazando. Había cambiado, su alma se había vuelto más oscura de lo que yo podía recordar. Por primera vez me dio miedo y, cobarde, retrocedí dejando que se enfrentaran.

-Márchate, vuelve a tus sucios negocios y olvídanos -continuó Jasón-. Déjanos en paz. Lárgate antes de que lleguen quienes te persiguen. He mandado a Sutherland un mensaje indicándole dónde estamos.

-Vaya vaya con tu maridito haciéndose el valiente. ¿Cómo te atreves a amenazarme, capullo? ¡Son mi mujer y mi hijo y me los voy a llevar! Reconocí al Hayzam arrogante y despiadado, el que intimidaba a todo aquel al que no podía engatusar con su encantadora sonrisa.

-¡Ven aquí, Noor! -intentó agarrarme de nuevo pero Jasón le sujetó el brazo.

Hayzam le respondió con un puñetazo en el estómago que le dobló en dos. ¡Mi dulce Jasón! No creo que se hubiera peleado con nadie en su vida y ahora lo estaban golpeando por mi culpa.

-¡Basta! Yo no soy tuya, Hayzam, no te pertenecemos. ¡Ningún ser humano pertenece a otro! Tú nunca nos has querido, ni al niño ni a mí. La persona que ama no exige, se entrega. Algo que tú ni puedes imaginar... No tengo lo que

venías buscando, no nos vamos a ir contigo, no insistas. Si en algo me aprecias, sal de nuestras aburridas vidas, por favor. Pero mi amable Jasón me sorprendió. En cuanto recuperó el aliento lanzó a Hayzam al suelo de una patada.

-¡Qué ganas tenía de partirte la cara, cabrón!

Se enfrascaron en una pelea de película, solo que los golpes eran muy reales y, por muy motivado que estuviera Jasón, no podría superar la experiencia y el entrenamiento del Halcón.

Hayzam sabía luchar y lo hacía muy bien, era frío y contundente; lo había comprobado por mí misma en una ocasión en que se enfrentó de broma a un cooperante que presumía de ser un experto en capoeira. Le dejó exhibirse, le dejó cansarse, fingió desconcierto y se dejó tirar en dos ocasiones para levantarse entre las risas de los críos; cuando se aburría, plantó firmes las dos piernas en el suelo, esperó a que su rival se acercara confiado y lo noqueó de un directo a la mandíbula. Era solo un juego, pero él nunca juega y si lo hace es para ganar. Le saltó uno de los incisivos y consiguió cabrear muchísimo a Andy.

Sabía que Hayzam no mostraría piedad, Jasón tenía las de perder, se había atrevido a hacerle frente y lo machacaría. Estaban peligrosamente cerca de la baranda, debía parar aquello como fuera.

El disparo al aire cortó en seco la pelea. No sé por qué había metido en mi bolso el juguete, pero ahora empuñaba la Glock de color rosa con ambas manos y apuntaba al hombre que más había amado en este mundo. Todo mi cuerpo temblaba.

-¡Por favor, déjanos, márchate! -supliqué una vez más.

-Dame eso, princesa, no te gustan las armas, ¿recuerdas? -me hablaba muy despacio, susurraba, ronroneaba casi, mientras hacía ademán de acercarse a mí.

Tenía tanto miedo por Jasón, por Ismael, por mí, por todo lo que había pasado y todo lo que se estaba viniendo abajo que cerré los ojos y aferré aún más fuerte la pistola. El arma se disparó. Tras el estampido los abrí asustada y vi la cara de sorpresa de Hayzam y cómo su cuerpo volteaba sobre la barandilla.

-¡No! -Corrí hacia el borde y los brazos de Jasón me detuvieron, impidiendo una vez más que yo también cayera-. ¿Qué he hecho, qué he hecho? ¡Lo he matado!

-No le has dado, Lucía, se ha sobresaltado y ha tropezado. ¡Ha sido un

accidente! Cálmate, llamaremos a Emergencias, a la Policía, a quien sea.

Nos asomamos con cuidado; no había ningún cuerpo en los escollos ni flotando en el agua.

En el canal que separaba el mirador de la Roca del Moro varias personas parecían hacer surf. Una de ellas salió del agua en la isleta y se quitó las gafas y el gorro de neopreno. Hizo un signo de negación hacia la carretera que bordeaba la playa.

Junto a un Lexus negro con los cristales tintados había un hombre impecablemente vestido con un asombroso parecido a David Sutherland.

-¿Es David?

-Te juro que yo no lo avisé. Fue un farol. Decidí tomarme unos días y bajar a pasarlos con vosotros. Vi tu coche aparcado en el hostel, pensé que estabais paseando por aquí y me acerqué caminando. No te vigilaba, Lucía, nunca lo he hecho.

El Lexus nos cortó el paso cuando bajábamos. Sí, era David.

-¿Vais a casa? Doña Lola está un poco intranquila, hace mucho que saliste, Lucía.

-¿Lo has visto, David? Hay que avisar...

-Tenéis que iros a casa, la tarde se está poniendo muy desapacible. ¿Siempre hace tanto viento aquí? No, Lucía, no he visto nada ni a nadie, salvo a vosotros contemplando el paisaje allá arriba. La persona que has creído ver desapareció hace seis años en un bombardeo israelí sobre territorio palestino. Y está mejor así, créeme, nadie le va a echar de menos. Espero que, con el tiempo, tú tampoco, Lucía.

La verdad no hace libres

-¡*E*stás loco! ¡Ni te imaginas a quien te enfrentabas! No tenías ninguna posibilidad. ¡Iba a destrozarte!

-¿Desde cuándo lo sabes?

Estábamos en la casa, en la azotea, a pesar del viento cargado de arena que nos arañaba la cara y enredaba mi cabello. Teníamos que hablar. Por fin debía hablar. Mamalola leyó en nuestros rostros la tormenta y con su habitual discreción se ofreció a bañar a Ismael para dejarnos solos.

-Desde Jerusalén. Yo mismo hice las pruebas de ADN en el hospital, David me lo pidió.

-David, claro, típico de él, no deja un cabo suelto. Pero ¿por qué te lo pidió a ti?

-No quería que el tema trascendiera, tenía que quedar entre nosotros.

-Querrás decir que quería conservar en secreto la información por si le servía en un futuro para algo.

-David me abordó un día cuando te dejé en el hospital. Habíamos estado hablando y tú..., my God!, me habías pedido que os llevara conmigo. Estaba tan feliz y tan preocupado, no sabía cómo podría sacaros de allí. El papeleo se retrasaba de forma desesperante y yo notaba que estabas al borde de tus fuerzas. Sutherland se presentó, me invitó a tomar una copa; ya sabes, es encantador y su amabilidad te envuelve. Me desahogué, se lo conté todo. Justo lo que él buscaba.

-¿Qué sabes del pasado de Lucía? ¿Te ha contado quién es el padre de su hijo?

-Eso no me importa. Ella no quiere recordar, no la voy a obligar. Y para mí solo cuenta el futuro que tengamos juntos. La amo, David, Y estoy

dispuesto a ser el padre de Ismael, el mejor padre.

-Muy nobles sentimientos, pero no creo que conmuevan a las autoridades palestinas..., a no ser que tengan una prueba fehaciente de que el niño es hijo de una europea y no tiene un padre palestino. Lucía tenía una relación con Hayzam Kenway, un personaje un tanto oscuro y de origen palestino. Unas pruebas de ADN nos pueden dar una respuesta suficiente para que concedan los permisos.

-Pero también pueden confirmar las sospechas que tienen y retener al niño como ciudadano palestino. Lucía nunca lo abandonará.

-Depende de quién haga las pruebas y qué resultados arrojen los marcadores. Tú eres un investigador de prestigio, nadie dudará de ti.

-¿Me estás pidiendo que falsee las pruebas?

-Digamos que simplemente te estoy pidiendo que «las interpretes». No tenemos material genético del padre, así que solo podríamos basarnos en las del bebé y Lucía.

-Otro obstáculo. No creo que Lucía se preste a facilitárnoslo, y legalmente debe dar su consentimiento.

-Bueno, no tiene por qué darlo. Para ti será fácil conseguir una pequeña muestra, siempre estáis juntos. Confía en ti.

-No puedo hacer eso, sería desleal.

-Sí, tienes razón, es ilegal, es desleal y la organización tendría problemas si se descubriera. Pero nadie tiene por qué enterarse, salvo tú y yo. Quedaría demostrado que Ismael es hijo de Lucía y de padre europeo. No diferiría en mucho de la verdad, la mitad de la sangre de Hayzam Kenway es inglesa. Luego, tras el matrimonio, se convertirá en tu hijo y tendrá nacionalidad estadounidense. Nadie os impedirá salir de los Territorios, ni de Israel.

-Lucía no me lo perdonará, debo contárselo.

-Y si le pides permiso, no te lo dará. Es muy testaruda, la conozco. Valiente y cabezota. Ella quiere y, además necesita, escapar cuanto antes de aquí. Si Hayzam los encuentra, la perderás. Puede que ella dude en acompañarlo de nuevo, pero nunca abandonará a Ismael, como bien has dicho; y él intentará llevarse al niño. Piénsalo. Con esas pruebas puedo arreglar los papeles para que os caséis en apenas una semana.

-Las hice, claro que hice esas pruebas. Y las «interpreté» y se las entregué a David. Debió de sorprenderse, porque sonrió y murmuró entre dientes: «Brava, Lucía». Ismael debía salir contigo de la Franja.

-¡Nos habéis utilizado como cebo para capturar al Halcón! ¡Dios, qué

ingenua he sido! Siempre lo has sabido y le seguías el juego a David, por eso estás con nosotros... Y yo convencida de que tú eras el bueno de la película.

-Yo os amo, Lucía. Sois mi vida. Por eso, como dices, le seguí el juego a David. Porque tenía que sacaros de allí a costa de lo que fuera. Incluso de seguirle el juego a David. Esperaba que en algún momento confiaras en mí y me contaras la verdad. Te prometí que no preguntaría y no lo hice. Me importa una mierda de quién es Ismael. Lo he criado, no tiene otro padre que yo. Es mi hijo y tú eres mi esposa, no dejaré que nada ni nadie os aleje de mí..., si tú deseas continuar a mi lado.

¿Esperaba que le contara la verdad? No podía mirarlo. El dolor me ahogaba. Me volví hacia el mar y dejé que el levante me barriera las lágrimas.

-La verdad es tan terrible que mi mente y mi conciencia han intentado encerrarla durante seis largos años en este letargo cómodo y seguro que tú nos ofreciste, Jasón. Contar la verdad no me va a liberar de mi culpa. Es un peso que me ahoga y me aplasta. Pero tienes razón, tú más que nadie mereces conocerla.

Limpié el polvo blanquecino que velaba el rostro de Fathia y rápidamente comencé a retirar los escombros. Le busqué el pulso, estaba viva y me miraba asustada.

-¡No me muevas! Tengo una varilla clavada en el costado. Creo que ha perforado el pulmón.

-Vale, vale. Iré a buscar ayuda. Te sacaré de aquí, tranquila, tranquila. Sentía que me ahogaba, tenía un miedo atroz. Intenté apartarme y su mano me aferró con una fuerza inólita dado su estado.

-¡No! Sabes que no hay nadie que pueda ayudarme. Somos el único hospital en varios kilómetros. Las ambulancias de la Media Luna Roja no llegarán a tiempo, estoy perdiendo mucha sangre y casi no puedo respirar. ¡Sácalo a él!

-¡Estás loca! ¡Yo no he hecho eso en mi vida!

-Tienes que sacarlo, ¿me oyes? Me lo prometiste. Me juraste que sería como tu hijo, que lo protegerías, que era nuestro, de las dos. ¡Me lo debes! Lo teníamos todo preparado junto al quirófano. Busca un bisturí y corta.

Comencé a llorar y a mecerme como cuando era pequeña, eso no podía estar pasando. Alguien vendría de un momento a otro, nos ayudaría. Atenderían a Fathia.

-¡Lucía, Lucía, mírame! Serénate. ¡Me queda muy poco tiempo! Haz lo que te he pedido. ¡Por favor! ¡Por nuestro niño! Sácalo, sálvalo. Llévatelo, dale

una familia y las oportunidades que nosotros ya no tenemos. Está en mi vientre, pero lo mismo podría haber estado en el tuyo. ¡Hazlo ya! -gritó.

Y reaccioné. Busqué entre trozos de ladrillo y yeso la mesa del instrumental, cogí lo que pensé podría ayudarme y volví a su lado. Abrió un poco los ojos y me sonrió. Su respiración se estaba convirtiendo en un pitido agónico que me partía el alma. Rasgué la bata. Su barriga estaba milagrosamente intacta, ni un rasguño. Me señaló con el dedo dónde hacer la incisión. Y de pronto caí en algo terrible.

-Fathia, no hay anestesia.

-¿Y? Hazlo.

-¡No! No voy a hacerte eso, no puedo, no soy capaz.

-Dentro de poco podrás hacerlo. Tengo mucho sueño, mucho.

Escuché a alguien gritando mi nombre. O creí oírlo, porque todo volvió a temblar. Una nueva explosión, aún más tremenda que la primera, hizo caer una lluvia de cascotes sobre nosotras. Uno de ellos me golpeó y caí desvanecida junto a Fathia. Cuando me recuperé, mi amiga estaba pálida e inerte. Busqué el pulso en su garganta pero no se lo encontré, yacía pálida e inerte a mi lado.

Entonces lo hice. Apreté con fuerza para que no me temblara la mano y corté. Fathia gritó abriendo de golpe los ojos y casi se incorporó, pero cayó inmediatamente.

-¡Fathia, Fathia, lo siento, lo siento! ¡Dios, Dios, cómo he podido...!

Ya no me contestó.

Saqué al bebé y até el cordón con hilo quirúrgico. Estaba un poco cianótico y no reaccionaba. Le limpié la boquita y los orificios nasales. Insuflé aire en sus pulmones y tras unos segundos angustiosos lanzó un débil gemido y comenzó a respirar. ¡Vivía, mi niño vivía!

Arreglé como pude el cuerpo destrozado de Fathia. Miré por última vez su precioso rostro. La besé en la frente y rocé su mejilla con la cabecita del niño. Nos despedimos de ella.

Me dejé caer en el suelo polvoriento con el bebé en brazos. Yo también tenía mucho sueño y la cabeza estaba a punto de estallarme.

-El resto ya lo conoces: cuando desperté alguien nos ayudó a salir del edificio en ruinas. Luego escapé al desierto, tú nos encontraste y nos salvaste de nuevo. ¿Te enteras, Jasón? Esa era la verdad que me lleva atormentando desde entonces, la que por todos los medios he intentado olvidar sin conseguirlo, la que me aferra al pasado. ¡Abrí el vientre de mi amiga estando

viva!

Estaba detrás de mí. Había cruzado en dos zancadas el espacio que nos separaba y me estrechaba contra él mientras hundía su cara en mi pelo.

-¡No quiero tu gratitud! -Me hizo girarme casi bruscamente y levantó mi rostro hacia sus ojos para que los míos le hablaran sin trampas-. ¡Quiero que me ames! Que me mires como lo mirabas a él. Que reconozcas el pasado como pasado, que despiertes cada día a mi lado para disfrutarlo por entero, que construyas tu futuro conmigo y con Ismael y los hijos que puedan venir.

»¡Lo quiero todo, Lucía! Y soy muy perseverante, muy cabezota..., ¿se dice así? -Sonreía. Con esa sonrisa suya que iluminaba el mundo-. No será fácil. Para ninguno de los dos lo será. Solo te pido que lo intentes con ganas. De verdad. Esa es la sinceridad que quiero de ti.

»No te atormentes más por traer al mundo a Ismael, hace falta mucha valentía para hacer lo que hiciste. Fathia estaba segura de que ella iba a morir y de que su hijo tenía una sola oportunidad de vivir: tú. Sabía que podía confiar en ti, que tendrías la fortaleza suficiente para sacar al bebé, por eso te exigió que lo salvaras. Debió ser una persona inmensa, ojalá la hubiera conocido.

-*Mommy*, ¡se ha roto! Perdón, el gatito se ha roto. -Ismael salió envuelto en su albornoz y con el pelo mojado a la azotea mostrándonos a la diosa egipcia Bastet en su forma de gato.

¡Un gato, un puñetero gatito azul entre las cosas que guardaba mi mochila! Cómo iba a recordar que era la memoria USB que buscaba Hayzam. Ismael la había abierto dentro del baño. ¡Él y su manía de bañarse con todo lo que encuentra! El niño la había cogido cuando subimos al desván y la había guardado con el resto de los juguetes. Ahora chorreaba agua y lo más probable es que hubiera quedado completamente inservible.

-¡No importa, Coke! Te conseguiremos otro, un gatito precioso que no haga daño a nadie.

Porque si ese maldito gato es lo que estaba buscando Hayzam, el Halcón, estaba segura de que era un gatito bastante peligroso.

Salam, Ismail

*E*l cielo nocturno en el Néguev te abruma de estrellas. Tengo la garganta destrozada, mañana seguramente no podré emitir ni una palabra, llevo casi doce horas lanzando el *zaghareet*.

Los parientes cercanos de Fathia han desaparecido por completo pero después de tres días buscando por el desierto, nuestro guía dio por fin con mi familia de acogida. Chaláa, Jamila, Fáruq, toda la tribu nos ha reconocido y nos han acogido como si nos hubiéramos marchado anteayer y no hace más de siete largos años.

Tenía que regresar. He querido volver y traer a Ismael a su tierra a conocer a su pueblo. No deseo que pierda sus raíces, he acordado con Fáruq que, durante las vacaciones escolares, todos los veranos pasará con ellos unas semanas. Debe aprender su lengua, su cultura, su historia. Quiero que sepa y no olvide nunca quién es. Que se forme en Occidente y cuando crezca ayude con sus conocimientos a su gente. Como hacía su madre natural, como debería hacer su padre. Ahora está sentado junto a Fáruq con la cabeza alzada al cielo. Lleva el signo de la tribu en la frente y el jefe le muestra las rutas ancestrales en las estrellas.

Jasón y yo lo miramos con orgullo, nuestro hijo es casi un hombrecito de ocho años. Y mi hija patea mi vientre, inquieta y feliz por tanto ajeteo.

Las heridas, el dolor del pasado, se van curando. Voy tomando de nuevo el pulso a mi vida de la mano del hombre que me ama y al que yo fui aprendiendo a amar sin querer darme cuenta. Cuando lo descubrí, casi era tarde, pero su enorme corazón volvió a acogermme.

Yo también miro las estrellas, aún no he encontrado la mía, pero estoy en ello... ¡Como te prometí, Fathia!

Marugán, Segovia, junio de 2014

Nota de autora

Esto es una narración por completo ficticia. Como se suele decir, cualquier parecido de los personajes con personas reales es pura coincidencia. Pero la situación en los territorios palestinos y el conflicto en esa zona es desgraciadamente muy real y las necesidades humanitarias se agravan día a día.

Desde aquí mi admiración y mi solidaridad a todas las personas y ONG que desarrollan su labor en los campamentos de refugiados palestinos y en cualquier lugar del mundo.

Agradecimientos

A mi familia, por estar ahí. Y sobre todo a mi niña, a mi «tesorito», por ser mi primera y entregada lectora. Al jurado del Premio Marta de Mont Marçal y a Roca Editorial, que han permitido que comparta esta historia con sus lectores.

A Jordi Sierra i Fabra, por aprender de sus diálogos ágiles y concisos. Y por enseñarme a estructurar mi primera novela de forma sencilla y clara. Gracias, Jordi, por escribir cómo escribes y por tu labor social que está apoyando a tantos jóvenes escritores.

Notas

1. Bolitas de sémola espolvoreadas con azúcar y rellenas de frutos secos que los palestinos aprecian mucho como postre.

2. *Kufiya* o *hatta* es el típico pañuelo palestino con cuadros sobre fondo blanco. Lo usan tanto hombres como mujeres para protegerse del sol y la arena, y se ha convertido en símbolo de la resistencia a la ocupación judía de sus territorios.

3. «Badawi» proviene del árabe, *bedawi*, que significa morador del desierto. Se da el nombre de beduinos a los árabes nómadas que viven en los desiertos de Arabia Saudí, Siria, Jordania, Iraq e Israel. Son originarios de la península Arábiga. En el siglo VII, con las conquistas árabes, se expandieron por el norte de África (Egipto, Argelia, Libia, Malí, Túnez). Los beduinos actuales están organizados en tribus que hablan el badawi, y se consideran descendientes del pueblo árabe.

4. *Hijab* o *hiyab* es el código de vestimenta islámico que obliga a la mujer a cubrir su cuerpo casi por entero. Actualmente se denomina así al velo que cubre el cabello y enmarca la cara de la mujer musulmana.

5. Baño árabe colectivo y centro de reunión social.

6. Variedad del castellano que, en época medieval, hablaban los judíos en España, y que, en la actualidad, hablan los judeoespañoles en Oriente.

7. Rodolfo Valentino fue un actor latino del cine mudo que despertó pasiones haciendo de jeque árabe en las películas *El caíd* y *El hijo del caíd*.

8. Nombre del plan de paz entre Israel y Palestina promovido por la ONU, los Estados Unidos, Rusia y la Unión Europea para lograr poner fin a los conflictos territoriales en la Franja de Gaza y Cisjordania.

9. Pronunciado «sagarit» es un grito largo, ondulante y agudo que las mujeres árabes producen al mover la lengua rápida y repetidamente al mismo tiempo que gritan, para expresar alegría. Normalmente se tapan la boca para que no se vea cómo vibra la lengua.

10. Tambor chato con uno o dos parches y un sistema de resonancia que, en algunos casos, consiste en un juego de hilos de intestinos vibrantes contra el

parche, y en otros, en unas chapas al modo de una pandereta gigante.

11. El (o la) *darbuka* es otro instrumento musical de percusión, algo más sofisticado, con un cuerpo de cerámica que le confiere un sonido hueco y casi metálico.

12. Ambos son instrumentos musicales árabes de viento. Mientras que el *mizmar* es una especie de oboe, el *miswish* son dos cañas de lengüeta unidas que suenan simultáneamente y con las mismas notas, de modo que la leve desafinación entre los tubos produce un sonido particular.

13. Narguile, pipa de agua donde se fuma tabaco aromático colectivamente a través de unos tubos.

14. Amada, amor mío.

15. Cantante palestina que vive y actúa en Israel. Tiene un estilo musical mediterráneo y posmoderno, con canciones inspiradas en el folclore palestino, la música tradicional árabe y toques pop que expresan la lucha contra la marginación y la exclusión de la cultura palestina. Amal se considera una «cantante palestina» y su orgullo nacional causa desconcierto entre muchos judíos israelíes. Su feminismo ha dado lugar a varios conflictos con el Movimiento Islámico de Israel.

16. Velo normalmente oscuro o negro, que cubre el rostro y la cabeza dejando ver solamente los ojos de la mujer que lo lleva.

17. Ismael, en árabe.

18. Según la mitología griega, piel o vellón dorado de un carnero alado propiedad de Hermes. El héroe Jasón y sus compañeros los Argonautas se embarcaron en la nave Argos para ir a buscarla y reclamar con ella el trono de Tabas para Jasón.

Novela ganadora del segundo Premio Internacional de Narrativa Marta de Mont Marçal 2015

@ Laura Garzón, 2015

Primera edición en este formato: junio de 2015

@ de la traducción: María Angulo Fernández

@ de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L

Av. Marqués de l'Argentera 17, pral 08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-1630-632-9

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.